



CENTRO DE ESTUDIOS DE GÉNERO
Maestría en Estudios de Género

“El tamaño no importa, es cuestión de cómo lo uses”:
cuerpo e identidades masculinas. Un estudio desde las prácticas
sexuales de varones jóvenes de la ciudad de México.

Tesis para obtener el título de
Maestro en Estudios de Género que presenta

Luis Alberto Montejo Sánchez

Comité de tesis:

Director: Dr. Juan Guillermo Figueroa Perea

Lectores: Dra. Olga Lorena Rojas Martínez y Dr. Ramfís Ayús Reyes

Ciudad de México; diciembre de 2023.

*Para ese 'loco bajito' por su ánimo,
para Lucía por su complicidad, a pesar del 'charco'...*

Agradecimientos

Como otros logros en la vida social, los trabajos académicos casi siempre son el resultado de una mezcla de aportes esenciales, no obstante, esto no implica una responsabilidad más allá de la que se ha adquirido al beneficiar, facilitar o alentar el proceso, ya sea a través de los recursos materiales o intelectuales o bien por medio de la solidaridad, la amistad y el afecto; estos últimos tan imprescindibles como aquellos tangibles y susceptibles de cálculo.

Inicialmente es justo valorar la disposición de los jóvenes del Colegio de Ciencias y Humanidades Plantel Sur, pues a partir de sus historias y experiencias fue posible construir este trabajo. Estimo en especial el valioso apoyo de la alumna Cora Jiménez Narcia, por su auxilio como “intermediaria” en mi relación con algunos informantes; sumo un agradecimiento más a los jóvenes que aparte de compartir sus historias jugaron ese mismo papel. Igualmente, mi gratitud a los directivos de la escuela por permitir el desarrollo del proyecto y por el apoyo en la realización de las actividades que fueron parte del estudio.

Agradezco también los aportes de aquellas personas que han tenido que ver directa o indirectamente con el problema de investigación. Entre ellas están quienes compartieron más que dos años de carrera académica, las cuales nutrieron el entusiasmo por este trabajo y lo enriquecieron con sus apreciaciones, además porque sus conversaciones –no académicas– actuaron como “coloquios catárticos” en los momentos de extenuación y desaliento: Karina Ortiz, Frida Quintino, Alejandra Iglesias, Yazmín P. Haro y Rodrigo Parrini, gracias mil.

Correspondo de la misma manera el apoyo y la asistencia de las personas que colaboran en el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de El Colegio de México, quienes se mostraron siempre dispuestas a resolver trámites burocráticos o proveer los recursos materiales e intelectuales. Especialmente estoy en deuda con Mercedes Barquet, coordinadora del programa de maestría, por su disposición para asistirnos en las dudas o en las exigencias; lo mismo al colectivo de profesoras que son parte o no del PIEM por sus aportes deliberados o involuntarios mediante sus conocimientos; reconozco también el oportuno apoyo e interés de Soledad González Montes en la conclusión del proyecto a través de la coordinación de los seminarios de tesis.

Al comité de tesis le debo gran parte de este escrito, por eso muchos de los logros reflejan sus oportunas influencias. Mi más sincero reconocimiento al Dr. Juan Guillermo Figueroa Perea por aceptar dirigir esta aventura y por contribuir ampliamente con sus preguntas y sugerencias. En ese mismo tenor, agradezco a los asesores, Dra. Olga Rojas Martínez y al Dr. Ramfis Ayús Reyes, por sus valiosas críticas; a Ramfis debo agradecerle además su amistad y los diálogos recurrentes –“camineras” de por medio y con Armando Hernández como aliado– que fueron realmente provechosos y gratificantes académica y personalmente.

Finalmente, debo apreciar y agradecer el papel de aquellas personas que han estado cerca y que se han mostrado dispuestas a alentar este episodio académico: a mi madre, siempre; a mi hermana Norma, por alojarme en su casa con el único afán de apoyar mis aspiraciones; a mi hijo, quien a pesar de la distancia siempre estuvo en mi memoria dispuesto a soportar la ausencia y animar el logro; a su madre, que jugó un papel importante en los cimientos de este paso; por supuesto a Lucía, por sus incesantes muestras de cariño a pesar del ‘charco’ y su deseo no menos constante en secundar mis propósitos, ni qué decir de su perseverancia por dejar sus huellas en esta llave que abrió una puerta más en los sueños.

Agradecimientos

Índice

Prefacio

Capítulo I. Introducción: el “cuerpo” del problema	1
1.1 El problema y los supuestos	3
1.2 Metodología	7
1.2.1 Políticas de muestreo: los informantes	8
1.2.2 Prácticas de producción de datos	11
1.2.3 Sistemas de registro de información y manipulación de los datos	13
1.3 El escenario de la investigación	14
1.4 Aspectos éticos de la investigación	15
Capítulo II. Cuerpo, género y masculinidad	16
2.1 ¿Cuerpos que importan o la importancia del cuerpo?	17
2.2 El cuerpo: de los usos sociales al actor encarnado	23
2.3 El cuerpo como sitio político: el feminismo y el género	29
2.4 Los cuerpos dominantes: la masculinidad	34
Capítulo III. El cuerpo en la sexualidad: aproximaciones a las sexualidades juveniles	39
3.1 Las sexualidades juveniles: intereses, contexto y actores	40
3.2 Las aproximaciones: regularidades y estructuras vs. contextos, individuos y significados	44
3.3 Las evidencias: cuerpo, identidad masculina y prácticas sexuales	50
3.4 El cuerpo en la sexualidad	58
Capítulo IV. Los hallazgos: cuerpo e identidad masculina	62
4.1 Algunas precisiones sobre la construcción y el análisis de los datos	63
4.2 Los protagonistas del estudio	66
4.3 Una economía política de los cuerpos posibles (y deseables): cuerpo e identidad	68
4.4 “La tele es nuestra nana”: cuerpo y cultura del consumo	80
4.5 Sobre los “mapas” del placer: cuerpo y saberes sexuales	87
4.6 “Si tú me sales puto te tiro al río”: cuerpo y prácticas sexuales	96
4.7 “El tamaño no importa, es cuestión de cómo lo uses”: cuerpo y placer	110
4.8 “¿Qué tiene que ver el amor en esto?”: cuerpo y prevención	117
Capítulo V. Conclusiones y recomendaciones	129
Anexos	131
Bibliografía	135

Prefacio

Este trabajo versa sobre el cuerpo y la sexualidad, como ámbitos favoritos en la construcción de las identidades masculinas de varones jóvenes que estudian en una escuela preparatoria pública de la ciudad de México. Constituye una respuesta al escaso valor otorgado al cuerpo en los estudios sobre las prácticas sexuales, aunque se admite que ciertos significados sobre lo corporal contribuyen al desarrollo de actitudes relativas a la sexualidad que se manifiestan en imposiciones y abusos sobre sí mismo y sobre los/las demás. Se considera que los significados y capacidades adjudicadas socialmente al cuerpo, y que se han naturalizado borrando o negando su irremediable historicidad, son básicos para comprender y explicar el proceso activo en la construcción de las identidades masculinas.

Se parte para ello de un acercamiento crítico al cuerpo, la sexualidad y en general a las relaciones sociales entre los sexos, basados en una aproximación cualitativa en la generación de los datos y su análisis. Los objetivos del estudio se desarrollan a partir de las historias narradas por estudiantes varones del Colegio de Ciencias y Humanidades Plantel Sur - UNAM, con edades de entre 15 y 19 años y que cuentan con experiencias sexuales homoeróticas y heterosexuales. A través de sus relatos se busca mostrar y resaltar la importancia del cuerpo en la construcción de las identidades masculinas, considerando que lo sexual juega un papel clave en la relación que establece el sujeto consigo mismo a la vez que de proximidades genéricas y de vínculos con la sociedad.

El 'cuerpo' del trabajo se ordena en cinco partes fundamentales. En la primera sección se abordan las cuestiones generales de la investigación, el problema, los objetivos y los supuestos que dirigen el ejercicio, así como los aspectos metodológicos y las prácticas sociales de construcción y análisis de los datos. También se aluden a las condiciones históricas y sociales del escenario de la investigación que reviste relevancia para entender uno de los contextos culturales y sociales en los que se desenvuelven los actores protagonistas del estudio. Asimismo, se hacen explícitos los compromisos éticos que debe considerar todo ejercicio de investigación.

El segundo capítulo ofrece algunas explicaciones teóricas sobre las categorías, conceptos y nociones relevantes en la comprensión del problema, enfatizando las elucidaciones que se han generado sobre el cuerpo y especialmente aquellas hechas desde un análisis de género, en aras de recuperar el plano social, cultural e histórico del cuerpo. La siguiente sección otorga un panorama general sobre las investigaciones que han tomado a las prácticas sexuales de los varones jóvenes como objeto de estudio. Se intenta mostrar a partir de esos acercamientos la importancia de la sexualidad en el análisis de las masculinidades y de qué modo el cuerpo ha quedado en alguna medida relegado en dichas indagaciones.

El cuarto capítulo constituye el punto neurálgico del texto, en tanto se presentan los resultados analíticos organizados a partir de seis ejes temáticos, a saber, *cuerpo e identidad*, *cuerpo y cultura del consumo*, *cuerpo y saberes sexuales*, *cuerpo y prácticas sexuales*, *cuerpo y placer* y *cuerpo y prevención*. En el análisis se prioriza lo corporal mediante las narraciones que los jóvenes hacen al respecto, indagando el papel protagónico de la corporeidad y las disposiciones inculcadas o adjudicadas social y culturalmente al cuerpo masculino; sobre todo en su relación con la sexualidad y la identidad. Finalmente, se ofrecen algunas conclusiones y sugerencias que se consideran relevantes para futuros intereses académicos o socioculturales.

*No queremos una teoría de poderes neutrales para representar el mundo,
donde el lenguaje y los cuerpos caigan bajo la bendición de una simbiosis orgánica [...]
Necesitamos el poder de las modernas teorías que cuestionan la manera
como han sido contruidos los significados y los cuerpos, no para negar significados y
cuerpos, sino para vivir en significados y cuerpos que tengan futuro.*

Donna Haraway

CAPÍTULO 1

Introducción: el “cuerpo” del problema

Me contó que cuando hizo el amor con una chava cargaba condón, que ella se lo empezó a poner, pero cuando le iba hacer el amor se lo arrancó y se lo hizo así a la mala. Dijo: ‘qué diablo para eso mejor no le hago nada’, que no se siente nada, que no se siente lo mismo. Así naturalmente, ‘a la pela gata’, lo siente, lo siente caliente, caliente siente su parte y cuando va entrando se siente más caliente, más calor natural...¹

¿Cómo podemos comprender este breve pero significativo relato? Se trata de la historia de un joven tabasqueño que da cuenta de su inicio sexual ocurrido hace seis años en un contexto suburbano. A pesar de la extracción arbitraria del escenario de expresión, el hecho identifica múltiples intereses y significados que actúan en las prácticas sexuales de los varones jóvenes a menudo consideradas de “riesgo”. El suceso sugiere, a la vez, interpretarlo como prácticas sociales que construyen y reproducen significados de género bajo una asunción genérica del deseo y el placer. Al mismo tiempo que la historia recrea las vigentes y constantes acciones que forman parte del proceso activo en la construcción de las identidades masculinas donde el cuerpo y la sexualidad ocupan un lugar importante.

Sin embargo, en el amplio terreno social y cultural de las sexualidades, el cuerpo ha estado “encriptado” en explicaciones que han sido fundamentales para comprender las consecuencias del desigual ejercicio de poder derivado de la construcción social de cuerpos sexuados, pero que han silenciado su importancia; no obstante, se reconoce que su “naturalización” fundamenta prácticas sexuales que producen o reafirman inequidades y que propician actitudes que derivan, entre otras cosas, en la salud y el bienestar de los jóvenes varones. Ante ello, es necesario una aproximación pertinente a la sexualidad desde el protagonismo del cuerpo en el que se comprenda al género como prácticas sociales que le otorgan determinadas definiciones y usos sociales.

¹ El fragmento proviene de la tesis de licenciatura *La construcción social de los saberes sexuales. Fuentes de información sobre sexualidad en adolescentes de Tabasco: una exploración cuantitativa y cualitativa* (Montejo, 2000:112).

En realidad, cuando se alude que ciertas formas del ser hombre implican el despliegue de comportamientos violentos o no que exponen su bienestar, no es más que una insinuación y una mirada insuficiente del “encarnamiento” de disposiciones inculcadas por las amplias tecnologías de poder o, de manera más específica, por las tecnologías del yo². Lo que implica la necesidad de mirar la constitución de tales disposiciones que dirigen, moldean y atribuyen ciertas posibilidades “naturales” al cuerpo y ante ello el sujeto se concibe ora como un ser independiente, ora mediante su desdén a partir de comportamientos internalizados y que a nivel de su emergencia son aceptados por su valor social y simbólico³.

Debemos admitir también que en el terreno de las prácticas sexuales el cuerpo debe verse como un agente activo en la búsqueda de placer y de importantes relaciones afectivas atravesadas por el género que no dejan de expresar desigualdades, imposiciones y abusos sobre sí y sobre las y los demás. Es decir, se trata de mirar las experiencias sexuales desde lo corporal y sus significados contemplando un amplio espectro de contingencias: cómo se vive, qué experiencias son aceptadas como amor, deseo, placer, triunfo, violencia, sociabilidad, cuidado, riesgo, etc., y el lugar que ocupa el cuerpo percibido como masculino en tales prácticas; así como su importancia en las relaciones sociales entre los sexos a partir de las pautas que ofrecen los procesos asociados al consumo cultural, fundamentalmente mediático, aunque transgrediendo los propios convencionalismos de los medios a través de las interacciones cotidianas y la resignificación.

En un amplio sentido, no se trata solamente de apreciar el poder simbólico (Bourdieu, 2003) dirigido hacia otros, sino también resaltar de qué modo ese poder opera hacia sí mismo en la construcción de la identidad, mediante abusos, placeres y emociones corporales, y al unísono cómo, por consecuencia, surte sus efectos en otros y otras. Asimismo, otorgarle primacía al cuerpo en el amplio espectro de las experiencias sexuales y las relaciones

² “Encarnación”, “encarnado” y términos derivados son traducciones de la palabra inglesa *embodiment* y usuales en la literatura en castellano especializada en temas sociales y culturales sobre el cuerpo. En general, se ha hecho una traducción libre de los textos en inglés empleados a lo largo de este trabajo.

³ Insinuar el sentido de sujeto y objeto del cuerpo no es más que una de las múltiples paradojas que encierra lo corporal en nuestras culturas occidentales, sin embargo, cuando aludimos al cuerpo estamos en estricto sentido hablando de un sujeto, no se asume por tanto un distanciamiento epistemológico equivocado entre cuerpo y mente como dos ámbitos separados en el agente; si acaso para hacer explícita la lógica cultural prevaleciente en la vida social y en muchos de los trabajos de investigación generados sin tomar en cuenta la inevitable corporalidad del sujeto y sus experiencias.

sociales, teóricamente pretende mirar –en la medida de lo posible– más allá de los eternos dualismos y las concepciones que entienden lo corporal como un tapiz donde se inscriben los significados culturales o que, ante el fundado miedo al biologicismo, dejan a la sexualidad “sin cuerpo”.

1.1 El problema y los supuestos

En las últimas décadas el cuerpo y la sexualidad se han tornado en un tema de análisis privilegiado a raíz de las transformaciones culturales, sociales y la pérdida de sentido de nociones modernas que mediante poderosos discursos edificaron límites “naturales” adversos para algunos grupos sociales, como las mujeres. Así, el cuerpo se volvió central bajo el impacto de la crítica del movimiento feminista y de mujeres; el desarrollo de una estética del cuerpo en la cultura del consumo; la complejidad legal y las cuestiones éticas relacionadas con las nuevas tecnologías médicas que manipulan, modifican y centran su interés en el cuerpo; el desarrollo de las técnicas de la realidad virtual que permiten nuevas experiencias corporales y; el creciente uso de *cyborgs* para propósitos militares e industriales (Turner, 1989, 1991, 1994a, Shilling, 1993; Haraway, 1995).

La crítica del cuerpo, el género y la sexualidad puede enunciarse sintética y tentativamente en el sentido de que, aunque se nace hombre o mujer, la feminidad y la masculinidad son productos sociales y culturales. Las agudas opiniones de Foucault (1990, 2000) sobre el cuerpo, especialmente en sus últimos trabajos, permiten entender de qué modo la identidad es producida mediante la construcción del cuerpo a través de las tecnologías del yo. Las tecnologías del yo o las “tecnologías del género”, según la resignificación hecha por Teresa de Lauretis, se conciben como producto de múltiples tecnologías sociales o biomédicas que causan efectos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales a partir del despliegue de una compleja “tecnología política” (De Lauretis, 1991: 234).

Bajo ese marco se entiende cómo el cuerpo y la sexualidad juegan un papel fundamental en la constitución de las identidades (Foucault, 2000) y que en el caso de los varones las relaciones sexuales adquieren relevancia al funcionar como elemento que afirma o reafirma las identidades masculinas (Seidler, 2000). Sin embargo, debe entenderse el

carácter inacabado y procesual de las identidades cuando el sentido del yo y los comportamientos no son únicamente impuestos por la socialización, sino que los sujetos construyen activamente su identidad y sus comportamientos (Sabo, 2000). Así también, debe admitirse que el género supone una masculinidad intrínseca al cuerpo de los varones (Connell, 2003b) y frente a ello el desempeño mediante la “encarnación” de disposiciones y sentidos no es tampoco natural, puesto que la relación que establecen los individuos y la sociedad con lo corporal varía social, cultural e históricamente (Le Breton, 2002a, b).

En las aproximaciones críticas a la masculinidad el cuerpo tampoco es relevante, es decir, la construcción social de la corporeidad o la encarnación de ciertas disposiciones sobre el ser hombre no han ocupado un lugar central en la investigación y la reflexión; sin embargo, a decir de Whitehead (2002), el cuerpo está omnipresente en el conjunto de los estudios pero a pesar de todo invisible, pues la mayor parte de los trabajos han transitado por el examen de las relaciones sociales entre el cuerpo masculino, las masculinidades y las instituciones. Estos estudios, fundamentalmente generados en los países anglosajones, han insistido en la importancia del género en la comprensión de ciertas actitudes de los varones sobre la salud que tienen que ver con las disposiciones aprehendidas socialmente sobre lo considerado masculino (Sabo, 1998; Sabo y Gordon, 1995).

En nuestro contexto mexicano, se ha señalado también la necesidad de indagar sobre el cuerpo y la salud al asociarse culturalmente la masculinidad con la exposición a situaciones peligrosas o violentas (De Keijzer, 1997; Szasz, 1999; Hardy y Jiménez, 2001). Benno de Keijzer (1992, 1997, 2001, 2003) sobre todo enfatiza el riesgo al observar la socialización masculina con problemas de salud, en tanto que la construcción de las identidades masculinas despliega la necesidad de enfrentar los cuerpos a peligros constantes de manera no experimentada por las mujeres. Al abordar dichos comportamientos utiliza la idea del “varón como factor de riesgo” manifestado en tres campos: “riesgo hacia las mujeres, niños y niñas”, “riesgo hacia otros hombres” y “riesgo para sí mismo” (De Keijzer, 1997: 204-213).

Por otra parte, en el marco de las indagaciones sobre salud reproductiva y sexualidad se ha demostrado la relación entre la constitución de las identidades masculinas y ciertos tipos de prácticas y actitudes sobre lo sexual. Así, los significados que los varones otorgan al cuerpo y a las prácticas sexuales son importantes en la construcción diferencial de la

percepción frente a las infecciones de transmisión sexual y el SIDA (ITS/SIDA) o un embarazo no deseado (Castañeda *et al.*, 1997), así como las formas hegemónicas de ser hombre implican comportamientos transgresores de los discursos oficiales de la religión, el derecho y la medicina (Cáceres *et al.*, 2002). Asimismo, se ha comprendido el cuerpo como un espacio inserto dentro de una trama de significaciones que otorgan sentido a las acciones que los sujetos despliegan y como una de las instancias que construyen, expresan y reproducen ese ordenamiento social (Fuller, 2001).

Pese a ello, es necesario comprender teóricamente su importancia en el intento de diluir las dicotomías, para asumir una posición crítica frente a la diferencia sexual dado su carácter social y cultural y otorgarle un papel activo en el proceso de construcción de las identidades. Esto exige abordar las prácticas sexuales a partir de las concepciones genéricas sobre el cuerpo y la relación que establecen los sujetos consigo mismos mediante ciertas disposiciones y capacidades corporales que subyacen a las posibilidades sobre el cuidado y la búsqueda de placer. Es imperioso mostrar que las experiencias cotidianas de los varones, sexuales o no, no están asociadas solamente a riesgos, peligros o violencia, por el contrario, las prácticas sociales –en especial las sexuales– están también cargadas de manera compleja –y no por ello necesariamente plausibles– de placer, deseo, amor, sorpresa, entre otras emociones y deseos no siempre con significados sociales negativos.

El valor del carácter corporal de la masculinidad responde al papel clave que juega lo sexual en la relación del sujeto consigo mismo, en los vínculos genéricos y con la sociedad mediante la construcción social del cuerpo (Córdova, 2003). Dada su inmediatez en la vida cotidiana en lo sexual el sujeto pone en práctica los aspectos normativos que ha internalizado y que se le aparecen como “naturales”, a la vez que constituye un escenario social de poderes y contrapoderes en el cual actúan las concepciones genéricas; del mismo modo que contiene una carga emocional (amor, deseo, etc.) e ideológica (actividad, pasividad, etc.) al tiempo que el sujeto asume una carga moral sexual que lo compele a actuar de una manera específica (la heterosexualidad normativa) y, finalmente ante ello, la transgresión o el desajuste de las normas genera conflicto consigo mismo y con el resto de la sociedad (Córdova, 2003).

Así, propusimos como *objetivo general* indagar la importancia del cuerpo en la construcción de las identidades masculinas mediante un acercamiento a las prácticas sexuales

de varones estudiantes de una escuela preparatoria pública. Entre los *propósitos específicos* se buscó *a)* explorar las diferencias genéricas que los jóvenes construyen sobre sus cuerpos; *b)* identificar la importancia del cuerpo en el proceso activo de construcción de las identidades masculinas; *c)* reconocer cómo se materializan las nociones y concepciones sobre el cuerpo masculino mediante ciertas actitudes en las prácticas sexuales y la sexualidad en su conjunto y; *d)* por último, examinar los elementos sociales que intervienen en la atención sobre el cuerpo, básicamente ante una ITS o un embarazo no deseado, a saber, el amor, el deseo, el placer, la fidelidad, la confianza, etc.

Más que hipótesis en estricto sentido los incisos siguientes actuaron como tesis *ad hoc*, una suerte de “coordenadas de movilidad” o “guías del trabajo” que orientan el alcance de los objetivos planteados, así como el análisis, la organización y manejo de los datos (Ayús, 1998: 16; 2005a: 33). El *supuesto general* estriba en considerar que en la construcción de las identidades masculinas el cuerpo, como en toda acción social, ocupa un lugar relevante no sólo porque es la base del sentido de la acción (García, 1994), sino porque la masculinidad supone en los varones ciertas ideas sobre las posibilidades y capacidades corporales, es decir, ciertas definiciones y usos sociales del cuerpo (Connel, 1990) que intervienen, entre otras cosas, en comportamientos y actitudes que son valorados social y culturalmente.

Específicamente supusimos que *a)* el cuerpo se constituye en el centro de inculcación y base de expresión de comportamientos y actitudes que se asumen como masculinas; *b)* es clave para comprender la construcción activa y constante de la identidad masculina al suponer el género una masculinidad intrínseca a lo corporal y; *c)* ante ello el cuerpo es el “objeto” de las prácticas sociales al mismo tiempo que agente conformando las estructuras; *d)* de ese modo se entiende que los jóvenes asumen ciertas disposiciones sobre sus cuerpos que se expresa en imposiciones y abusos sobre ellos mismos y sobre las y los demás; *e)* sobre todo, se debe considerar que en las prácticas sexuales el cuerpo interviene de manera ineludible y, por tanto, permite apreciar las disposiciones corporales asumidas; *f)* aunque las prácticas sexuales también se encuentran densamente definidas por otros elementos sociales, como el placer, el amor, el deseo, la confianza, etc.

Lo anterior dispuso el camino para un acercamiento metodológico congruente con el problema y a través de una visión crítica sobre el cuerpo y la sexualidad. Lo que supuso

teóricamente hacer un recorrido sobre la producción académica acerca de las prácticas sexuales de los varones y su importancia en la construcción de las identidades masculinas. Así como un acercamiento en torno al cuerpo que manifieste su importancia y la necesidad de pensar las identidades masculinas, y en general la construcción social de las diferencias entre los sexos, desde el contenido social y cultural de la corporalidad. En busca de tales objetivos enseguida se ofrecen algunos pormenores del diseño metodológico y se expresa de manera general la lógica de indagación y el análisis de los datos.

1.2 Metodología

El estudio se adscribe al estilo de investigación cualitativo, dado que los ejes sociales y culturales en indagación requirieron de procedimientos epistemológicos, métodos y técnicas de producción y análisis de datos que permitieran acceder a las posiciones individuales y simbólicas de los agentes, partiendo del hecho de que la realidad se constituye socialmente. El enfoque cualitativo tiene una aproximación interpretativa y naturalista a los problemas, esto significa que se estudian los hechos sociales dentro de sus marcos naturales, intentando entenderlos o interpretarlos en términos de los significados que la gente les otorga (Denzin y Lincoln, 1994); en suma, el estilo cualitativo enfatiza la importancia de entender los significados del comportamiento humano y el contexto sociocultural de la interacción social.

Ante ello, aunque existen amplias encuestas que cuantifican la actividad sexual y el uso de contraceptivos por parte de los y las jóvenes, así como sobre las condiciones estructurales en las que ocurren las experiencias, es innegable que todavía escasea la comprensión del mundo social bajo la óptica de los propios actores. Sobre todo, hace falta abordar sus experiencias sexuales desde marcos interpretativos que prioricen las valoraciones y creencias respecto a lo que hacen, pero que además observen al cuerpo y sus disposiciones genéricas asignadas socialmente como relevantes, así como su importancia en la conformación de estructuras generadoras de inequidades, abusos e imposiciones.

No obstante, el estudio no destaca el aspecto individual *per se*, más bien trata de situarse en un entramado social y contextual, es decir, el sujeto se observa siempre inserto en las instituciones y la cultura; donde ésta se comprende como algo que se representa de forma

relacional aun cuando sea una experiencia que se vive en forma colectiva. Además, como han puesto de manifiesto numerosos estudios, no existe una conducta individual y por ello hay una diferencia conceptual importante cuando se refiere a “comportamiento sexual” o “práctica sexual” en lugar de “conducta sexual”, en tanto que las primeras se encuentran insertas de manera dinámica en un contexto produciendo al mismo tiempo la trama social y otorgando sentidos y significados a las experiencias (Dowsett, 2003).

El contexto se visualiza tanto de manera discursiva como de forma histórica y cultural, como en el caso de la situación social y el contexto del estudio que son empleados para categorizar los informantes. Su uso no responde a un interés puramente descriptivo, más bien tiene la intención de considerar los recursos específicos, construidos relacionamente, sobre las capacidades y el acceso a las posibilidades para actuar de las que disponen los individuos (ONUSIDA, 2002; Toro-Alfonso, 2002; González-Block y Liguori, 1992). Por lo que el medio social y cultural es relevante para comprender las competencias para actuar, pues el acceso a los recursos materiales y culturales determinan lo corporal. Además, la sexualidad, y lo que el cuerpo juega en ella, es vista como una política en la que las relaciones de poder afectan su práctica y las posibilidades de libertad (Dowsett, 2003).

En definitiva, la investigación se constituye teóricamente desde una aproximación crítica a la sexualidad, el cuerpo y las prácticas sociales consideradas como masculinas, desde la lente teórica del género sin desdeñar otros elementos sociales convergentes en cualquier hecho social, como la raza y el acceso a los recursos materiales y culturales. Finalmente, esta aproximación busca priorizar las condiciones contextuales y relacionales que fundan y despliegan las diversas actuaciones de los varones. Lo cual supone percibir los sentidos e imaginarios, sus posibles fuentes de apropiación y la manera en que se articulan con la parte práctica y activa de la vida social en las que la posición social y las experiencias individuales hacen emerger los contrastes y semejanzas entre historias y prácticas sexuales.

1.2.1 *Políticas de muestreo: los informantes*

Los criterios usados para seleccionar los casos y el escenario de estudio es una de las prácticas que caracterizan al estilo cualitativo de investigación. A diferencia de los acercamientos

cuantitativos que requieren la selección de un número representativo de casos para poder hacer sus generalizaciones, los estilos cualitativos estudian pocos individuos o situaciones reducidas, no basados en leyes probabilísticas sino en criterios intencionales, mediante un criterio estratégico, como en el muestreo teórico o muestro opinático también conocido como muestreo estructural (Glaser y Strauss, 1979; Ruiz, 1999).

Para efectos de los objetivos del proyecto se seleccionó como población de estudio a estudiantes varones de una escuela preparatoria pública de la ciudad de México: El Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Sur. Un contexto educativo medio superior donde las edades de los estudiantes oscilan entre los 15 y los 19 años. El rango de edad respondió al interés por indagar las experiencias de jóvenes que iniciaron su vida sexual activa, bajo la pauta que ubica el inicio sexual entre los 16 y 19 años (IMJ, 2002). De acuerdo con el muestreo teórico se construyeron dos series de criterios para seleccionar a los informantes (Cuadro 1 y 2). Entre los criterios generales se consideraron su pertenencia al Colegio de Ciencias y Humanidades, plantel Sur, ser varón, edad entre los quince y diecinueve años, haber iniciado su vida sexual activa y pertenecer al nivel socioeconómico bajo. Por lo que fueron excluidos aquellos con vida en pareja, menores de quince o mayores de diecinueve años, con capacitación como instructores en educación sexual o de sectores sociales altos.

En el caso de la condición socioeconómica dadas las circunstancias de indagación no se pudo determinar con precisión, no obstante, fue posible inferir de manera arbitraria su pertenencia a los sectores populares por medio de las referencias recabadas durante las entrevistas: lugar de residencia, dinámicas familiares, ocupación de los padres (sólo en dos casos uno de los padres era profesionista), etc.⁴ Algunos de los rasgos de estas distinciones sociales son: en los sectores populares prevalece la pobreza, son dominantes los asalariados con bajos ingresos y cuentan con niveles de escolaridad bajos, familia numerosa, residen en zonas particulares y las familias tienen su origen en migraciones (Margulis, 2003).

⁴ Cabe señalar que no existe un consenso sobre los criterios para definir la situación socioeconómica de los individuos, nivel de pobreza, índice de marginación, umbral de pobreza, clases populares, etc. son algunas de las vías que se disputan la preeminencia para definir la situación social de los individuos. Desde un análisis del cuerpo podría definirse la pertenencia social de los sujetos, en tanto que las propias lógicas culturales, sociales y subjetivas sobre la corporalidad, además de las jerarquías de género y etnia, también expresan su lugar en el entramado social (Boltanski, 1975; Bourdieu, 1988).

Cuadro 1

Criterios de selección general y exclusión de los casos

<i>Criterios de selección</i>	<i>Criterios de exclusión</i>
a. Estudiantes del CCH-Sur	a. Vivir en pareja
b. Varones	b. Tener más de 19 años
c. Edad: 15-19 años	c. Tener menos de 15 años
d. Haber tenido experiencias sexuales	d. Tener alguna experiencia o capacitación como instructor en educación sexual.
e. Nivel socioeconómico bajo	e. Nivel socioeconómico alto

La segunda serie de disposiciones buscó establecer las categorías de informantes aludiendo a los aspectos significativos para comparar, analizar e interpretar las evidencias. Con ese fin se construyeron dos categorías: a) aquellos que empezaron una *vida sexual temprana*, es decir, que su inicio sexual ocurrió antes del rango de edad contemplado en el estudio (15-19 años) y; b) aquellos sujetos que iniciaron una *vida sexual tardía*, en los que el inicio sexual coital dentro del rango de edad aludido. Estos criterios responden a las evidencias que señalan que el inicio de la actividad sexual temprana conlleva la asunción de prácticas de riesgo (Zamberlin, 2003).

A su vez la literatura sobre sexualidad reconoce que existe una distinción genérica y de placer cuando los varones se relacionan con una pareja estable en la que prevalecen lazos afectivos y cuando las prácticas sexuales ocurren con parejas esporádicas o casuales (Szasz, 1998b). Por lo que los criterios se disgregaron también en jóvenes que tenían *parejas estables* con la que mantenían *relaciones sexuales regulares o esporádicas* y jóvenes que mantenían relaciones sexuales regulares o no, pero sin una pareja fija. Estas distinciones fueron cruzadas por el criterio referente a la utilización o no del preservativo o condón, como profiláctico favorito para evitar la transmisión de ITS y/o un embarazo no deseado. Zamberlin refiere que el uso de preservativo está condicionado por diversos factores, tales como el conocimiento de las posibles consecuencias de la actividad sexual, la percepción del riesgo, la accesibilidad a los métodos anticonceptivos, la aceptabilidad del preservativo y el nivel de comunicación con la pareja (Zamberlin, 2003: 216); pero también por las percepciones sobre el cuerpo.

Cuadro 2
 Criterios específicos de selección y tipos ideales de informantes

Contexto social							
<i>Experiencia temprana</i>				<i>Experiencia tardía</i>			
Pareja estable		Pareja no estable		Pareja estable		Pareja no estable	
No usa	Usa	No usa	Usa	No usa	Usa	No usa	Usa

Existe otra dimensión importante en el proceso de extracción de muestras: el tiempo. Que parece ser una dimensión obvia en la vida cotidiana, pero en la teoría social –como señalan Hammersley y Atkinson (1994)– las variaciones temporales de las actitudes y las actividades del campo de trabajo son significativas. Por lo que se buscó indagar las prácticas sexuales pasadas –como la primera vez– y actuales, al igual las que fueron significativas en sus vidas.

1.2.2 *Prácticas de producción de datos*

La investigación cualitativa –indican Denzin y Lincoln (1994)– implica el uso y la acumulación de una variedad de materiales empíricos –estudios de casos, experiencia personal, introspectiva, historia de vida, textos de observación, históricos, de interacción y visuales–, que describen la rutina, los momentos problemáticos y los significados en la vida de los individuos. Según las autoras, los investigadores cualitativos utilizan un amplio rango de métodos y técnicas interconectadas, esperando siempre conseguir una mejor posición sobre el asunto. Bajo ese marco, las prácticas de producción de datos del proyecto estuvieron basadas en la dinámica grupal denominada “El cuerpo”, pero básicamente centrada en la entrevista en profundidad como técnica de indagación.

La primera práctica, la dinámica grupal, funcionó como parte del acercamiento a los posibles informantes, así como para inducir historias y representaciones sobre el cuerpo propio y ajeno. Agregado a ello, se pudieron reconstruir las visiones sobre el cuerpo por medio de otros recursos expresivos –a menudo ignorados e infravalorados en las políticas de producción de datos– tales como las imágenes visuales y las narraciones colectivas. A su vez

fue una vía de acceso a relatos importantes que pudieron continuarse de manera puntual por medio de las entrevistas en profundidad.

La primera gran técnica favorita del investigador cualitativo es sin duda la entrevista en profundidad, que es una manera de obtener información a partir de una conversación profesional con una o varias personas que aportan datos para una investigación analítica. Por entrevista cualitativas en profundidad “entendemos reiterados encuentros cara a cara entre el investigador y los informantes, encuentros éstos dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, tal como lo expresan con sus propias palabras (Taylor y Bogdan, 1994: 101)”. Por lo tanto, la fuente principal de los datos de la investigación fueron los jóvenes que cumplieron las características teóricas aludidas, sin embargo, también se usaron *técnicas de triangulación de la información* como estrategia complementaria para validar datos en un proceso de investigación básicamente cualitativo; procedimiento útil para arribar a conclusiones más sustentadas sobre la base de emplear estrategias y técnicas epistemológicamente distintas que buscan mejorar las tendencias de búsqueda y la consistencia de los datos y sus lecturas (Ruiz, 1999; Denzin, 2000; De Souza y Cruz, 1999).

Lo anterior significó la posibilidad de acudir tanto al *análisis de documentos* como a la entrevista con *informantes claves* y la *observación*. Esta última técnica, aunque no se pudo poner en práctica en los eventos que directamente nos interesaban indagar, sí en situaciones sociales que derivaron en una mejor comprensión de los hechos. De hecho, el análisis de la sexualidad conlleva una dificultad epistemológica y metodológica, pues la intención de explorar su dimensión práctica o sus derivaciones se topa con la escollo de que el investigador se constituya en un testigo: “A las sexualidades sólo puede accederse por medio de los discursos, contruidos como historias y relatos que configuran la narrativa autobiográfica de aquellos que acceden a ser interrogados por el investigador social. Nunca es la práctica misma, sino lo que nos dicen de ella, con todos sus sesgos culturales, morales y sus presupuestos interpretativos (Ayús 1999: 375)”. Es decir, cuando aludimos a “prácticas sexuales” estamos en estricto sentido abordando las experiencias desde los relatos que los jóvenes nos ofrecen acerca de sus vivencias y no a las prácticas en sí.

1.2.3 Sistemas de registro de información y manipulación de los datos

La información fue registrada a partir de diversos dispositivos técnicos. En el caso de las dinámicas grupales se utilizó un dispositivo electrónico de vídeo y audio que permitió la grabación del evento y luego la transcripción y análisis de momentos significativos y de alusiones temáticas relevantes. Las entrevistas en su caso se registraron en una grabadora electrónica en cintas magnetofónicas, en seguida la información fue transcrita y analizada de acuerdo con la matriz etnográfica y el guion de entrevista empleado. El manejo de los datos para su análisis fue posible a través del programa de cómputo *Etnograph V5.0*, por lo que una vez transcritas las entrevistas fueron vaciadas –previo diseño de un árbol de códigos (*Code Book*)– en el software y a través de procesos de *codificación*, análisis e interpretación, la información fue fragmentada buscando no perder el sentido y el contexto de enunciación.

Es importante precisar que la asignación de códigos en el análisis cualitativo es una identificación inicial de los hallazgos al “indexar” cada código un conjunto de significados. Esto es, la codificación implica clasificar una palabra, una frase, o una sección del texto en categorías específicas que tengan sentido dentro del marco teórico que está siendo utilizado y de acuerdo con los propósitos del estudio (Castro, 1996). La indexicalidad alude a que los conceptos, términos y afirmaciones de los individuos son ininteligibles a excepción de que uno esté habituado con las perspectivas de sentido común del escenario en que se gestan.

En una segunda etapa del análisis, y a fin de rescatar los segmentos más explicativos, se realizó una lectura más puntual con la visualización completa de cada una de las historias, por lo que se leyeron directamente reclasificando la información y codificando en forma manuscrita como sugieren los métodos cualitativos tradicionales para la construcción de categorías de análisis: *categorización* (Glaser y Strauss, 1979). En esta fase del estudio se privilegió el análisis de los discursos como una construcción del ámbito social que permite a los distintos grupos sociales y culturales apropiarse y compartir los códigos que otorgan sentido a sus diferentes experiencias. La identidad, de hecho, puede entenderse como una “narrativa”, una práctica discursiva que reconstruye las experiencias vitales con el propósito de relatarlas a otros o así mismo (Fuller, 2001; Giddens 1998; Tuñón y Ayús, 2002).

1.3 El escenario de la investigación

El Colegio de Ciencias y Humanidades Plantel Sur (CCH-Sur), dependiente de la Universidad Nacional Autónoma de México, se localiza en los lindes de “El Pedregal”, uno de los complejos residenciales más importantes al sur de la ciudad de México. El CCH fue creado por acuerdo del H. Consejo Universitario de la UNAM el 26 de enero de 1971, con el propósito de configurarse como una institución clave para el proceso de innovación de la enseñanza universitaria y nacional. Inició sus actividades en el ciclo de bachillerato el 12 de abril de 1971 con tres unidades académicas. Hoy día existen cinco planteles, Azcapotzalco, Naucalpan, Vallejo, Oriente y Sur, a los cuales en el año 2002 ingresaron más de 17 000 alumnos/as con una distribución más o menos equitativa en los cinco planteles.

Según cálculos aproximados de las autoridades del CCH-Sur, existen actualmente alrededor de 13, 000 estudiantes regulares e irregulares en los turnos matutino y vespertino. Una publicación institucional (Muñoz, *et al.*, 2003) ofrece algunos rasgos del perfil general de los estudiantes. El documento señala que hace dos décadas por cada 100 estudiantes 60 eran menores de 16 años, por el contrario, hoy por cada 100 el 90% tiene menos de 16 años. Los cambios estructurales en la enseñanza se reflejan en la demanda educativa por sexo, hace dos décadas la población estaba compuesta por un 33% de mujeres y 67% hombres y en las últimas generaciones las mujeres han constituido más del 50%. Respecto a la ocupación laboral hubo también cambios significativos, cuando en la década de los setenta el 25% de los estudiantes desempeñaba un trabajo, hoy apenas un cinco por ciento desempeña alguna actividad laboral.

Respecto a la escolaridad de los padres, se encuentra que en las últimas generaciones el 28% de los padres y el 40% de las madres tuvo como nivel máximo de estudio la primaria, mientras que un 25% de ambos padres logró la secundaria, por su parte el nivel bachillerato sólo fue cursado por un 8% de las madres y un 15% de los padres. Es en el nivel profesional donde las disparidades entre los progenitores son más marcadas: un 7% de las madres cuentan con licenciatura y con posgrado apenas un 1%, mientras que el 15% de los padres cursaron la licenciatura y un 2% posgrado. Sobre el ingreso familiar el estudio consigna que entre

1999 y 2002 más del 64% de las familias tuvo ingresos de \$0 a \$3,574 pesos, equivalente a \$3,000 pesos en 1978, que para entonces constituía el ingreso del 32% de las familias.

Con relación a las actividades laborales de los padres en los noventa, por cada mujer que realizaba una actividad remunerada había otra que no recibía sueldo, por su parte entre los varones el 98% percibía alguna retribución. Sin embargo, específicamente en el año 2001 los estudiantes de nuevo ingreso reportaron que más del 70% de sus padres laboraba en uno de los siguientes campos: empleado, trabajador en oficios por su cuenta, obrero y comerciante. Finalmente, estas características sociales y generacionales de las y los jóvenes, así como las condiciones materiales de existencia, están presentes en la narración de sus experiencias y en la manera en que viven y expresan su sentido corporal.

1.4 Aspectos éticos de la investigación

Un punto central en toda investigación es considerar las cuestiones éticas, sobre todo cuando contempla asuntos personales e íntimos o la narración de experiencias privadas. Las condiciones éticas incluyeron proporcionar a los jóvenes un formulario de consentimiento informado –previo a la entrevista– que explicaba la naturaleza del estudio, así como ser entrevistados en condiciones de respeto a sus derechos. El escrito explicaba también: 1) los propósitos del estudio; 2) el carácter y significado de su participación; 3) el compromiso de mantener la confidencialidad; 4) el derecho de los entrevistados a rehusar su colaboración; 5) el derecho a declinar responder preguntas específicas y; 6) el derecho a interrumpir su participación en cualquier instante y; 7) datos para contactar a la coordinadora de la maestría ante una eventual duda o inconformidad.

La confidencialidad y el anonimato se mantuvieron mediante procedimientos estándares en el estudio, como el uso de seudónimos. Como respaldo sobre lo convenido se otorgó una copia del formulario y al final de cada conversación se solicitó su punto de vista sobre el desarrollo de la conversación, si deseaban agregar o preguntar algo más y sobre su estado de ánimo durante el diálogo. A nivel institucional se hizo una solicitud formal al director del CCH-Sur, en la cual se establecía el carácter y los propósitos del estudio, los compromisos éticos y las potenciales aportaciones de la investigación.

CAPÍTULO II

Cuerpo, género y masculinidad

*Pero el cuerpo está también directamente inmerso en un campo político;
las relaciones de poder operan sobre él [...];
lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos,
lo obligan a unas ceremonias, exigen de él unos signos.*

Michel Foucault

Este capítulo destaca la relevancia del cuerpo como objeto de análisis social, con el propósito de explicar y comprender el modo en que los varones actúan en medio de sus experiencias generizadas y lo que juega lo corporal en el plano de la vida social y personal. Se parte de un acercamiento a la producción teórica sobre el cuerpo, sus implicaciones en la comprensión del género y las configuraciones prácticas de la masculinidad en medio de relaciones de poder. Se asume que lo considerado socialmente como masculino se constituye socialmente de manera relacional con lo femenino y en el proceso activo de construcción de las identidades genéricas el cuerpo juega un papel fundamental; sobre todo porque el género supone una masculinidad intrínseca al cuerpo de los varones.

El análisis forma parte de una tendencia más amplia en el pensamiento occidental, dentro de los cambios culturales, sociales, económicos y políticos de la sociedad actual que colocan al cuerpo en el eje de la vida social y de las experiencias individuales, sexuales o no. Es decir, existen varias coyunturas culturales y sociales que llevan a resaltar las experiencias vitales “encarnadas” de los seres humanos, sobre todo propiciado por la fuerte crítica feminista que devela el papel del poder en los cuerpos y sus efectos materiales, particularmente en el de las mujeres. Contribuye el feminismo, además, a desentrañar el carácter cultural y social de los cuerpos, sus significados, efectos y representaciones, su relevancia en la reproducción de las estructuras sociales, pero también en la comprensión de dilemas teóricos más agudos y de posiciones epistémicas profundas subyacentes en la construcción del conocimiento en la cultura occidental.

2.1 ¿Cuerpos que importan o la importancia del cuerpo?⁵

El cuerpo tiene hoy un notable alcance en el ámbito académico como tópico de enseñanza e investigación especialmente en los países desarrollados, sin embargo, en América Latina aún es una cuestión incipiente. En la vida diaria cualquier situación, vía el consumo, la cultura popular, los movimientos políticos, la práctica médica, la tecnología, la sexualidad, la salud, el deporte, la guerra, las emociones, la realidad virtual, en fin, toda experiencia personal o social implica la manifestación del cuerpo. Es difícil, como señalan Featherstone y Turner (1995), eludir su ubicuidad y su presencia como signo y símbolo de los procesos políticos, sociales y culturales, justamente porque el cuerpo es el objeto de las prácticas sociales en tanto que agente conformando las estructuras (Connel, 2003c).

Esta mirada que coloca al cuerpo como eje de las experiencias cotidianas, ha sido el resultado del intenso debate generado desde los años setenta en torno a lo corporal a través de un “coloquio interdisciplinario” (Boltanski, 1975: 11), donde la antropología, sociología, teoría feminista, crítica literaria, historia, religión, filosofía y psicología, han sido tan sólo algunos de los puntos de vista implicados. Los antropólogos a través de la vertiente médica, psicológica, el análisis de los espacios, el análisis cultural, la teoría crítica y la antropología cognitiva han examinado el cuerpo. No obstante, a diferencia de la sociología, en la antropología el cuerpo ha sido esencial en el análisis de la encarnación humana, el nexo entre naturaleza y cultura y el papel de la cultura en la construcción del ser humano (Turner, 1991).

En la teoría social en general se desarrolló una disquisición sistemática sobre la centralidad del cuerpo en la elucidación de los problemas sociales (Turner, 1989; Shilling, 1993; Frank, 1991). En algunos casos con la finalidad de erigirlo en una categoría primaria que remplace conceptos más amplios (Turner, 1995), problemáticos (Devillard, 2002) o con el propósito de disolver los predominantes dualismos: cuerpo/mente, naturaleza/cultura, estructura/sujeto, objetividad/subjetividad (García, 1994; Shilling y Mellor, 1996; Connel, 2003b). También buscando comprender por qué se ha convertido en centro del análisis social contemporáneo (Martin, 1992; Turner, 1994b; Morgan y Scott, 1993), remarcar su “ausente

⁵ La idea es una paráfrasis del libro *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”* de Judith Butler (2002b).

presencia” en la sociología (Synnott, 1995: 368), hacer evidente su “historia secreta” (Turner, 1994b: 20), reconocer su “estatuto dual” en la teoría social (Shiling, 1993: 19-40) o subrayar su ausencia en la tradición intelectual de occidente (Shildrick y Price, 1999; Berthelot, 1995).

A lo largo de la historia el cuerpo se ha visto como una tumba [los griegos], como barro, corrupción y cadáver [los romanos], como un templo o enemigo [el cristianismo], como secular y privado [el renacimiento], como una máquina [Descartes], como identidad [Sartre] (Synnott, 1992) y como el agente mismo [la sociología del cuerpo]. Bernard señala acertadamente que “todo enfoque sobre el cuerpo implica una elección filosófica y hasta teológica y viceversa (1994: 12)” e indica que el cuerpo puede ser visto entre la condenación y la denuncia, como motivo de alienación o incitación, como materia de exaltación o apología en tanto órgano de goce, medio de realización, creación, belleza, reflejo de la sociedad y posibilidad de contestación, es decir, de liberación individual o colectiva. Synnott precisa que su construcción social refleja no únicamente los valores de una cultura sino también de las subculturas y las especificidades de los individuos: “El cuerpo significa no únicamente diferentes cosas para diferentes personas, sino también puede significar muchas cosas para la misma persona en diferentes momentos o en diferentes espacios (Synnott, 1992: 105)”.

A contrapelo de la tradicional contemplación como entidad material fija sometida a las determinaciones biológicas, existen varios motivos que llevan este “nuevo cuerpo” con carácter social y cultural a ser relevante en la teoría social, y en general en la cultura contemporánea tomando en cuenta su “procedencia”. Le Breton destaca sobre el nacimiento del estudio social del cuerpo: “Las sociologías nacen en las zonas de ruptura, de turbulencia, de desorientación respecto de los puntos de referencia, de confusiones, de crisis de las instituciones, en una palabra, cuando se rompen las antiguas legitimidades (2002a: 11)”. Desde luego, la importancia del cuerpo en la cultura contemporánea no está dissociada de los fuertes cambios sociales, culturales y en torno a la crisis del pensamiento moderno que se expresa en tres contextos distintos⁶.

⁶ Estos tres terrenos sociales en los que se desarrolla la preeminencia del cuerpo no sugieren de ninguno modo el trazo de lindes o una disociación entre ellos, evidentemente inexistente, dada su imbricación y constitución mutua. Un claro ejemplo está alrededor del feminismo, que es al mismo tiempo un movimiento social y político que una postura intelectual, es decir, encierra simultáneamente una práctica política, social y cultural y un desarrollo teórico propio que esgrime analítica y críticamente las desigualdades que pesan sobre los cuerpos, principalmente de las mujeres.

En primer lugar, un entorno epistemológico permite la inscripción del cuerpo en el análisis social contemporáneo, al mismo tiempo que se ventilan los motivos de su abandono, máxime desde la crítica a preceptos enraizados en la construcción del conocimiento con sus consecuentes implicaciones para comprender su contenido social. Epistémicamente destaca la objeción de dualidades conceptuales interrelacionadas como la oposición entre cuerpo y mente junto con una sucesión de distinciones: espíritu/materia, estructura /sujeto, razón/cultura, objetividad/subjetividad, cultura/naturaleza y género/sexo (Csordas, 1994). Es decir, su ausencia en el análisis revela el efecto de una posición epistémica profunda en la que, confundida la filosofía cartesiana con la idea cristiana que lo rechaza por su asociación con el pecado, el cuerpo significó un peligro para la objetividad y el conocimiento racional en las ciencias sociales (Shildrick y Price, 1999; Bordo, 2001).

También está la omisión de que fue objeto el cuerpo frente al rechazo del positivismo –particularmente el biologicismo al que está asociado– sostenido por la sociología moderna en favor de un determinismo social que trajo consigo su exclusión (Turner, 1989). Este rechazo se vincula a su vez a la negación del individualismo metodológico por parte de la tradición central de la sociología, en la que se privilegian las estructuras y las colectividades en la constitución de la sociedad: la microsociología “excluye al cuerpo porque el yo como actor social está socialmente constituido en la acción (Turner, 1989: 60)”. En otras palabras, una explicación sociológica que enfatiza las macroestructuras y relega la especificidad del sujeto tampoco aprehende el cuerpo como elemento clave en la estructuración social.

En segundo lugar, la relevancia del cuerpo se localiza en el contexto de muy amplias transformaciones sociales y culturales que sitúan al mismo tiempo la teoría social que lo erige como centro de la reflexión. Según Le Breton (2002a) la visión moderna del cuerpo en occidente deriva de 1) el saber biomédico que objetiviza la carne y la disocia del rostro; 2) la filosofía mecanicista de Descartes que considera el cuerpo una máquina controlada por un espíritu y; 3) el sentido individualista que distingue al cuerpo como frontera del individuo. En ese sentido, otras culturas no identifican el cuerpo como límite del individuo, sino más bien lo inscriben en una red compleja de correspondencias entre la condición humana y la naturaleza o el cosmos que los rodea (Leenhardt, 1979; Le Breton, 2002a, b; Csordas, 1994; Turner, 1995).

La formación de los Estados, la industrialización, el desarrollo de las ciencias con sus modernas formas de poder centradas en el cuerpo, son cambios claves que propician un proceso de individuación y manejo racional y secular de la vida social y personal que promueven las ideas actuales sobre el cuerpo (Martin, 1992; Turner, 1989)⁷. Turner (1982) observa el surgimiento de las técnicas dietéticas como parte de la racionalización y secularización de la cultura en el capitalismo industrial. Señala que la preocupación sobre la obesidad, la dieta y la anorexia deriva del cálculo racional sobre el cuerpo y el empleo de la ciencia por parte de los aparatos de control social, como una extensión de la regulación cristiana del deseo: “[...] el manejo dietético surgió de una teología de la carne, se desarrolló por conducto de una medicina moralista, por último, como la ciencia del cuerpo eficiente (Turner, 1989: 27)”.

En la cultura contemporánea, del capitalismo tardío, posfordista, postindustrial, posmoderna o sociedad de la información, la secularización de la sociedad ha hecho posible la comercialización del deseo, donde la publicidad y el consumo toman como foco la reproducción, presentación y los procesos del cuerpo (Turner, 1989, 1991). A su vez la transformación de una economía capitalista productora de mercancías a una productora de servicios ha trastocado la distribución ocupacional, los estilos de vida y el énfasis en el consumo, el ocio y una “ética” del cuerpo por mantenerlo en forma, así como la necesidad de retrasar el envejecimiento practicando deporte (Turner, 1989, 1991).

Kroker y Kroker arguyen que el cuerpo ya no es considerado una “entidad limitada” debido al impacto de los procesos sociales que mercantilizan, fragmentan, modifican y muestran mediante el bombardeo semiótico imágenes de las partes del cuerpo humano (1987: 20)⁸. En medio de una cultura del consumo que estimula necesidades y deseos y sus

⁷ La individuación es una serie de prácticas sociales a través de las cuales los sujetos son identificados y separados por marcas, números, signos y códigos que derivan del conocimiento de las poblaciones y relacionados con el establecimiento de normas (Shiling, 1993). También otros mecanismos sociales, como la religión, contienen elementos individualizantes, por ejemplo, en el trabajo de Leenhardt (1979) se consigna cómo el proceso de evangelización de los canacos sitúa a los sujetos bajo la mirada de Dios y de ese modo las fronteras de sus cuerpos llegan a delimitarlos, liberándolos de la red de correspondencias que mantenían con el colectivo. Ocurre una “centración en el yo” como resultado de la transformación cultural y social y el cuerpo funciona como un “factor de individuación” (Le Breton, 2002b: 45).

⁸ Véase Lesley A. Sharp (2000), “The Commodification of the Body and Its Parts”, *Annual Reviews Anthropological*, núm. 29, pp. 287-328.

consecuentes cambios en los espacios sociales, el cuerpo ha llegado a ser una identidad controlada por la apariencia, la presentación y las posibilidades de dirigir estas impresiones sociales (Featherstone, 1991). La presentación exige ante todo una estética, esencialmente femenina (Davis, 2002), que incita la adopción de técnicas para revertir el deterioro corporal y coloca al cuerpo como medio de placer y expresión de identidad (Turner, 1982, 1989; Featherstone, 1991). Así, se aprecia la proliferación de imágenes de cuerpos estilizados que resaltan el valor de la apariencia como “la puesta en escena de sí mismo” que torna al cuerpo en un objeto de atención constante (Le Breton, 1994: 198) y vía estas exigencias se consideran los “cuerpos como proyectos” al asumirse que están potencialmente abiertos a la intervención con base en los deseos de las personas (Shilling 1993: 4-5).

Las categorías fijadas del ciclo de la vida también han llegado a desdibujarse haciendo el curso vital más fluido y provocando en los individuos conflictos entre su edad biológica y cronológica (Featherstone y Hepworth, 1991). Las normas del autocuidado corporal han cambiado históricamente, desde la salvación espiritual a un fortalecimiento de la salud y finalmente a una “identidad comercial” (Csordas, 1994: 2). El envejecimiento de las poblaciones, por un lado, tiene fuertes implicaciones económicas y sociales para el Estado y, por otro, conlleva un incremento en la atención médica sobre los cuerpos y la búsqueda de mayores expectativas de vida. Asociado a ello se encuentra el desarrollo de técnicas médicas sofisticadas que prolongan la vida a partir de trasplantes de órganos, microcirugías, inseminación artificial o el avance farmacológico (Juan y Rodríguez, 1994; Shilling, 1993).

La relación entre cuerpo y tecnología ha propiciado dilemas éticos y filosóficos por la alteración directa de la estructura corporal, donde la ingeniería genética vía sus técnicas radicales puede producir “poshumanos” o construir mecanismos artificiales que no sólo alteran el medio ambiente inmediato y próximo a los cuerpos, sino que además aumentan y reemplazan la capacidad humana, como por ejemplo el uso de *cyborgs* para propósitos militares e industriales (Haraway, 1995). Así también, se han creado problemas de responsabilidad moral y económica frente al SIDA y su juego con la religión, la moralidad y la sexualidad que revelan y perturban las concepciones sobre el cuerpo y el deseo (Llamas, 1994 y Bardella, 2002).

También ha sido importante para esta nueva concepción del cuerpo el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y el potencial de la realidad virtual y el ciberespacio, en el que las simulaciones por computadora o la red ofrecen posibilidades de nuevas formas de experiencias corporales y emocionales que amenazan las tradicionales nociones sobre las relaciones sociales (Ihde, 2004; Jean y Clarke, 2001). El desarrollo de las tecnologías ha propiciado la crítica desde la teoría feminista al explorar las implicaciones tecnocientíficas en las inequidades de género y al analizarlos como campos de actividad de los que han sido excluidas las mujeres (Hirhup *et al.*, 2000; Haraway, 1995).

En tercer lugar, en la emergencia del interés en el cuerpo está el movimiento feminista de la segunda ola, que fundó sus críticas observando los cuerpos de las mujeres en medio de sistemas de dominación y subordinación; de hecho, aportó un componente cardinal para comprender el carácter social y el papel del poder en los cuerpos: el género (Synnott, 1992). El cuerpo fue usado por el feminismo primeramente como vehículo de protesta y acción política en torno al control de la fertilidad y el aborto, posteriormente dirigió explicaciones sistemáticas dentro de la academia teorizando desde el cuerpo y conectándolo con el género bajo el reclamo “lo personal es político” (Davison, 2002: 9). Una serie de aspectos de la vida social y personal fueron analizados demostrando la opresión y el control de sus cuerpos y las consecuencias de las inequidades: control de la fertilidad, la sexualidad, división social del trabajo, la violencia, la pornografía, la prostitución, la maternidad, etc.

El análisis de las distinciones sexo/género, naturaleza/cultura y biológico/social trastocaron los límites corporales que el conocimiento social había posicionado entre mujeres y hombres, por medio del cuestionamiento de los discursos de las ciencias biológicas como una serie de teorías que representaron al cuerpo de la mujer como deficiente (Hirhup *et al.*, 2000) y cómo estos discursos científicos llegan a tener un impacto material en los cuerpos de las mujeres (Jacobus, Fox and Shuttleworth, 1990). Esta mirada que naturaliza el cuerpo sobre una base biológica no sólo tiene una considerable influencia en las percepciones y experiencias de los cuerpos de las mujeres, sino también en cómo la cultura occidental concibe la relación entre cuerpo, identidad y vida social, legitimando legal, social y culturalmente las desigualdades sociales a partir de las determinaciones biológicas.

2.2 El cuerpo: de los usos sociales al actor encarnado

Se ha señalado que en oposición a la tradicional observación científica y popular del cuerpo como una base biológica sobre la que se funda la estructura social e individual, una serie de contribuciones llevan a percibir su condición social, los significados y efectos en la concepción del agente, las estructuras sociales y las experiencias individuales; también en la comprensión de dilemas teóricos más agudos como el debate sobre naturaleza y cultura y la distinción mente/cuerpo. Los aportes son diversos y en distintos niveles de análisis, su alcance sobre todo depende de la contribución específica que el autor hace sobre un asunto particular ligado al cuerpo; ya sea que se pretenda entender su condición contextual e histórica, su carácter social, cómo es afectado socialmente, su lugar en el entramado cultural o que se demande su valor heurístico y explicativo.

Desde el énfasis en los niveles de explicación sociológica sobre el cuerpo, se registra que van de una comprensión “implícita” de su naturaleza social al reconocimiento “a detalle” de esa condición social mediante un inventario sobre sus usos sociales, hasta arribar a las lógicas sociales y culturales que difunde (Le Breton, 2002a: 15). Sin embargo, podemos agregar una cuarta tendencia, más contemporánea, en el que asumido su origen social, sus representaciones, lógicas y significados simbólicos que conlleva, así como el papel del poder en su construcción, se admite que existen problemas teóricos irresueltos, a saber: qué es en realidad el cuerpo, la imagen corporal y el encarnamiento; la necesidad de desarrollar una noción corporal del agente social y las funciones del cuerpo en el espacio social; entender cómo el encarnamiento es básico para los procesos de reciprocidad e intercambio social y la construcción de un mayor sentido histórico del cuerpo (Featherstone y Turner, 1995).

En la primera tendencia pueden identificarse a “los clásicos” de la teoría social (Alexander, 2004), como Marx y Engels, a quienes no les interesó la construcción de principios heurísticos para pensar el cuerpo, pero contienen “en germen” un enfoque social al considerarlo un producto social e histórico (Le Breton, 2002a: 16). Durkheim, por ejemplo, cree que el hombre tiene una dimensión dual en la que el cuerpo se origina en la organicidad aunque lleve los signos de sus condiciones de existencia, alimentando con ello la dualidad naturaleza/cultura y remitiendo el cuerpo al terreno de las ciencias naturales. Para algunos

autores Weber le prestó poca atención (Le Breton, 2002a), no obstante, otros llegan a leer el análisis weberiano sobre el ascetismo como una teoría de la racionalización del cuerpo (Turner, 1989). En general lo que define a estas posiciones es la enunciación implícita del cuerpo más que su consideración directa como tópico de reflexión.

Turner (1991) señala cuatro razones por las que la sociología clásica no genera un análisis social expreso del cuerpo: 1) los sociólogos, como Durkheim, Weber, Simmel y Mannheim, se interesaron en general por las similitudes entre las sociedades industriales y en cómo contrastaban con las culturas tradicionales y no en la evolución histórica de los seres humanos; 2) la sociología estuvo concentrada en las circunstancias requeridas para el orden y el control social y el cambio en las sociedades donde el cuerpo fue definido como ‘natural’, un fenómeno presocial, que no justificaba un análisis sociológico serio; 3) las capacidades requeridas para la agencia humana fue equiparada con la conciencia y la mente más que con la acción del cuerpo como un todo y; 4) esta postura ontológica y epistémica tuvo como efecto el desinterés por el examen antropológico del cuerpo en tanto sistema de clasificación.

Shiling (1993) agrega dos motivos más a la apreciación de Turner: el primero, se relaciona con la inclinación metodológica de la disciplina, que enfatiza preguntas cognitivas abstractas por lo que de algún modo opera como si estuvieran localizadas desde el exterior del cuerpo y separado de él, “una abstracción incorpórea” (Shildrick y Price, 1999: 1); el segundo es una reflexión de género formulada por Bordo en *The Male Body* (1999b), sobre el hecho de que los hombres casi no han escrito acerca de sus experiencias corporales; pero Shiling cree que la razón fundamental por la que los “padres fundadores” no exponen una sociología del cuerpo se vincula con su “encarnamiento como hombres” y precisa: “[...] la fundación de la sociología fue tanto un proyecto social como epistemológico, y fue un proyecto llevado a cabo por hombres [...] Este punto no significa sugerir que el conocimiento es completamente reductible a una experiencia corporal inmediata, pero sí admitir una conexión integral entre conocimiento y encarnamiento (Shilling, 1993: 26-27)”.

En la segunda tendencia se proporcionan una cantidad de datos relevantes y se realiza un inventario consistente sobre los usos sociales del cuerpo y sus representaciones. Destacan los aportes de Simmel sobre la sensorialidad, los intercambios de mirada y el rostro; los estímulos de Hertz al señalar las representaciones morales e intelectuales asociadas a la mano

derecha e izquierda como productos de la estructura del conocimiento social (Lock, 1993: 135); la idea de técnicas corporales como gestos codificados para lograr una eficacia práctica y simbólica sugerida por Mauss (Csordas, 1994), y que lleva tanto a la consolidación de una sociología del cuerpo como a la sustitución de la antropología física por una antropología social del cuerpo (García, 1994); incluye también el análisis gestual, la expresión de los sentimientos, las técnicas de mantenimiento y cuidado del cuerpo, sus inscripciones y la inconducta corporal (Le Breton, 2002a).

Podemos incluir además los datos antropológicos y etnológicos sobre prácticas sexuales, construcción de lo viril y la feminidad, fecundación, esterilidad, maternidad, paternidad, fluidos y órganos corporales, alimentación e higiene, entrenamiento físico, vestimenta, adornos, relaciones con el mundo vegetal y animal, vida y muerte, procesos cognitivos, etc., recabados en sociedades “premodernas” [M. Mead, Malinowski, Evans-Pritchard, por ejemplo]. Se trata de datos dispersos que impiden una organización coherente de los vínculos entre el cuerpo, las prácticas y las representaciones sociales (Devillard, 2002) y que indican sobre todo la importancia que posee el cuerpo en dichas culturas como terreno que destaca las marcas de la condición social de los individuos (Turner, 1991).

La tercera tendencia se distingue por ser una reflexión más sistemática y de alcances sólidos sobre las conexiones sociales y simbólicas que operan en el cuerpo, la consolidación de su valor explicativo de lo social, cultural y en las experiencias individuales. Sobre todo:

[...] deja de ser visto como una mera organización fisiológica o un soporte, una máquina habitada por un espíritu, para convertirse en la estructura experiencial vivida, en el ámbito de los procesos y mecanismos cognitivos, en causa de estímulos, en condición básica de posibilidad de representación y, en tanto que componente fundamental de la acción, en mecanismo de individuación u objetivación de objetos, propiedades y acontecimientos (García, 1994: 48).

Es decir, el cuerpo es observado desde un cambio de paradigma en el que se considera tanto medio como fin y un estructurante principal de las prácticas sociales. Esta fase se caracteriza también por abreviar de una copiosa cantidad de aportaciones que atraviesan diferentes

tradiciones teóricas y filosóficas, así como de autores clásicos y contemporáneos, algunos de los cuales tampoco toman al cuerpo como el eje de sus reflexiones pero que, sin embargo, proveen nociones teóricas y filosóficas para pensarlo. Resalta el aporte del “materialismo fenomenológico” de Merleau-Ponty (1957), vía el concepto “cuerpo experimentado” (Ihde, 2004: 38), en el que la acción desde el cuerpo es centro y soporte necesario para la existencia de una inteligencia humana encarnada. La idea del cuerpo como medio de clasificación principal sugerido por Douglas (Turner, 1991), es básica para una noción del cuerpo como una construcción social al evidenciar que los significados corporales constituyen metáforas de las relaciones sociales, es decir, del orden político y social (Douglas, 1970).

Los estudios de Goffman (1991, 2001) a su vez son centrales para entender el carácter social del cuerpo al concebirlo como una propiedad material de los individuos, quienes tienen la habilidad de controlar su presentación en aras de facilitar la interacción social. Así, los significados atribuidos a lo corporal están determinados por los vocabularios compartidos del “idioma del cuerpo” –que son formas convencionales de comunicación no verbal– o léxicos que no están bajo control de los individuos. Finalmente, para Goffman, los cuerpos tienen una existencia dual porque, aunque son una propiedad individual, son definidos socialmente.

Se distinguen además los aportes históricos, como el de Elias (1989), que presenta desde un plano longitudinal el proceso de individualización, racionalización y socialización del cuerpo, considerado como una teoría de los “cuerpos civilizados” (Shilling, 1993: 150). Si bien constituidos con una base teórica mínima (Frank, 1991), los tres tomos editados por Feher, Naddaff y Tazi (1990), *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, forman el más amplio compendio de materiales sobre el cuerpo en el que se busca narrar los modos de su construcción como entidad histórica (Feher, 1990: 11). La influencia teórica de Foucault inspiró un número importante de investigaciones históricas (Lock, 1993), como el trabajo de Lacqueur (1994) sobre la relación entre el cuerpo, el género y la sexualidad, en el que resalta los cambios a lo largo del tiempo en los conocimientos “científicos” sobre el cuerpo.

Foucault es claramente quien tuvo una penetrante influencia en el desarrollo teórico general del cuerpo (Turner, 1994b; Frank 1990; Shilling, 1993; Entwistle, 2002; Shildrick y Price, 1999), al articular y delinear categorías teóricas medulares, como “cuerpos dóciles”, “biopoder” y “microprácticas”, que llevan a percibir el papel del poder en la construcción de

los cuerpos (Bordo, 2001: 36). Así, vía las disciplinas el cuerpo se convierte en la modernidad en el objetivo de las instituciones, las prácticas y las técnicas que lo producen y controlan y al mismo tiempo forman los sujetos por medio de las tecnologías del yo (Turner, 1994b; Foucault, 1990, 2000, 2003)⁹. Se trata de una mirada epistemológica categórica sobre la construcción social de los cuerpos mediante el poder, en el que sobre todo se “somete a una disciplina interna de autocontrol (Giddens, 1998: 29)”¹⁰.

Desde la reapropiación del concepto de *habitus*, inicialmente enunciado por Mauss y usado posteriormente por Boltanski, Bourdieu (2006, 2007) expresa la lógica sobre cómo el moldeamiento de las complejidades individuales refleja su lugar en el entramado social a través del encarnamiento de disposiciones duraderas o *habitus*; lo que vincula el sentido práctico del agente y el sentido estructural del contexto de interacción. El *habitus* se entiende como un sistema de estructuras cognitivas, sensoemocionales y de acción establecidas por las oportunidades, posibilidades y prohibiciones inscritas en las condiciones objetivas de la realidad e incorporadas como disposiciones duraderas que generan y estructuran las prácticas individuales y colectivas.

Tres aproximaciones desde nuestro punto de vista se ofrecen como un corolario y muestra ejemplar de esta nueva visión analítica sobre el cuerpo. Empezando con “la más coherente teoría sociológica sobre el cuerpo (Frank, 1990: 133)”, proveída por Bryan Turner (1989) en *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*, prosigue la propuesta de Arthur Frank (1991) sobre una sociología del cuerpo –que retoma la exposición de Turner– y, finalmente, el excelente trabajo de Chris Shilling (1993), *The Body and Social Theory*, que integra y pasa revista a los teóricos sociales más relevantes en el tema del cuerpo (Synnott, 1995). Estos trabajos constituyen un referente próximo en los acercamientos contemporáneos sobre el cuerpo, así como ‘encarnan’ aproximaciones claves sobre los derredores por los que transita la teoría social vinculada al cuerpo.

⁹ Foucault (1988: 241-242) sugirió cinco criterios sobre los cuales estaría basado un análisis del poder: 1) el sistema de diferencias, 2) los tipos de objetivos perseguidos, 3) los instrumentos de poder, 4) las formas de institucionalización y, finalmente, 5) los grados de racionalización.

¹⁰ En realidad, el pensamiento social francés en su conjunto le debe mucho a esta nueva comprensión del cuerpo, desde Baudrillard hasta Bourdieu pasando por el propio Foucault, Mauss, Merleau-Ponty, Berthelot, Barthes, Boltanski y Le Breton. Desde el feminismo las contribuciones de Kristeva e Irigaray, entre otras.

Finalmente, la cuarta tendencia podemos ubicarla de manera arbitraria con el nacimiento en 1995 de la primera revista especializada en el tema del cuerpo desde una visión social, *Body and Society*. La cual constituye un intento de abastecer el creciente interés en el cuerpo como tópico de enseñanza e investigación en la academia (Featherstone and Turner, 1995) a la vez que revela la consolidación de su importancia epistémica. En este momento se admite que seis áreas han concentrado el análisis alrededor del cuerpo, a saber: 1) sobre sus significados simbólicos, su uso social como representaciones y su importancia en los discursos metafóricos; 2) el análisis de su rol activo en la vida social; 3) la cuestión del sexo, el género y sexualidad; 4) la relación entre cuerpo y tecnología; 5) el estudio de la salud y la enfermedad, las categorías médicas –como la enfermedad– y la organización del cuidado de la salud y; 6) el análisis del cuerpo dentro de la sociología del deporte.

Sin embargo, pese a la diversidad de estudios que toman como “objeto” o “tema” al cuerpo (Csordas, 1994: 4), se reconoce que permanecen todavía un cierto número de problemas teóricos que es necesario resolver (Featherstone and Turner, 1995). Como marco general estos problemas claves conducen el debate contemporáneo, el cual, desde una mirada a los trabajos publicados en *Body and Society*, indica en efecto las disciplinas [estética, antropología, arte, historia, estudios culturales, epidemiología, etnografía, teoría feminista, filosofía, psicología y sociología], el rango importante de tópicos [historia del cuerpo, historia del arte y el cuerpo, historia médica y el cuerpo, género y sexualidad, etnicidad, moda, el cuerpo y las tecnologías, el cuerpo y las emociones, el cuerpo y la religión, el cuerpo y la cultura consumidora, el cuerpo y el deporte] y los debates [estructuralismo /postestructuralismo] que se han visto implicados en la búsqueda de respuesta a tales dilemas explicativos (Ayús, 2005b).

En suma, lo que estos estudios han logrado ha sido recuperar el plano social, cultural e histórico sobre el cuerpo negados por los planteamientos objetivistas de las ciencias experimentales; han ilustrado los modos en que se representa la realidad orgánica –que en occidente ha sido “un objeto teórico del discurso de la anatomía producido por seres humanos que están en la cultura (Gatens, 2002: 145)”– mediante un análisis comparativo; los vínculos del cuerpo con las ideas del orden social prueba que es un medio de incorporación/regulación; manifiestan que no se puede reificar la realidad material y espacial del cuerpo; que lo corporal

no se impone de manera prioritaria en términos físicos; que el cuerpo y sus partes no están aprehendidos en términos abstractos en muchos contextos; así como los alcances adversos de la proposición “científica” que construye el “cuerpo-objeto” y prescinde del sujeto/ agente social (Devillard, 2002).

2.3. El cuerpo como sitio político: el feminismo y el género

El feminismo fue clave en la irrupción del cuerpo como objeto de interés dentro de la academia y en el ámbito político y social, vía sus críticas sobre el cuerpo de las mujeres como sitio material dentro de una estructura de dominación, y más tarde como lugar de resistencia y transformación. El género, como categoría teórica, llevó a comprender el carácter social y cultural de los cuerpos y el papel del poder y los discursos en su construcción material. De hecho, se reconoce que una de las áreas de análisis más desarrolladas sobre el cuerpo ha estado alrededor de la cuestión del género, el sexo y la sexualidad, alentado asimismo por los escritos de los grupos gay (Turner, 1994b). La idea de dicho debate se puede sintetizar en la enunciación: aunque se nace hombre o mujer tanto la masculinidad como la feminidad son productos sociales y culturales.

Desde *El segundo sexo* Simone de Beauvoir (1999) aportó los fundamentos teóricos del género, resumidos en su multicitada frase “uno no nace mujer, sino que llega a serlo”. Ello significó para las feministas construir una noción de género como una construcción social y cultural que difiere del sexo biológico. Así, los significados culturales, según de Beauvoir, llegaban a situarse en el cuerpo biológicamente sexuado, natural, los cuales dictaban entonces los comportamientos generizados que no tenían ninguna conexión ontológica con dicho cuerpo sexuado. Esta separación del cuerpo y el sexo biológico desde el género proporcionó una vía favorable para que las feministas radicales en los setenta teorizaran sobre muchas de las desigualdades sociales de las mujeres.

Las feministas radicales alegaron que la “biología femenina”, específicamente la capacidad para dar vida, era el centro de las inequidades entre los hombres y las mujeres en las sociedades occidentales (Firestone, 1979). Frente a ello las mujeres debían rechazar las expectativas sociales generizadas, específicamente aquellas que estaban fundadas sobre su

biología y, desde esta base teórica, las feministas empezaron a situar la teoría sobre el género en y desde el cuerpo (Davison, 2002; Morgan y Scott, 1992; Shildrick y Price, 1999). De ese modo, el feminismo de la segunda ola cuestionó los papeles tradicionales de las mujeres, como esposas, madres y cuidadoras, pero también desde una crítica al patriarcado fue discutida la dominante naturalidad de las relaciones heterosexuales (Rich, 1978). Susan Bordo ha dicho sobre el feminismo y el cuerpo:

[...] el feminismo imaginó el cuerpo humano como *él mismo*, una entidad políticamente inscrita, su fisiología y morfología conformadas por historias y prácticas de contención y control, desde la envoltura de los pies y los corsés hasta la violación, los golpes, la heterosexualidad obligatoria, la esterilización forzosa, el embarazo no deseado y (en el caso de la mujer esclava afroamericana) la cosificación (Bordo, 2001: 44).

En efecto, el feminismo en general ha documentado el control y la explotación de los cuerpos de las mujeres a través de la violencia doméstica, la violación y el abuso sexual, los anuncios y la pornografía, las intervenciones médicas, la explotación y el hostigamiento sexual en el trabajo, la moda, etc. También ha proveído evidencias detalladas y sólidas de las expectativas sociales sobre los cuerpos masculinos y femeninos, sobre lo que pueden y no hacer y dónde tienen permitido hacerlo. Sobre todo, ha sido en el contexto de la salud en el que el feminismo demandó el derecho de las mujeres a tener control sobre sus cuerpos, aunque estas demandas no han estado exentas de sus propias contradicciones (Morgan y Scott, 1992). Firestone (1979), por ejemplo, consideró la tecnología como una ruta de escape para las mujeres desde la trampa de la reproducción, posición que es problemática en el contexto de los más recientes debates sobre las nuevas tecnologías reproductivas que tienden a ser vistas como nuevas armas de control sobre los cuerpos de las mujeres (Morgan and Scott, 1992).

Un área de investigación se ha concentrado en proveer datos de las representaciones occidentales del cuerpo femenino, en términos de cuerpo, biología, emoción, sexualidad e instinto (Csordas, 1994). Así, se han examinado textos e imágenes de la cultura occidental, obras literarias, científicas, filosóficas, artísticas, películas, modas, programas de televisión, etc., observando la presencia de dualidades o expresiones con códigos de género, clase social

y raza, dado que estas representaciones intervienen significativamente en la vida social y cultural, desde los símbolos religiosos, las descripciones de la biología celular hasta el desarrollo de la tecnología. Como prueba está la definición y representación social que se hace de la mujer en términos de sus potencialidades biológicas (Morgan y Scott, 1992) o como seres corporales inferiores a los hombres (Shilling, 1993).

Laqueur (1994), ha argumentado que el cuerpo humano fue percibido hasta el siglo XVIII como un cuerpo genérico, donde el masculino se consideró la norma y el cuerpo de la mujer simplemente contenía de manera inferior las partes del varón. Durante dos milenios, según Laqueur, el pensamiento anatómico aceptó que las mujeres tenían los mismos genitales que los hombres, sin embargo, la diferencia radicaba en que ellas los tenían en el interior, de ese modo la vagina fue imaginada como un pene, el útero como el escroto femenino, los ovarios como los testículos y la vulva como un prepucio. Sin embargo, en el siglo XVIII se llegó a “descubrir” la existencia de dos sexos y “la diferencia que se había expresado con referencia al género viene ahora a expresarse con referencia al sexo, a la biología (Laqueur, 1994: 264)”. Aún más: “En una era dominada por la obsesión de justificar y distinguir los papeles sociales de hombres y mujeres, la ciencia parece haber encontrado en la distinción radical entre el pene y la vagina no ya un signo de diferencia sexual, sino la base misma de ésta (Laqueur, 1992: 93)”.

Las mujeres frecuentemente han sido reducidas a poco más que cuerpos controlados por los procesos biológicos y desórdenes mentales (como la histeria), con la consecuente imposibilidad de ser autónomas (Sheldon, 2002); se ha creído que sus cuerpos son débiles, frágiles y fácilmente dañables, lo cual ha servido para nutrir políticas que las excluyen de los bienes sociales; la capacidad de sus cuerpos para contener otro cuerpo durante el embarazo y el nacimiento ha sido problemático para ellas en tanto que los órdenes legales y sociales se han habituado a verlas como sujetos limitados y, asimismo, las mujeres son más conscientes de tener y ser cuerpos ante el hecho de que funciona como sitio de discriminación.

En ese sentido, se reconoce que la separación cartesiana mente/cuerpo apoya relaciones de subordinación y jerarquía política y psíquica, donde la mente subyuga al cuerpo y por momentos elude totalmente su corporeidad. Las relaciones hechas entre la mente con lo masculino (racional) y el cuerpo con lo femenino (irracional), han sido bien probadas

dentro del campo de la filosofía y el feminismo (Seidler, 2000). Por tanto, se considera que tal distinción debe concebirse con relación a la jerarquía implícita del género que la dicotomía provoca, mantiene y racionaliza (Butler, 2001). Sin embargo, también se ha señalado que la separación ontológica no únicamente está fundada por significados genéricos, sino que se intercepta con otras dimensiones, como la clase y la raza, constituyéndose en vías para mirar y evaluar los cuerpos (Shildrick y Price, 1999).

Recientemente algunas feministas académicas (Butler, 2001, 2002b; Gatens, 2002; Young, 1995) han introducido el cuerpo como un lugar de contestación, materializado en el mundo social vía las dinámicas de género y los sentidos en los cuales los cuerpos femeninos y masculinos son sujetos de diferentes tecnologías de poder (Foucault, 1990) o concretamente de las tecnologías de género (De Lauretis, 1991)¹¹. De ese modo el cuerpo se plantea como producto de las prácticas sociales e históricas, articuladas mediante relaciones de poder y no como resultado de un cuerpo humano ahistórico y sobre el que se posa la cultura. Es decir, lo real o imaginario en el cuerpo es, en principio, el hecho del cuerpo anatómico recubierto por la cultura, pero lo fisiológico es al mismo tiempo el resultado de un discurso producido culturalmente (Gatens, 2002).

Estas ideas han sido útiles para explicar cómo el poder, la dominación y la diferencia sexual habitan y constituyen tanto las experiencias como las prácticas sociales de hombres y mujeres, lo cual implica desplazarse más allá de la propuesta foucaultiana sobre los cuerpos y el poder. Según Giddens (1998), Foucault es incapaz de analizar la relación entre el cuerpo y su actuación e ignora que el cuerpo es una vía para mantener una identidad y que al mismo tiempo el *yo* está expuesto reiteradamente a las y los demás debido justamente a su corporeización. “El género mismo se puede entender a partir de este modelo no como efecto

¹¹ Para Foucault (1990: 48) existen: a) *tecnologías de producción*, que permiten producir o manipular cosas; b) *tecnologías de sistema de signos, sentidos, símbolos o significaciones*; c) *tecnologías de poder*, que determinan la conducta de los individuos, los someten a cierto tipo de fines o de dominación, y consisten en una objetivación del sujeto; y d) *tecnologías del yo*, referidas a la manera en que el sujeto se relaciona consigo mismo a partir de la reiteración de una serie de actos convencionales que implican una dirección y una limitación de los deseos, apropiadas por el sujeto de manera simbólica. Las del *poder* y el *yo* integran las tecnologías del género (Córdova, 2003), pensadas como resultado de prácticas sociales o biomédicas que producen efectos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales, por tanto, “el género no es una propiedad de los cuerpos ni algo existente desde el origen de los seres humanos (De Lauretis, 1991: 234)”.

de la ideología o de valores culturales, sino como la forma en que el poder se afirma en los cuerpos y los construye de formas particulares (Gatens, 2002: 145)”.

Butler (2001) fue una de las feministas en identificar al cuerpo como un actor primario en la articulación del género, como teoría y como práctica social, para superar la visión pesimista de “un cuerpo femenino problemático”, residual y ahistórico, heredado por de Beauvoir (Hughes y Witz, 1997: 47; Butler, 1998). En general, provee los elementos teóricos para entender los afectos del poder sobre los cuerpos localizados dentro de regímenes discursivos y un sistema binario que ubica lo femenino y lo masculino como esencialmente diferente. Ofrece también herramientas teóricas para percibir cómo todos los sujetos –y los cuerpos sobre los cuales ellos son inscritos– emergen, no desde una distinción natural de sexo, sino desde las posibilidades de los efectos reguladores del poder discursivo.

La materialidad de los cuerpos, y específicamente la materialización del sexo de los cuerpos, se logra a través de la performatividad como práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra para consolidar el imperativo heterosexual (Butler, 2002). Dicha materialidad se expresa en los gestos corporales, los movimientos y normas sociales que al mismo tiempo constituyen su realidad y en su reiteración la ilusión de su permanencia y constancia. Asimismo, cuando se observan los cuerpos no importa su diversidad porque se aprecia únicamente la materialidad del discurso, en otras palabras, se observa la presencia del cuerpo asociado con la categoría y el régimen discursivo encargado de trazar posibilidades y condiciones (Whitehead, 2002).

Aludir al cuerpo como una construcción discursiva no implica objetar la existencia de un *corpus* sustancial, sino insistir que su aprehensión y entendimiento está inevitablemente mediado por el contexto, es decir, los cuerpos no existen fuera de las condiciones y vías de su materialización y son las prácticas de su realización ciertamente las cuales interesan indagar para explorar los intereses y los propósitos que persiguen. Además, al identificar que el cuerpo no está determinado de una vez por todas implica que las estructuras sociales y políticas están abiertas a la transformación, por lo que la noción de cuerpo es inestable (Shildrick y Price, 1999). Esto también implica entender la existencia de múltiples cuerpos, marcados no sólo por el sexo, sino por un cúmulo de diferencias, de raza, clase, sexualidad, edad, movilidad, etc., las cuales tampoco se determinan unívocamente.

Finalmente, bajo este marco las identidades se entienden como constituidas y recreadas constantemente, es decir, fluidas, y sólo se conciben y comprenden bajo contextos particulares. Así también, elude entender el género desde la tradicional mirada binaria de lo masculino y femenino con relación al hombre y la mujer respectivamente, al entender precisamente la inestabilidad de las identidades de género y no como una esencia dependiente del sexo o como manifestaciones de rasgos o necesidades preexistentes. Sin embargo, ciertas propuestas desde el estudio de las masculinidades ofrecen una comprensión del cuerpo y el género más operativa en términos teóricos y metodológicos para nuestros propósitos.

2.4. Los cuerpos dominantes: la masculinidad

En la obra de Maurice Godelier, editada a principios de los años ochenta, *La producción de Grandes hombres, sobre el poder y la dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea* –una tribu que hasta 1951 no había tenido contacto con el mundo occidental–, inicia reconociendo al cuerpo como uno de los signos de la dominación masculina, además del espacio y los gestos. En efecto, múltiples símbolos y representaciones del cuerpo a lo largo de la obra permiten apreciar su importancia en la producción y reproducción del poder masculino en la cultura Baruya: el uso de los espacios, la indumentaria que adorna y manifiesta el rango social por edad, sexo o estatus, los gestos consentidos y proscritos, en suma, imágenes y disposiciones sociales representadas y encarnadas que demuestran y reproducen simbólicamente la desigualdad social.

El texto analiza la organización social de los Baruya, centrado en la dominación que ejercen los hombres sobre las mujeres y donde la sexualidad es medular para justificarla y reproducirla. Según el autor, un trabajo ideológico se encarga de trasladar los pensamientos a los actos por medio de prácticas simbólicas que funcionan como vía de “hacer pasar a las ideas del mundo del pensamiento al mundo del cuerpo y a la vez de transformarlas en relaciones sociales, en materia social: los discursos, los gestos simbólicos transforman las ideas en una realidad material y social directamente visible” (Godelier, 1986: 269). Prueba de esto es lo que Godelier denomina “el lenguaje del cuerpo”, en el que algunos fluidos

corporales cumplen una función ideológica en la dominación y en la demarcación de los territorios sociales y, por tanto, en las exclusiones (1986: 83).

Asimismo, el autor indica que separar a los muchachos de las mujeres con el fin de que tomen conciencia de su superioridad mediante la negación y supresión de todo aquello vinculado con el mundo femenino resulta insuficiente para demostrar su predominio. Es preciso entonces expresar su hegemonía a través de diversas pruebas físicas y psicológicas organizadas por los hombres mayores o los jóvenes que han trascendido ese umbral, prácticas que discrepan de raíz de aquellas que sufren las jóvenes: “El hambre, el frío, la falta de sueño, las marchas agotadoras, los insultos, los golpes, las humillaciones, la obligación de callarse y una multitud de prohibiciones que se van levantando a medida que progresa su iniciación y que crecen, su estatura y su estatuto, sus derechos y obligaciones” (Godelier, 1986: 95).

Se trata de demostraciones que legitiman y materializan el dominio masculino, donde el lenguaje, las capacidades, las sustancias y las interpretaciones sociales del cuerpo, atan tanto a las víctimas como a los victimarios a lógica de la dominación. Podemos señalar que lo que Godelier enuncia bajo una apreciación de la vida de los hombres “como hombres” (Gutmann, 1997: 195), es la importancia de lo corporal en la gestación del poder masculino; no obstante, el cuerpo no ocupa una centralidad teórica en su trabajo, si bien le concede relevancia en su interpretación del poder y como signo material y simbólico de la hegemonía. De hecho, Godelier (1986: 274) formula la necesidad de construir una “teoría comparada de los lenguajes del cuerpo” que busque demostrar las leyes de las expresiones y las sustancias corporales ligadas a las transformaciones en los sistemas de parentesco.

Bajo el auge que ha tenido el cuerpo como centro de reflexión los llamados estudios de masculinidad o masculinidades, en los que se analiza a los hombres “como sujetos con género y que otorgan género” (Gutmann, 1998: 49), no han sido ajenos al interés por explicar desde el cuerpo prácticas sociales y estructuras ligadas a lo masculino¹². Lo que no sorprende dada la importancia de lo corporal, como ya planteaba Godelier, en la constitución y reproducción del poder masculino. Así, la dominación de los hombres sobre las mujeres, las

¹² Sobre el tránsito histórico y teórico de esta vertiente de los análisis de género véase Brod (1987) Kimmel (1987a, 1987b, 1992), Messner (1998, 1993), Connel (1993), Carrigan, Connel y Lee (1985, 1987); para un examen desde el feminismo consúltese *Men Doing Feminism*, editado por Tom Digby (1988) y sobre el estudio de la masculinidad en América Latina Mara Viveros Vigoya (2001) y Matthew C. Guttman (2003a).

niñas/os, sobre otros hombres, y podemos agregar también que también sobre sí mismos, está expresada directa o indirectamente en términos corporales (Morgan y Scott, 1993). Frank señala que es imposible considerar “El cuerpo dominante” –categoría que propone en el análisis del cuerpo– sin cuestionar también el cuerpo masculino, en tanto que los cuerpos dominantes son exclusivamente masculinos y señala: “Las condiciones nunca son absolutas, pero la encarnación está definida por las sociedades y las culturas como un importante medio por el cual la dominación es practicada y racionalizada (Frank, 1991: 39)”.

Diversas aproximaciones han explicado la dominación masculina, desde las visiones *esencialistas* que seleccionan un rasgo para definir la masculinidad hasta las *positivistas* que la explican mediante la invocación de regularidades, pasando por las *normativas* que la reduce a aquello que los hombres deben hacer y las *semióticas* que enfatizan las diferencias simbólicas (Connel, 2003b). Ninguna ha sido totalmente útil para comprender la existencia de múltiples masculinidades, jerarquía y hegemonía entre ellas, que las hay colectivas y definidas por la cultura y las instituciones, que tienen un logro activo, no son fijas, sino contradictorias, pues incluyen deseos y prácticas discrepantes que son creadas en momentos históricos concretos por lo que son contestadas o reconstruidas.

Los estudios tampoco perciben el valor analítico del cuerpo en las aproximaciones a la masculinidad (Whitehead, 2002), si acaso para suponer desde una visión naturalista que el cuerpo es una máquina que produce el género o para verlo como un lienzo neutral sobre el que se incrusta el simbolismo social y, conciliadoramente, para proponer que el encuentro entre lo biológico y lo social produce el género. Connel (2003b, c) ha ido más allá al explicar el vínculo entre el cuerpo de los varones y la masculinidad, reconociendo que lo corporal es una arena en la que se construyen patrones de género, entendido éstos como una organización de la práctica social que usualmente se refiere al cuerpo pero que no se reduce a lo corporal¹³.

Connel crítica el determinismo biológico al considerar las experiencias corporales mediadas siempre por la cultura y, al analizar el género, vincula el cuerpo y la práctica social.

¹³ Una crítica sobre la posición de Connel respecto al género, puede encontrarse en el artículo “Confundir el género (*confunding gender*)” de Mary Hawkesworth (1999), cuya publicación original en la revista *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, vol. 22, núm. 3 (1997) generó una importante polémica que se encuentra traducida en *Debate Feminista*, vol. 20, 1999, junto con la respuesta que Connel ofrece a los argumentos de Hawkesworth sobre su eventual funcionalismo.

Pese a la importancia del cuerpo, Connel se opone a verlo como “la base” del proceso social del género, por el contrario, lo entiende como prácticas cognitivas e interpretativas que crean, se apropian, distorsionan o niegan la biología (1987: 29). De ese modo, las categorías sociales de hombre y mujer se basan en la supresión de lo común y la exageración de las diferencias corporales, es decir, las categorías sociales que subrayan el cuerpo y niegan la biología son centrales para la construcción ideológica de las diferencias entre hombres y mujeres. Las categorías y prácticas genéricas operan como fuerzas materiales que forman y moldean los cuerpos de hombres y mujeres en sentidos que refuerzan las ideas de feminidad y masculinidad (Connel, 1987).

En aras de superar las dicotomías, los dualismos, el determinismo biológico, la “docilidad de los cuerpos” y el funcionalismo en la explicación del género, Connel propone la idea de “encarnación social” o “prácticas corporales reflexivas” en las que los cuerpos son a la vez agentes y objetos de las prácticas sociales que conforman las estructuras sociales y las trayectorias personales. La encarnación social incluye comportamientos individuales, pero también envuelve grupos e instituciones que producen efectos materiales sobre los cuerpos. Es necesario insistir que para Connel (2003b, c) el género no es una estructura social, dentro de una aproximación relacional y dinámica lo entiende como una forma en que se organiza la práctica social, la vida personal, la interacción y la vida sociales; sin embargo, admite que el análisis debe aceptar tres estructuras en las que se configuran las prácticas de género: la organización social del trabajo, las relaciones de poder, las relaciones emocionales y el simbolismo. En tanto forma de estructurar la práctica social, el género interactúa ineludiblemente con otras estructuras sociales, como la clase, la raza, la nacionalidad o la posición en el orden mundial (Connel, 2003a).

La masculinidad por su parte es “un lugar en las relaciones de género, son las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres ocupan ese espacio en el género, y los efectos de dichas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura” (Connel, 2003b: 109); es decir, son las configuraciones de las prácticas dentro de relaciones de género, pero también con una existencia impersonal, como una posición del sujeto en los procesos de representación y en el lenguaje y los símbolos. Por lo que existen distintas masculinidades,

donde la más común es la *hegemónica*, que coexiste con las masculinidades *subordinadas*, las *marginadas* y las *cómplices*.

La característica principal del orden de género es la fuerte oposición entre lo masculino y lo femenino, expresado en la cultura comúnmente como dicotomías y negaciones. De esta manera la masculinidad hegemónica está con frecuencia definida negativamente, como lo opuesto a la feminidad. Las masculinidades subordinadas por su parte están simbólicamente relacionadas con la feminidad (Connell, 2000: 31).

Esto implica reconocer que la masculinidad como constructo social conlleva un uso social del cuerpo y la experiencia es ineludiblemente corporal, dado que además de su existencia material en el nivel simbólico, social, cultural, institucional e individual, la masculinidad posee una definición y uso social del cuerpo. Por lo que debe observarse en términos corporales, enfatizar el sentido encarnado de la agencia y la importancia de la diversidad material de los cuerpos; pero, además, es preciso reconocer que la importancia material del cuerpo de los varones no es una pauta para las masculinidades, sino es un “referente” en el que se configuran las prácticas sociales definidas como masculinas (Connell, 2000: 59).

CAPÍTULO III

El cuerpo en la sexualidad: aproximaciones a las sexualidades juveniles

*Los trabajos derivados del construccionismo social
fueron mejores que los de la sexología positivista de Kinsey y Master y Johnson,
pero descorporalizaron al sexo.*
Robert Connel

La significativa producción de trabajos académicos en torno a la sexualidad, y en especial sobre las prácticas sexuales de las y los jóvenes, de algún modo ha dejado al margen la importancia del cuerpo en su comprensión a pesar del valor analítico que tiene percibir el encarnamiento social del actor y el papel que desempeña la corporalidad en toda práctica social. No obstante, en algunos de estos estudios se registra que la “naturalización” del cuerpo mediante ciertas concepciones referente a sus posibilidades y potencialidades, estimadas por el género como intrínsecas, fundamenta experiencias sexuales que desembocan en mandatos y abusos sobre el cuerpo propio y ajeno; en tanto la masculinidad envuelve un uso social del cuerpo, es una experiencia inevitablemente corporal y el cuerpo actúa como un referente en las prácticas sociales definidas como masculinas.

La lectura un tanto idiosincrásica de distintos trabajos apoya tales suposiciones, así como el marco contextual, los actores y los propósitos desde los cuales emerge el interés por la sexualidad y el cuerpo en las y los jóvenes; si admitimos lo ilegítimo y sospechoso que resultaba la sexualidad hasta hace poco como campo de preocupación y estudio (Vance, 1997; Aggleton, 2001). En aras de estas intenciones se apuntan ligeramente algunos de los marcos teóricos y metodológicos utilizados, los objetivos y ciertos resultados generados por las indagaciones a nuestro juicio más relevantes, para identificar sus aportes sobre las sexualidades juveniles y el lugar del cuerpo en tales aproximaciones. Se considera que la alusión al cuerpo o su consideración explícita obedece a los marcos explicativos y objetivos que abordan la sexualidad o que construyen discursos al respecto y que transitan del examen de regularidades y condiciones estructurales a un encuentro con los individuos sus significados y contextos.

3.1 Las sexualidades juveniles: intereses, contexto y actores

Se ha señalado con anticipación que el cuerpo se convierte en la cultura contemporánea en objetivo de diversas prácticas y procesos sociales que lo erigen como centro de interés colectivo y personal. Sin embargo, no sólo la cultura del consumo coloca su interés en la presentación, reproducción y los procesos corporales (Turner, 1989), sino también una serie de problemáticas en torno al cuerpo, su cuidado y reproducción han constituido discursos que proponen una posición implícita o manifiesta en las concepciones biologicistas culturalmente dominantes. No obstante, no todos han sido el propósito vehemente de ciertas prácticas sociales, concretamente los cuerpos de los y las jóvenes se han cuestionado desde la “reproducción temprana” en tanto problema demográfico y de salud y sus “riesgos” frente al VIH/SIDA, lo cual ha derivado en el interés por sus prácticas sexuales.

Pese a estas preocupaciones que indiscutiblemente tienen que ver con el cuerpo, no aparece de manera manifiesta el análisis de la corporalidad como objeto de poder, genérico, generacional y científico, por ejemplo; o como lugar de dispositivos de control y discursos de dominación y disciplinamiento; sitio de prácticas sociales que reproducen y ordenan estructuras sociales en las que se asientan las desigualdades de género, clase, raza y generación. Bajo una lectura particular del contexto social en el que la sexualidad de los jóvenes se erige como campo de análisis, es posible mostrar la importancia y la necesidad de elaborar un análisis basado en el carácter social, cultural e histórico de la corporalidad.

En nuestro país, desde finales de la década de los ochenta, se inició la formación de una amplia y consistente investigación sobre las prácticas sexuales y sus vínculos con distintos aspectos de la vida social y personal. La sexualidad como preocupación manifiesta se expresa a raíz de la convergencia de una serie de problemáticas y las proposiciones que derivan de actores sociales involucrados: feminismo, grupos gays, ONG's, organizaciones de cooperación internacional e instituciones estatales. Es decir, la sexualidad se constituye en un campo de interés desde las políticas de población, la emergencia del VIH/SIDA y el desarrollo del punto de vista de la salud reproductiva (Rodríguez, 2000). Lo cual alentó la necesidad de generar información sobre las pautas reproductivas y subrayó como problema fundamental la vida sexual de las y los jóvenes. El reconocimiento de niveles de fecundidad

altos en el sector adolescente y su impacto en la dinámica poblacional propició el interés por determinar la regularidad de las prácticas sexuales consideradas tempranas como un problema no sólo de control poblacional, sino también como un asunto de salud dado los efectos psicológicos y de salud física que eventualmente trae consigo.

En otras palabras, las investigaciones sobre comportamiento sexual en principio han sido el resultado de las políticas de población generadas bajo la idea de que el crecimiento poblacional constituía un problema social y económico y, por tanto, evitar los nacimientos era vital “como un elemento de la ecuación económica” (Ardí, 1999: 123). Bajo ese contexto, se enfocó en las jóvenes la tendencia a la “procreación temprana” y los riesgos de mortalidad materna e infantil¹⁴. Prueba de ello es la prolífica literatura existente, estimulada inicialmente por las ansiedades demográficas dada las altas tasas de fecundidad localizadas en ese sector de la población (Welti, 1995, 2000), luego por los riesgos de salud asociados a la maternidad temprana (Rábago, Mendoza e Hinojosa, 1993; Population Referente Bureau, 1992) y más tarde por el reconocimiento de los efectos psicológicos y sociales que acarrea para las jóvenes (Ibáñez, 2001; Ehrenfeld, 1999, 2000; Stern, 1995; Stern y García, 2001; Román, 2000).

Por su parte el contexto epidémico del VIH/SIDA compromete al Estado y a otros actores a atender y a generar información de las prácticas y comportamientos sexuales de las personas ante la urgencia de reducir el impacto de la epidemia. El Programa Conjunto de las Naciones Unidas sobre el VIH/SIDA y la Organización Mundial de la Salud dieron cuenta de la magnitud del problema en la población sexualmente activa en el ámbito mundial (2002). Para 1997 en América Latina, por ejemplo, había alrededor de 1.6 millones de infectados (Monitoring the AIDS Pandemic, 1997) y en México, aunque la epidemia no tenía las mismas magnitudes que en otros países (Valdespino *et al.*, 1995), los datos indicaban un aumento real dentro de un “mosaico epidemiológico” (Magis *et al.*, 1995) por aquel entonces.

Un diagnóstico sociodemográfico sobre la situación de las y los jóvenes en el país, elaborado por el Consejo Nacional de Población (2000), señalaba que en 1997 el SIDA se

¹⁴ Las connotaciones a través de las cuales se define al embarazo en la adolescencia como un problema por medio de una serie de términos –embarazo de alto riesgo, no planeado o no deseado, precoz, temprano, imprevisto, etc.– no sólo dan cuenta de la posición social respecto a tal asunto (Ehrenfeld, 1999), sino también expresa los significados y concepciones que el mundo adulto otorga a la sexualidad de las y los jóvenes (Román, 2000), evidentemente sustentado en ciertas definiciones sobre el cuerpo.

había ubicado como la quinta causa de muerte en los varones de 20 a 24 años, mostrando un acelerado incremento al pasar de 1.8 casos por cien mil habitantes de 15 a 24 años en 1990 a 2.9 casos en 1998. Hasta el 31 de diciembre de 1998 se habían reportado más de 4,500 casos de SIDA entre la población de 15 a 24 años, de los cuales el 14% se situaba en jóvenes de 15 a 19 años al momento del registro. Pese a que los datos estadísticos indicaban que la mayor parte de la población que padecía SIDA se ubicaba en edades superiores al periodo juvenil, dadas las manifestaciones propias del padecimiento se infería que se infectaron en esa etapa.

Otro entorno importante en el estudio de la sexualidad se ubica dentro del reclamo hecho por diferentes actores sociales a la forma en que institucionalmente se ha dirigido las políticas de población y salud, al omitirse los procesos y condiciones sociales presentes en los eventos reproductivos y vinculados a las posibilidades de autonomía y salud de las mujeres, dado el énfasis en el control de la natalidad sin atender las necesidades y las desigualdades de género y el acceso a los recursos materiales y culturales. Esto derivó en la articulación del enfoque de la salud reproductiva, que incluye una serie de libertades y condiciones relativas a la reproducción y la sexualidad, legitimado en la Cuarta Conferencia Internacional de Población y Desarrollo en 1994 y la Cuarta Conferencia sobre la Mujer realizada en Beijing un año después (Correa, 2001).

Dicho enfoque permitió entender cómo la sexualidad llegó a ocupar un lugar cardinal en la búsqueda de relaciones equitativas entre hombres y mujeres como precondition para el logro de entornos adecuados para el ejercicio reproductivo y para una experiencia sexual placentera y sin riesgos frente al VIH/SIDA. Constituye un marco analítico y político sobre el cual se fundamenta buena parte de la producción académica generada últimamente sobre la sexualidad de los y las jóvenes e implica un cambio de paradigma en la comprensión de los eventos reproductivos y la salud de mujeres y hombres. Especialmente porque supone una fuerte crítica a la concepción médica, epidemiológica y biologicista del cuerpo, la salud y la sexualidad, las cuales desdeñan las circunstancias culturales, sociales y personales que se articulan con las experiencias.

Esta visión significó un cambio en la manera de entender lo sexual y la reproducción, sobre todo cuando la sexualidad fue incluida como un aspecto importante para el bienestar que no podía ser abordada sin considerar las condiciones culturales y sociales desde donde

se construye la subjetividad, los valores y actitudes que organizan las distintas prácticas. Además, hace posible relacionar otras nociones e ideas que trastocan las “visiones estrechas” (Salles y Tuirán, 2001: 93) en términos de investigación como de políticas públicas, al cuestionar, por un lado, el interés casi exclusivo en la regulación de la fecundidad y privilegiar por el contrario las condiciones sociales como principios básicos y dominantes y, por otro, buscar la libertad sexual y reproductiva al priorizar la sexualidad y sus ámbitos y formas de expresión al identificar que las diferencias de poder juegan un papel importante en las relaciones sexuales (Population Council, 2001). Uno de los teóricos de la sexualidad ha dicho que “la forma en como marcha el sexo es un indicador de cómo marcha la sociedad” y puntualiza que:

Y a medida que la sociedad se preocupa cada vez más por la vida de sus miembros, en beneficio de la uniformidad moral, el bienestar económico, la seguridad nacional o la higiene y la salud, también se preocupa cada vez más por la vida sexual de los individuos, dando lugar a métodos complicados de administración y gerencia, y a una proliferación de ansiedades morales, intervenciones médicas, higiénicas, legales y de asistencia social, o indagación científica [...] (Weeks, 2000b: 40-41).

Podemos indicar que esto ha ocurrido en el país referente a la sexualidad y los discursos generados, tanto médicos como morales, religiosos, legales, científicos y progresistas, como respuesta a demandas y preocupaciones sociales diversas y que llegan a constituir un campo de investigación específico que informa, analiza y discute diversos aspectos de las prácticas sexuales y los cuerpos. Las explicaciones han constituido lo que Giddens llama *reflexividad institucional*, como “un elemento básico estructurante de la actividad social” y es “reflexivo en el sentido de que introduce los términos para describir la vida social, entrar en su rutina y transformarla, no como un proceso mecánico ni necesariamente de forma controlada, sino porque forma parte de los marcos de acción que adoptan los individuos y los grupos (Giddens, 2000: 36-37)”. Es decir, se ha forjado una lista importante de ideas, percepciones, conceptos y teorías sobre la sexualidad que permean la vida social y cultural y contribuyen a organizarla. Así, los debates y reflexiones no sólo han funcionado como alteradores de las opiniones y

percepciones sobre los actos sexuales y sus implicaciones, sino también “el surgimiento de tales investigaciones indica y contribuye a acelerar la reflexividad sobre el nivel de las prácticas sexuales ordinarias (Giddens, 2000: 37)”.

Se deben reconocer entonces los sentidos que estos marcos de acción generan en las experiencias y las prácticas sexuales de los jóvenes, cuando a raíz de la difusión de diversos lenguajes sobre el sexo han sido sometidos a una aguda “pedagogía sexual” (Montejo, 2000). La epidemia del VIH/SIDA, además, ha alterado intensamente la sexualidad genital y oral ante la información sistemática acerca del funcionamiento de los aparatos reproductivos, las relaciones sexuales y sus riesgos dado el peligro mortal ligado a la infección y la necesidad de usar condón. Estos cambios se manifiestan también en los valores, compromisos y juicios que se invocan sobre las relaciones efectivas y sexuales, lo cual implica la modificación de la comprensión que los jóvenes actuales tienen de su sexualidad y, por tanto, la percepción y relación que mantienen con el cuerpo propio y ajeno (Rozat, 1999).

Hoy existe lo que Amuchástegui denomina la “construcción híbrida de la sexualidad” como parte del proceso de secularización y modernización que experimenta la sociedad mexicana, donde diversos discursos relativos a lo sexual prevalecen de manera contradictoria y con efectos variables, pero que constituye una plataforma para la transformación de lo sexual (2001: 47-113). Dichos discursos, como el de la educación formal, la ciencia, la religión, los medios, las políticas de salud y aquellos de corte progresista como el que proclama el feminismo y los movimientos de gays y lesbianas, componen “el contexto y los recursos culturales con que los individuos están construyendo el significado de sus prácticas sexuales (2001: 84)”.

3.2 Las aproximaciones: regularidades y estructuras vs. contextos, individuos y significados

Los acercamientos a la sexualidad son indicadores del tipo de atención y los intereses que prevalecen en la comprensión o explicación de los comportamientos sexuales de los y las jóvenes y su salud, y por supuesto sobre el cuerpo. Algunos de esos marcos han sido estrechos para entender y dar cuenta de los múltiples factores culturales, sociales, políticos, subjetivos

y simbólicos presentes en la sexualidad. Aunque en los últimos años se ha generado una significativa producción que enfatiza el aspecto contextual, subjetivo y simbólico y la importancia que adquiere el género para su comprensión; no obstante, las teorías subyacentes sobre el cuerpo en las investigaciones influyen tanto en las preguntas, como en los métodos para recoger la información y en el análisis de los datos, pero sobre todo en la posibilidad de erigirlo como elemento teórico o analítico central. Por ejemplo, las encuestas al enfatizar el aspecto estructural y la búsqueda de regularidades impiden la consideración explícita del sujeto y por tanto del cuerpo, aunque éste se encuentre “omnipresente”.

Así, a escala nacional o local se han desarrollado estudios que aportan información relevante, como las amplias encuestas poblacionales, referente al conocimiento sobre ITS, regularidad de las prácticas sexuales, edad del inicio sexual, incidencia de los embarazos, uso de anticonceptivos, etc. Son estudios de corte médico, epidemiológico, sociodemográfico, demo-antropológico o psicosociales, que trazan las rutas de transmisión, patrones de comportamiento sexual y la incidencia de prácticas de riesgo respecto al SIDA y el embarazo, así como proporcionan una lectura típica sobre las normatividades sexuales diferenciadas para hombres y mujeres (Szasz, 2000). El análisis estadístico ha permitido una metafórica fotografía social que identifica gráficamente el relieve y los puntos de inflexión en aquellos aspectos susceptibles de cálculo en los comportamientos sexuales.

Rodríguez (2000), en su estado de la cuestión de la sexualidad juvenil, consigna la existencia de cuatro aproximaciones que se caracterizan, según ella, por estar auspiciadas por el paradigma positivista y la idea de encontrar causas y factores a nivel macro, así como determinantes intermedias o próximas a las prácticas sexuales, reproductivas o de riesgo a la infección de VIH. Aunque reconoce que en los últimos años tal visión se contrapone a los estudios abordados desde paradigmas interpretativos que toman al género como eje de análisis. Rodríguez señala que los estudios sociodemográficos han hecho posible conocer las expresiones sexuales y reproductivas de los y las jóvenes ligadas con variables macrosociales, como la urbanización, la fecundidad, la escolaridad, la migración y la nupcialidad. Los estudios médicos y epidemiológicos clasificados en dos vertientes, los referidos a la reproducción y los vinculados con la epidemia del VIH/SIDA, donde la primera tendencia a estudiado la menarquía y la pubertad, el embarazo, el uso de anticonceptivos, la

maternidad, los servicios de salud y su vínculo con la mortalidad materna e infantil y; la segunda, se ha ocupado de analizar los patrones de propagación del VIH/SIDA, su incidencia, los comportamientos sexuales asociados a la infección y los niveles de conocimiento sobre la prevención y la disponibilidad de los sujetos para usar las medidas preventivas.

Los estudios psicosociales han buscado entender la psicología de las mujeres jóvenes que tienen una vida sexual activa, aquellas que tienen algún control sobre su cuerpo y sobre su fecundidad, así como las que se embarazan y abortan en un contexto social concreto. Aunado a ello, se han hecho estudios sobre educación sexual, sus avances y limitaciones, que se distinguen por ser encuestas sobre conocimientos, actitudes y prácticas; amén de pruebas de actitudes y estudios cuasi-experimentales en jóvenes de contextos urbanos y de diferentes estratos sociales. La vertiente antropológica y demo-antropológico, según Rodríguez, han permitido tener una perspectiva más o menos precisa sobre la complejidad de la sexualidad y las prácticas sexuales en el país en distintos contextos y grupos sociales. Sobre todo, han conectado el tema de la sexualidad con la construcción social de las identidades de género, lo que incluye el reconocimiento de que existen distintas normatividades sociales para hombres y mujeres haciendo explícito las imposibilidades que uno u otro sujeto tiene para acceder al poder simbólico y material. Además, han trascendido la idea biológica sobre la sexualidad que caracteriza a los primeros estudios, considerando que es ante todo un constructo social, cultural e histórico, por tanto, complejo y amplio como ámbito de estudio. Szasz ha señalado que en este tipo de estudios:

Se preguntan por los vínculos entre los comportamientos sexuales y otras relaciones sociales, [...] por las asimetrías sociales, el poder y los discursos y silencios que norman y le dan sentido a los comportamientos. Las preguntas no se refieren solamente a las prácticas, sino a las ideas sobre esos comportamientos, las relaciones sociales y las instituciones que les dan sentido, y el vínculo entre los deseos y comportamientos sexuales y la subjetividad de las personas. Estudian los discursos, acciones institucionales, normas, valores y transgresiones que van moldeando lo que la gente habla y lo que calla, lo que desea y lo que dice que desea, lo que hace y lo que dice que hace, lo que cree que se debe hacer [...] (Szasz, 2000: 14).

Stern y García (2000) realizan un importante inventario documental sobre sexualidad y salud reproductiva en adolescentes y jóvenes, en el que clasifican los trabajos más que desde una mirada disciplinar por el tipo de enfoque, a saber: social, psicológico, demográfico y salud. Dentro de su clasificación también atienden aquellos abordajes que evaden la ordenación y que tienen que ver con análisis centrados en los marcos teóricos conceptuales que “proponen metodologías novedosas y/o reflexiones teóricas sobre la definición de conceptos o de un problema de investigación” (Stern y García, 2000: 4). También incluyen políticas y programas, como categoría que incluye propuestas centradas en atender la prevención y la intervención en salud reproductiva de la población adolescente.

Aunque el inventario está centrado en el interés por el embarazo adolescente, también se atienden otros trabajos relativos al inicio sexual, noviazgo, prácticas sexuales de riesgo, información sobre sexualidad y VIH/SIDA, uso de anticonceptivos, etc., realizados en el país, América Latina y en otras latitudes. Lo relevante es que en el recuento de más de seiscientos sesenta escritos se puede apreciar la escasa importancia otorgada al cuerpo. Mediante una mirada parcial se puede inferir que ninguno de los estudios toma al cuerpo como tópico u objeto de análisis central, no obstante, resulta innegable que está omnipresente cuando se indaga el acceso a los recursos y las condiciones en que ocurre el embarazo, por ejemplo, y de manera más clara cuando se inquieren los factores biológicos, sociales y culturales presentes en los eventos reproductivos y las prácticas sexuales.

En un balance de las encuestas sobre salud reproductiva realizadas en los últimos diez años, Rojas y Lerner (2001) reconocen que existen dieciséis estudios en los que su objetivo directo o indirecto fue obtener datos sobre los comportamientos reproductivos o las prácticas sexuales. Los intereses son diversos, sin embargo, permiten leer cómo las herramientas de recolección han sufrido intensas modificaciones a raíz de la influencia de nuevas vertientes de investigación y comprensión de la sexualidad. Algunos se han enfocado en la sexualidad juvenil en contextos particulares y grupos, jóvenes rurales, urbanos e indígenas, de los que tres son especialmente interesantes por su cobertura y el énfasis en la vida sexual de los y las jóvenes: *Encuesta Nacional de Juventud 2000*, *Encuesta sobre salud reproductiva entre jóvenes indígenas* y *Encuesta sobre comportamiento sexual en la ciudad de México 1992 y 1993*.

En el primer caso, aunque se trata de un estudio amplio sobre diversos aspectos de la vida de los y las jóvenes, dos secciones indagan cuestiones relativas a la sexualidad: el noviazgo, del que se inquiriere el grado de conversación sobre sexo, la permisividad para los contactos eróticos o sexuales, el propósito del noviazgo y las valoraciones sobre la pareja; en la sexualidad, el instrumento examina los conocimientos sobre métodos anticonceptivos, prevención de ITS, VIH/SIDA y enfermedades y las relaciones sexuales, de las se insiste sobre el inicio, con quién, el motivo, cómo ocurrió, por los compañeros(as) sexuales del último año, la frecuencia de las relaciones en los últimos tres meses, la valoración de su vida sexual y si usa algún método anticonceptivo.

El segundo estudio investiga seis grupos indígenas (otomí, maya, mixteco, nahua, tzeltal y zapoteco) con el objetivo de conocer “las actitudes, expectativas, intereses e intenciones de los jóvenes indígenas, padres de familia y agentes comunitarios acerca de su sexualidad y otros hechos relacionados con la salud reproductiva (Rojas y Lerner, 2001: 209)”. Está centrado en muchos tópicos predominantes en este tipo de estudios, como el conocimiento, fuentes de información, comunicación sobre sexualidad y uso de métodos anticonceptivos; no obstante, se destaca la indagación sobre cuestiones corporales asociadas con la reproducción, tales como el conocimiento sobre la menstruación, la edad en que se embarazan las mujeres, si pueden evitarse los embarazos y algunas percepciones genéricas.

El tercer estudio buscó obtener una descripción de la vida sexual de varones residentes del Distrito Federal de entre 15 y 60 años, cubriendo un significativo espectro de hábitos y prácticas sexuales. Toma en cuenta tópicos que a menudo habían sido omitidos, entre ellos las redes sociales que giran en torno a los sujetos, percepción sobre sus comportamientos, padecimientos de infecciones de transmisión sexual, comportamientos sexuales homo y heterosexuales, frecuencia de las relaciones sexuales, conocimientos sobre VIH/SIDA y percepciones sobre los riesgos de infectarse y las habilidades sobre el sexo seguro. Constituye uno de los estudios más detallados sobre prácticas, experiencias y pautas de comportamiento sexual de los varones, no obstante, las limitaciones que caracterizan el análisis estadístico y el hecho que se haya reducido a una zona que con mayor frecuencia se ha estudiado.

Otros análisis han intentado conciliar diferentes estilos investigativos con el propósito de comprender mejor las sexualidades juveniles, otorgando un papel más activo al cuerpo,

sus representaciones genéricas, así como los saberes diferenciados sobre el cuerpo. Es el caso del estudio sobre *Género, salud sexual y reproductiva en el sureste de México*, que generó información cuantitativa y cualitativa de las características sociodemográficas y de salud reproductiva de las mujeres adolescentes embarazadas, la percepción de la sexualidad, las vivencias y prácticas de la moral y las valoraciones sociales de la maternidad y paternidad entre las y los adolescentes; así como determinó el perfil del embarazo adolescente e indagó aspectos de las prácticas sexuales, pautas reproductivas y respuestas al embarazo y representaciones de la sexualidad en Tabasco, Campeche, Chiapas, Yucatán y Quintana Roo.

Aunque en la fase cuantitativa se reiteran algunos temas y asuntos abordados por otras investigaciones, no obstante, con un relativo mayor grado de detalle lo que permitió obtener un rico registro de datos por cada interrogación, dando margen para identificar sentidos comunes sobre nociones que se insistieron en la fase cualitativa; como las relativas a saberes y aprehensiones diferenciadas sobre diversos procesos corporales, como la menarquía, la menstruación, la dismenorrea, el embarazo, el parto y el puerperio y otras cuestiones enlazadas con la salud, la sexualidad y el cuerpo; pero sobre todo los significados y las percepciones genéricas de la diferencia corporal, dejando entrever en ambos sexos el valor del cuerpo y las valoraciones genéricas actuantes en la prevención y en las prácticas sexuales.

En este breve recuento sobre los intereses y marcos metodológicos que abordan el tema de la sexualidad y las prácticas sexuales juveniles, se aprecia que un primer paso ha sido desarrollar encuestas médicas, epidemiológicas y sociodemográficas por muestreo, en aras de detectar prácticas de riesgo para la transmisión del VIH/SIDA o el vínculo entre comportamientos sexuales y uso de anticonceptivos. Un segundo paso gravita en torno al estudio de lo sexual desde los marcos interpretativos de las ciencias sociales, bajo los cuales el cuerpo emerge como una figura relevante en la sexualidad y la reproducción. Sin embargo, estos estudios no le otorgan un lugar destacado, pese a ello permiten delinear su importancia en la construcción de las identidades masculinas en medio de las experiencias sexuales.

En general, el cuerpo cuando emerge en estos estudios se reduce muchas veces a los órganos genitales y reproductivos, sus representaciones y aprehensiones genéricas, dando por sentado un cuerpo biológico, no problemático. No se alcanza a observar, por ejemplo, como sitio a través de la cual se construye activamente la identidad, dada la naturaleza corporal del

actor, ni como *locus* de percepciones subjetivas, mucho menos como medio de comunicación (Viveros, 2003). Aún más, no se observa como marco de sentidos que restringen o alientan la actuación del actor social que da cuenta de las identidades de una manera activa y fluida. Gran parte del “silencio del cuerpo” reside en los marcos teóricos, metodológicos y los intereses que han dirigido la mayoría de los estudios.

3.3 Las evidencias: cuerpo, identidad masculina y prácticas sexuales

Varios estudios sobre la sexualidad desde marcos interpretativos han buscado explicar, describir o analizar la relación entre construcción de identidades masculinas y los valores y comportamientos sexuales. Estos acercamientos muestran el nexo entre la construcción de la masculinidad y los significados que los varones le otorgan al cuerpo y a la sexualidad y que se revelan como marcos mentales de acción y de actitudes que se expresan a través de desigualdades, imposiciones, abusos y limitaciones sobre sí mismos y sobre las y los demás; lo que impide, entre otras cosas, la posibilidad de vivir una sexualidad libre, placentera y sin riesgos. Por ejemplo, los varones se inician sexualmente a edades más tempranas y normalmente sin existir vínculos afectivos con la pareja, experimentan un número más variable de prácticas sexuales, después de la iniciación sexual coital no establecen de manera inmediata una relación conyugal, mantienen parejas extraconyugales, el uso de preservativos es muy bajo, tienen relaciones coitales con otros hombres de manera elevada y; por el contrario, para las mujeres no existe una separación entre las experiencias sexuales, la reproducción y la vida conyugal (Szasz, 1998b).

Los marcos interpretativos que han privilegiado la voz y el contexto social y cultural de los actores sociales han mostrado la importancia del cuerpo en distintos aspectos de la vida sexual de los varones, sin embargo, otras reflexiones teóricas sobre género y sexualidad también contribuyen a develar su carácter social, así como su importancia analítica. Particularmente los análisis encuentran que el desempeño sexual en los varones se asocia a capacidades y rasgos intrínsecos al cuerpo, como parte de la exaltación y enunciación de lo masculino que los arreglos culturales de género exigen y que encuentran en la sexualidad y el cuerpo los mecanismos sociales preferidos para tales fines. Se pone al descubierto a la vez

que la erección y la penetración resaltan como formas privilegiadas de expresión sexual y simbólica del ser hombre y bajo tal marco se crean interpretaciones y prácticas sociales específicas sobre los cuerpos. Así, los genitales masculinos llegan a funcionar como signos de orgullo, prepotencia, fuerza, bienestar, pero también se interpretan escindidos del cuerpo, como algo autónomo al sujeto (Szasz, 1998a, b).

En ese sentido, Amuchástegui afirma que para los varones es la naturaleza del hombre ser un sujeto de deseo sexual, basados en una supuesta condición intrínseca bajo la cual justifican sus impulsos sexuales en tanto necesidad biológica que además “es invariablemente heterosexual (2002: 148)”. La autora infiere la existencia de una urgencia sexual en algunos jóvenes que al estar sustentada en esa necesidad natural escapa a sus voluntades, es decir, el deseo sexual es construido como un mandato corporal ante el cual el individuo no puede sino pugnar por su satisfacción. En otro escrito indica que los significados de la sexualidad, la reproducción y el cuerpo están diluidos en discursos derivados de la moral católica, las políticas poblacionales y la medicina y cuya lógica se revela cuando las jóvenes expresan una equiparación de la “carne con el Mal” y para los varones, contrariamente, el cuerpo y sus exigencias emanan de un imperativo secular: la naturaleza (Amuchástegui y Zivi, 1998: 27).

La suposición de los varones sobre los imperativos biológicos que pesan sobre sus cuerpos se expresa en distintos momentos sociales, sobre todo resulta en una excusa socorrida ante las prácticas sexuales desprotegidas y su correspondiente exposición a embarazos no deseados o ITS, como el VIH/SIDA. Arias y Rodríguez (1998) reconocen en un estudio sobre el uso del condón en varones de clase media de la ciudad de México, que algunos jóvenes señalaron como pretexto la falta de su uso cuando no lo cargaban y aparecía la oportunidad de tener sexo. Las autoras asocian esta postura con las rasgos masculinos concebidos como intrínsecos a los hombres formando parte de su identidad sexual, como el deseo incontrolable y el arrojo, sin embargo, esas actitudes también se ciñen al momento generacional que exige socialmente a los jóvenes tomar riesgos que resaltan su hombría (Arias y Rodríguez, 1998).

Algo análogo encuentra Cáceres y colaboradores en un interesante estudio sobre los varones en Perú, al indagar “cómo desde los significados del cuerpo, se van construyendo los significados de la sexualidad y cómo se van definiendo, desde estas perspectivas, las percepciones de riesgo y sus implicancias para la salud sexual (2002: 169)”. Contrapuestos

siempre a lo femenino, los significados estriban en considerar la existencia de una necesidad sexual biológica incontrolable en tanto demanda del cuerpo. Pero también prevalece la idea de fortaleza de dicho cuerpo, cuya demostración palpable se sitúa en la iniciación sexual como afirmación de la virilidad que se logra mediante la erección del pene y la penetración; encontrándose una relación intrínseca entre virilidad, erección, penetración y desfogue, en el que éste último se percibe como “resultado natural de un proceso mecánico que involucra el cuerpo masculino (Cáceres *et al.*, 2002: 171)”.

Por su parte Castañeda y colaboradores (1997) en un estudio realizado en áreas rurales de Chiapas muestran cómo para las y los adolescentes el ser mujer u hombre es básico para la determinación de valores y prácticas que afectan distintos ámbitos de la vida personal, sobre todo las pautas sexuales y reproductivas. Los autores encuentran que una de las formas de cumplir el “deber ser” masculino se vincula con la práctica sexual, que se tiene activamente sin que provoque reacciones en la pareja conyugal. Asimismo, se les permite a los varones iniciar su vida sexual a edades tempranas, antes del matrimonio y regularmente con sexo servidoras durante periodos migratorios. El estudio señala que el desempeño sexual masculino se justifica como un “entrenamiento” y “comprobación” de la virilidad y, en ese contexto, las pautas de género establecen que a los varones les corresponde jugar el papel de iniciador, de ahí la necesidad de poseer saberes y habilidades, además ser activo al proponer y marcar la frecuencia y modalidad de los encuentros sexuales, pero también ser competente, ante la posibilidad de ensayar fuera del ámbito familiar para dirigir y enseñar.

En el caso de la “comprobación”, si se asume que en el contexto de estudio el saber está fundado en la práctica –señalan los autores–, entonces la evidencia eyaculatoria es relevante porque demuestra su capacidad sexual y su competencia reproductora. Una de las conclusiones extraídas es “que algunos elementos que integran la masculinidad son la fuerza y la virilidad, la independencia, la libertad sexual, el trabajo pesado, la responsabilidad del sustento económico de la familia y el cumplimiento de los compromisos comunitarios”, es decir, las normas sociales y los valores operan de manera diferencial sobre los cuerpos de hombres y mujeres (Castañeda *et al.* 1997: 80).

Estos hechos son más evidentes en otro análisis de Castañeda *et al.* (2001) centrado en las prácticas sociales que actúan sobre los cuerpos en el ámbito rural, como los mitos,

particularmente el de la virginidad femenina como un sistema de normatividad que regula las prácticas sexuales de los individuos. El análisis trata de examinar las normas e imágenes sociales circundantes al cuerpo como mecanismos de vigilancia que resguardan la “‘pureza’ del cuerpo” de las mujeres. Lo relevantes es que los mitos operan de manera inversa, para ellas establecen reglas coercitivas y para ellos mandatos prescriptivos en el que se les incita a tener relaciones sexuales y ante su incumplimiento se les estigmatiza y juzga como homosexuales o cobardes. Para los hombres en particular la virginidad de la mujer es una práctica que evidencia su virilidad, en tanto que ‘desflorarla’ “es prueba de masculinidad y poderío”, no obstante, “lo que está en juego no es necesariamente la ruptura del himen [...], sino que se sepa que la muchacha es virgen (y que él lo crea) (Castañeda *et al.* 2001: 80)”¹⁵.

En la investigación realizada por Rodríguez y De Keijzer (1998, 2002) en una comunidad cañera al sur del estado de Puebla sobre los procesos de transformación en la regulación del cortejo y la sexualidad, tanto la virginidad como los espacios y los horarios para el cortejo aparecen como las principales regulaciones sexuales. Aunque las evidencias encuentran que las normas son las mismas que antaño, para las nuevas generaciones de jóvenes han crecido horarios y posibilidades, además de encontrar dispositivos de resistencias como el uso de nuevos espacios y mediadores en las relaciones, así como la resignificación de los lugares de encuentro (Rodríguez y De Keijzer, 1998). El estudio revela también los cambios intergeneracionales en cuanto a la distancia y el significado de la posición de los cuerpos en las relaciones entre los y las jóvenes:

En tanto que las abuelas casi no se permitían el acercamiento corporal ni aun en situaciones de intimidad, la generación intermedia llega a los abrazos y los besos pero todavía cuidándose y sometándose a mecanismos de control sobre todo de parte de los familiares. Para las nuevas generaciones aunque la vigilancia de los cuerpos por parte de parientes y conocidos permanece, hoy se da junto con procesos reflexivos que colocan a los jóvenes como nuevos sujetos que operan mediando entre esferas morales diversas (Rodríguez y De Keijzer, 2000: 172).

¹⁵ Un excelente análisis sobre el cuerpo y la virginidad pueden encontrarse en Ayús (1999), “La restitución. Himeneo: *performance* y simulación”, en Esperanza Tuñón Pablos (coord.), *Género y salud en el sureste de México*, vol. II, México, ECOSUR/UNFPA/ COESPO, pp. 357-392.

Pese a las transformaciones sociales, culturales y subjetiva en los patrones de acercamiento corporal, en la relación con el cuerpo y el significado de los contactos corporales, prevalece la idea de que el cuerpo femenino “debe someterse al imperativo masculino y actuar obedeciendo a lo que se concibe como una ley”. Aún más, según Rodríguez y De Keijzer, “Los cuerpos femeninos son manipulados, su interior se escapa por más que a pesar de los actores se imponga a las mujeres la atención mediante el deseo o el placer” y ello es así porque el cuerpo, para los autores, “es un receptáculo pasivo, y se presta a la expresión de mensajes en los que el cuerpo no es ni el autor ni el agente (2000: 172-173)”.

El análisis de Fuller es quizá uno de los abordajes más destacados realizados en América Latina sobre la masculinidad y el cuerpo, en tanto la centralidad teórica y analítica que ocupan en buena parte de su trabajo. De hecho, lo coloca junto con la sexualidad como los “dos ejes que definen la esencia de la masculinidad” y plantea que “las identidades de género deben ser entendidas a partir de los cuerpos (2001: 33)”. Ofrece además evidencias empíricas de la naturaleza social y cultural del cuerpo y como sitio en el que se dirimen diferencias de género, clase y etnia. Así, el cuerpo en los varones se concibe vía diferentes oposiciones: mente/cuerpo, sentimientos/cuerpo, femenino/ masculino y materia/apariencia; dicotomías fundadas a través de un nexo de oposición y jerarquía que expresan las ideas sobre el orden social y las relaciones de género: “[...] las representaciones del cuerpo masculino de las poblaciones entrevistadas proporciona una base inmutable al orden social y de los géneros ya que ancla en el cuerpo las cualidades morales que legitiman el predominio masculino (Fuller, 2001: 63)”.

En su análisis en el contexto peruano Fuller muestra cómo niños y jóvenes deben cruzar diferentes pruebas –como la primera borrachera, el combate cuerpo a cuerpo y la visita al burdel–, a través de las cuales buscan ser aceptados en la “cofradía masculina” y confirmar de ese modo que poseen los atributos viriles de fuerza y sexualidad activa. Según Fuller:

A través de esas pruebas, el adolescente suspende su participación en la sociedad para entrar en una suerte de estado separado del sistema de relaciones sociales institucionalizadas (familia, trabajo) y ensaya sus roles futuros al lado de sus pares. Se trata del último momento de licencia abierta a los jóvenes antes de insertarse definitivamente en el mundo adulto. Su

contexto es catártico y festivo (fútbol, música juvenil, fiestas), donde la vida se rebalsa intensamente, propendiendo a las emociones fuertes, aún violentas, en las que se privilegia la corporalidad (Fuller, 2003: 75).

Fuller insiste en que la prueba de virilidad a partir de la iniciación sexual con sexo-servidoras es un examen público en el que no importa el acto sexual en sí, sino que socialmente se sancione el desempeño, marcando de ese modo el final de la infancia y adquiriendo la virilidad y el ingreso al periodo liminal. Estas exigencias de la virilidad otorgan elementos para comprender la asociación entre cultura masculina y comportamientos de riesgo sexual, si se admite que, aunque los jóvenes sepan y tengan conocimientos sobre las implicaciones de una práctica sexual desprotegida que los expone a una infección de transmisión sexual, la necesidad de alcanzar el estatus viril es más importante que el riesgo. Es decir, lo que está en juego no es el placer ni mucho menos la salud, sino la afirmación de la identidad por medio del desempeño del cuerpo aunque éste sea expuesto (Fuller, 2003: 75).

Connel (2003a) señala con acierto que la ideología popular trata la heterosexualidad adulta como “natural”, pero el hecho de convertirse en heterosexual implica en los jóvenes varones un complejo aprendizaje de repertorios interaccionales e identidades, así como de “técnicas corporales”, por tanto, el aprendizaje es un momento importante en la construcción de la masculinidad. Ello ha podido ser corroborado en alguna medida a partir del análisis de narrativas, en el que se elucida la manera en que se adiestra a los jóvenes para el desempeño sexual: gestos, políticas de cortejo y seducción, las interacciones, la “decodificación” de las sensaciones, las posiciones placenteras y el despliegue de los recursos físicos del cuerpo, cómo “aguantar más”, por ejemplo (Montejo, 2000). En el tenor de las influencias sociales y la inculcación de saberes, la necesidad de definirse sexualmente con su correspondiente sanción es otra de las tantas situaciones en que los jóvenes se ven inducidos a expresar o demostrar corporalmente su condición masculina.

Tuñón y Ayús (2001) a través de narraciones breves sobre sexualidad y salud reproductiva en jóvenes, revelan la necesidad de algunos agentes sociales, como padres, profesores o amigos, por definir la preferencia sexual de los varones ante las supuestas ambivalencias que a determinada edad resultan altamente sospechosas en medio de un

sistema heterosexual represivo. Entre las narrativas resalta el caso de Marcos, un joven de 16 años que vive en una zona semiurbana y el cual reconoce que su padre lo indujo hace unos años a iniciarse sexualmente. El padre lo interroga a menudo sobre su situación en la escuela, con quién anda y si tiene novia, si ya la ha “cachondeado” y besado. Cuando Marcos le respondió que le había hecho todo eso, pero no el amor, el padre le contó que de ‘chamaco’ fue un ‘desmadre’ y le preguntó si lo “había hecho con un hombre, un puto” o “con una mujer”, ante la negativa del joven le advirtió: “ya debes de ir, yo te voy a llevar, porque eso es malo, va a llegar el momento en que te vas a volver homosexual o puto [...]”.

Al parecer esta actitud de los padres, como guías e incitadores del inicio sexual, se basa en la necesidad de establecer y precisar sobre todo el gusto sexual de los hijos, que responde casi siempre a la valoración que se hace de los jóvenes y su correspondiente carga homofóbica que lleva a identificar sus comportamientos como dudosos de la masculinidad. Así también, esta postura en la que el sujeto parece quedar en desventaja bajo la autoridad y la legitimidad del discurso paterno identifica el papel que juegan los cuerpos masculinos en la visión de los demás. Bajo tal esquema la demanda del cuerpo subyace a la percepción generizada que le atribuye la necesidad de ciertas experiencias corporales a una edad determinada: las prácticas heterosexuales.

Centrada en las condiciones sociales y las experiencias que los contextos propician, Cecconi (2003) aborda particularmente el cuidado del cuerpo no como una práctica natural sino como prácticas sociales dependientes de la cultura y la clase social. Dentro de su análisis concluye que las “prácticas que se desarrollan y las representaciones que articulan la concepción del cuerpo presente en estos sectores dan cuenta de una noción más inmediata, instrumental y espontánea que en los sectores medios y altos, la cual incide y tiene efectos en las pautas de crianza, en las relaciones intergeneracionales y de género y en las prácticas relacionadas con la sexualidad (2003: 195)”. Las condiciones de precariedad, señala la autora, alimentan una sexualidad “de contacto más rápida, y en condiciones que dificultan la adopción de medidas de precaución y cuidado (2003: 195)”.

Se han subrayado también las actitudes sobre el cuerpo como factores socioculturales que inciden en la anticoncepción. Margulis (2003) plantea el vínculo entre prácticas anticonceptivas y los códigos culturales relativos al cuerpo, es decir, existiría en la cultura

popular “una menor capacidad de dirección y actuación sobre el propio cuerpo, que se acompaña con un fuerte escepticismo en torno de las posibilidades de actuar eficientemente sobre él (Margulis, 20003: 206)”;

como la capacidad de utilizar dispositivos sociales para controlar la presentación, la reproducción y la salud del cuerpo. En el campo sexual esto es importante puesto que en los sectores populares –según el autor– prevalece la vigilancia y el control sobre la sexualidad de las adolescentes y en cambio en los sectores medios existe una relativa permisividad y aceptación por parte de los padres, así como mayor posibilidad de que se preocupen por una revisión médica y ginecológica constante en sus hijas, aunado a que las jóvenes reclaman libertad para disponer de su cuerpo y su sexualidad.

El tema de la sexualidad y los derechos reproductivos no ha sido ajeno al alcance del cuerpo en la demanda de estrategias institucionales inclinadas a superar las inequidades de género, en tales análisis se ha asumido una posición clara sobre el carácter social y cultural del cuerpo. Faur (2003), por ejemplo, subraya que las identidades de género están profundamente atravesadas por mandatos y prácticas corporales que se acentúan con los cambios corporales que ocurren en la adolescencia. Estos cambios están cargados de significados e implican mandatos sociales que ahondan las diferencias entre hombres y mujeres, pero que además se “encarnan”, se inscriben en el cuerpo vía las prácticas sociales determinando experiencias corporales diferenciadas.

Finalmente, algunas reflexiones sobre el vínculo entre derechos sexuales y reproductivos y ciudadanía han llevado también a considerar el cuerpo como una dimensión clave en el análisis. Gutiérrez (2003) en ese tenor, sostiene que el cuerpo –dado su carácter social y cultural y el hecho de que se convierte en lugar práctico y de control social– durante la adolescencia y la juventud sufre de manera imperativa una serie de transformaciones junto con cambios en el ejercicio de la sexualidad y, por tanto, “La existencia o no de derechos sexuales y reproductivos marca fuertemente el cuerpo de las personas y de manera más profunda en los adolescentes y jóvenes, ya que la carencia de dichos derechos impacta en su subjetividad y en las relaciones con los pares (Gutiérrez, 2003: 90)”. Es decir, el cuerpo se hace presente y sugiere la aparición de derechos en los y las jóvenes en tanto las diversas experiencias relativas a la sexualidad y la reproducción que tienen lugar en ese periodo, tales como el embarazo, el aborto, la anticoncepción, el VIH/SIDA y las ITS.

3.4 El cuerpo en la sexualidad

Recapitulando, se ha dicho que el cuerpo en la actualidad ha llegado a ocupar un lugar notable tanto en la teoría y el análisis social como en la cultura contemporánea, sobre todo asociado con la cultura del consumo que toma sus procesos y presentación como recurso social y mercantil. Teóricamente se ha resaltado su carácter social, cultural e histórico y su importancia en el análisis del agente social, particularmente porque el sujeto encierra una dimensión inminentemente corporal y por ser un sitio político que se convierte en objeto de prácticas sociales, así como es al mismo tiempo un agente que conforma las estructuras sociales. Por lo que no es extraño que actualmente en Latinoamérica exista una preocupación creciente en el estudio de la corporalidad, o que al menos se considere explicativamente su dimensión social y cultural, pese a que la literatura teórica, las inquietudes y los procesos sociales y culturales en torno a el cuerpo se han generado inicialmente en otros contextos.

En particular en nuestro contexto mexicano, y en general en los países de América Latina, hace su aparición analítica en medio de múltiples reclamos e inquietudes sociales y políticas, como aquellas fundadas por el movimiento feminista alrededor de las inequidades sociales entre los sexos y las críticas y subversiones de las organizaciones de homosexuales y lesbianas. Tales reclamos pugnan por el reconocimiento a nivel institucional y social de las desigualdades, sobre todo respecto a la salud y por el establecimiento de derechos sociales en aras de abrir posibilidades para acceder a recursos materiales, culturales y simbólicos en igualdad de circunstancias y comparativamente con otros grupos sociales. Todo ello en un contexto de creciente preocupación por las tasas de embarazos “tempranos” y el aumento constante de las infecciones de transmisión sexual en la población joven y que deriva en el análisis y estudio sistemático de sus sexualidades bajo distintas aproximaciones.

Aquellos estudios que han logrado aproximarse al cuerpo o que lo han tomado como tópico o motivo de análisis, logran identificar que las prácticas sociales en torno a lo corporal, sobre todo en el ámbito sexual, son claves para los varones en la construcción de sus identidades masculinas; dan cuenta que las normatividades y prescripciones genéricas que operan socialmente sobre los cuerpos, por medio de símbolos y valores morales y significados religiosos, como en el caso de la virginidad, materializan de manera diferenciada

los cuerpos femeninos y masculinos; se hace evidente el carácter histórico y social y las subversiones al orden y las regulaciones que pesan sobre los cuerpos, posibles por medio de cambios sociales como la migración y el acceso a las tecnologías de la información, en el caso de las prácticas corporales en el cortejo. Se evidencia que en los cuerpos se dirimen no únicamente diferencias de género, sino también de clase, etnia y generación.

Asimismo, se revela que hay una atribución distinta de las posibilidades y capacidades sexuales de los cuerpos que constituyen interpretaciones desde las que hombres y mujeres definen su sexualidad y los espacios sociales en los que se desarrollan –y a los que se les adscribe culturalmente– y que son clave para entender dichas definiciones. Ciertos cuerpos son objeto de prácticas de aprendizaje y experimentación sexual, facilitadas por actores que participan bajo una idea generizada de los cuerpos y sus demostraciones en ciertos momentos sociales ante el riesgo de ser devaluados o estigmatizados. En el ámbito de la salud y los derechos sexuales y reproductivos se localizan estudios más enfáticos en la naturaleza social y cultural del cuerpo. Especialmente desde las posibilidades para actuar sobre el cuerpo, dependientes del lugar en que se desenvuelven en el entramado social y en particular porque durante la adolescencia el cuerpo es un lugar de prácticas sociales y de control.

Pese a que la sexualidad ha tenido (y tiene) que ver con el cuerpo y su construcción, lo que se enfatiza casi siempre es su producción o construcción vía los discursos religiosos, del Estado y las ciencias, sus controles, los mecanismos con los que opera, sus representaciones, las ideologías dominantes sobre el sexo, la construcción de las identidades sexuales y los deseos, entre otras cosas. Se ha introducido menos al análisis su carácter corporal, es decir, se ha establecido un análisis que sobre todo ha dejado subsumido o ha negado al cuerpo, al revés de una sexualidad *con* cuerpo. Parafraseando a Carol Vance (1989: 20) se puede señalar que el estudio de la sexualidad ha conducido en general a una “teoría sexual abstracta” –o “etérea” (Turner, 1989)– que guarda escasa relación con lo corporal.

Por tanto, si deseamos una visión que tenga relación válida y oportuna con la experiencia, se debe ineludiblemente atender lo sexual desde el cuerpo y verlo como una arena en que se dirimen arreglos, significados y prácticas de género vía las hábitos sexuales, y éstos como experiencias que involucran al cuerpo y que se experimentan forzosamente en él. Como señaló Foucault sobre el marxismo, pero aplicable a nuestros propósitos: “me

pregunto si, antes de formular la cuestión de la ideología, no sería más materialista estudiar la cuestión del cuerpo y los efectos del poder en él (en Turner, 1994b: 29)”.

Teniendo siempre presente que el cuerpo no está determinado biológicamente ni responde sexualmente a un impulso natural y que tampoco es una entidad material fija, sino que, en cambio, se constituye a través de prácticas sociales históricas y socialmente determinadas¹⁶. Si apelamos al carácter cultural y social del cuerpo y como un *locus* de las identidades, podemos entender que sus actuaciones se comprenden sólo a partir de códigos de significación localizables en el discurso y que hacen posible su materialización y realización. La sexualidad incluye desde las formas de conceptualizar, definir, nombrar y describir lo sexual hasta la categorización y clasificación de actos y prácticas corporales concretas, como el sexo anal, el coito heterosexual, los besos, la masturbación, las caricias, las normas sobre dónde y cuándo y en qué condiciones se puede acariciar o tocar y a quién, etc., es decir, incluye tanto libertades como restricciones que se imponen o se asumen (y se subvierten) de manera directa o indirecta, ya sea institucional o colectivamente, generacional, genérica o socialmente, *a los cuerpos*.

A pesar de que Foucault es el pensador más influyente en la crítica al esencialismo sexual y sobre el efecto del poder en los cuerpos, su posición ha sido más útil para explicar la sexualidad como producción discursiva que en su relación con la construcción social del cuerpo en las formas prácticas e individuales de la sexualidad. Giddens señala precisamente que la posición de Foucault sobre la sexualidad “permanece demasiado en el nivel del discurso” por lo que “las únicas fuerzas activas son el poder, el discurso y el cuerpo”, considerando además que la historia, “las realizaciones activamente hechas por los sujetos humanos” apenas se localizan, puesto que el poder “se mueve de formas misteriosas en los escritos de Foucault” (2000: 32). Podemos señalar que en general ciertas teorías del discurso “han convertido a los cuerpos en objetos de la práctica y el poder simbólicos, pero no los han considerado participantes (Connell, 2003b: 93)”.

¹⁶ En palabras de Vance (1997: 110-111), el “deseo erótico [...] no es inherente o intrínseco al individuo, sino que es construido desde las más polimorfos posibilidades” e insiste: “el deseo sexual, entonces, es en sí mismo construido por la cultura y la historia *desde las energías y capacidades del cuerpo* [cursivas nuestras]”.

No obstante, desde el punto de vista histórico, Foucault ha apoyado los recientes debates sobre el cuerpo y su construcción y sobre el hecho de que la sexualidad “es un ‘dispositivo histórico’ desarrollado como parte de una red compleja de relaciones que organizan y conforman (‘vigilan’) los comportamientos y *los cuerpos* individuales (Weeks, 2000a: 184, cursivas nuestras)”. Weeks afirma que, aunque el cuerpo biológico es el sitio que establece y delimita lo sexualmente posible, “la sexualidad es más que simplemente cuerpo” y retomando a Vance alega: “el órgano más importante de los seres humanos está entre las orejas, es decir nuestra mente. La sexualidad involucra nuestras creencias, ideologías e imaginación, tanto como el cuerpo físico (Weeks, 2000a: 177)”.

Connel (2003b) ha mostrado los intrincados vínculos existentes entre el cuerpo y los procesos sociales, donde práctica y experiencia poseen una dimensión forzosamente corporal. En el mismo tenor, Gary W. Dowsett, en uno de los escasos ensayos que se ocupan de la sexualidad en su dimensión corporal, “Bodyplay. Corporeality in a discursive silence”, propone entender la sexualidad misma como construida –y no exclusivamente representada– por “cuerpos en sexo” y asienta que es preciso ir analíticamente “más allá de la textualidad del discurso hacia la texturalidad del cuerpo (2002: 409)”. En resumen, si se observan y analizan los cuerpos en las prácticas y experiencias sexuales, podría ser una vía de análisis idónea para pensar cómo las ideas de masculinidad y feminidad son inscritas en los cuerpos, además en aras de trascender la trampa de una sexualidad esencialmente biológica, pero sin negar el carácter corporal de las experiencias individuales.

CAPÍTULO IV

Los hallazgos: cuerpo y masculinidad

Es demasiado fácil englobar toda experiencia sexual bajo el rótulo de 'enteramente peligrosa' o 'enteramente placentera'; nuestra cultura nos anima a hacerlo.

Carol Vance

[...] tenemos que romper con la tradición racionalista que permite hablar de poder, pero no sobre cuerpos, placeres, sexualidades y amor; necesitamos explorar nuevas formas de pensar cómo el poder opera también a través de estas diferentes esferas de la vida.

Víctor Seidler

El análisis de los datos se organiza en seis ejes temáticos, a saber: *cuerpo e identidad, cuerpo y cultura del consumo, cuerpo y saberes sexuales, cuerpo y prácticas sexuales, cuerpo y placer y cuerpo y prevención*. Cada tópico prioriza lo corporal y sus enunciaciones por medio de los discursos y sentidos que los jóvenes le atribuyen a las prácticas sociales, así como sus disposiciones y vínculos posibles con su vida sexual. En otras palabras, se exploran las travesías vitales en torno al sexo sobre las cuales hablan los jóvenes y que son conformadas por sus cuerpos y vía las prácticas corporales. Sin perder de vista el amplio espectro de las relaciones sociales entre hombres y mujeres, como marco de sentido que posibilita la emergencia de actos y significados relativos, así como la construcción constante y activa de las identidades masculinas y su carácter corporal.

Previo al contenido analítico se reúnen algunas precisiones metodológicas sobre el trabajo de campo, especialmente sobre la producción y la manipulación de los datos, o sea, sobre la lógica del análisis, así como la relevancia de examinar dichos ejes temáticos. Enseguida se lleva a cabo una escueta reflexión sobre las condiciones sociales y culturales en las cuales los jóvenes desarrollan sus historias vitales. Se enfatiza el hecho de que sus historias, pese a la diversidad en lo individual, encuentran a nivel colectivo muchos paralelismos, especialmente en cuanto a los vaivenes de la vida familiar y social que en la actualidad atraviesa el grueso de la sociedad mexicana. Luego se presenta una descripción general de los protagonistas del estudio.

4.1 Algunas precisiones sobre la construcción y el análisis de los datos

Los datos fueron obtenidos por medio de las entrevistas en profundidad mediante el diseño de un guion con aproximadamente 49 interrogantes y tópicos de interés. Las preguntas se organizaron a partir de tres matrices: *a)* los significados de la acción corporal, *b)* elementos configurantes de las relaciones sexuales y *c)* el encarnamiento de las disposiciones: identidad masculina y *cuidado de sí*. Los ejes de indagación estuvieron en consonancia con las posturas teóricas y los objetivos analíticos planteados, pero particularmente las matrices derivan de la propuesta analítica y metodológica de García (1994) para estudiar la corporeidad.

Por lo que la primera matriz atendió las percepciones, significados y prácticas sociales relativas a la corporeidad, tomando en cuenta su sentido relacional con lo femenino; la segunda, se concentró en el sentido social y cultural de las prácticas y experiencias sexuales, así como los significados corporales atribuidos y; la tercera, vinculó los dos aspectos abordados, pero enfatizando los sentidos y significados de las acciones prácticas en torno al cuidado corporal. En general, las matrices estuvieron diseñadas por el interés en lo corporal, donde cada ámbito buscó reconocer el protagonismo del cuerpo y sus disposiciones en las relaciones sexuales, situadas en el amplio espectro de las relaciones sociales entre los sexos.

En cada entrevistas se buscó cumplir con el guion, pero sin ceñirse al orden en que se organizan las preguntas ante la propia dinámica y lógica conversacional generada en los procesos de diálogo con los informantes. Por tanto, las respuestas y narrativas relativas al cuerpo, la identidad y lo sexual se encontraron diseminadas a lo largo de los relatos y tejidos por diversos argumentos vinculados de múltiples maneras con los tres grandes temas. Por lo que fue necesario, después de leer minuciosamente las entrevistas, organizar la información mediante un libro de códigos (*Code Book*) que fue la pauta para la categorización de los datos y la definición de los ejes de análisis finales (Castro, 1999).

La codificación y el análisis se organizó en torno a seis temas: 1) *identidad y género*, que incluyó las concepciones genéricas sobre la diferencia corporal, la jerarquía del cuerpo masculino en la vida social y los valores sociales asignados; 2) *cuerpo y cultura del consumo*, referido a los medios y dispositivos a través de los cuales los jóvenes fundan sus imágenes e ideas sobre el cuerpo masculino; 3) *cuerpo y saberes sexuales*, consideró los mensajes entre

pares, la pornografía y otras alternativas encargadas de inculcar ideas sobre el desempeño sexual masculino; 4) *cuerpo y prácticas sexuales*, abarcó aquellas alusiones al inicio sexual, el contexto, encuentros y parejas sexuales; 5) *cuerpo y placer*, encerró las alusiones a lo que resulta placentero en una relación sexual y cómo se concibe el placer y el deseo y; 6) *cuerpo y prevención*, incluyó los elementos sociales, afectivos y los deseos que intervienen en la prevención o no de las ITS o un embarazo no planeado o no deseado.

Mediante el uso del software de análisis cualitativos *Ethnograph V5.0* se llevó a cabo un primer procedimiento de detección, agrupamiento y selección de fragmentos relacionados con las diversas categorías de análisis. Este primer proceso permitió reunir un compendio de fragmentos mediante una primera lectura en la que se identificaron relatos relevantes que permitieron la construcción de las categorías de análisis. Luego se realizó otro procedimiento de categorización de forma manuscrita buscando conceptos y frases sensibilizadoras que dieran mayores pistas para el análisis narrativo y la construcción teórica a partir de los datos.

El trabajo de campo inició a mediados del mes de septiembre y finalizó en noviembre de 2004, en cuyo lapso se realizaron las ocho entrevistas a jóvenes con prácticas homo y heterosexuales y con edades de entre los quince y diecinueve años. Inicialmente el rango de edad se estableció entre los 16 y 19 años, sin embargo, fue necesario modificar el margen inferior por la posibilidad de indagar un caso de bisexualidad, aunque se trató de prácticas homoeróticas. El caso resultó pertinente en tanto que resultaba conveniente analizar la corporeidad, la sexualidad y la atención sobre el cuerpo cuando las prácticas corporales y el deseo desbordan las coordenadas culturales de género.

Fue necesario también flexibilizar la categorización de informantes planteada en el diseño de la investigación, dado que en el terreno la búsqueda de casos bajo los tipos de “parejas estables”, “no estables”, “si usa” o “no usa” fue insuficiente para comprender la diversidad de situaciones y las maneras en que se organizan las prácticas sexuales y las relaciones de pareja. Por ejemplo, en uno de los primeros casos el joven mantenía relaciones sexuales protegidas en dependencia del tipo de penetración o relación sexual, es decir, si se trataba de tipo vaginal, anal u oral, y estos encuentros sexuales no ocurrían con su pareja estable (novia) con la que nunca había tenido contacto sexual.

La mayoría de los entrevistados se caracterizaron por haber tenido relaciones sexuales “tempranas” y que se refiere al hecho de haberse iniciado sexualmente antes de los 16 años. Cada uno de ellos tenía relaciones de pareja diversas, hay quienes llevaban una relación de noviazgo formal y otros preferían no etiquetar su relación. Esto indicó el acierto de definir el tipo de vínculo con base en la continuidad y el hecho de mantener relaciones sexuales y no bajo una etiqueta social que alude al tipo de compromiso moral: amigos, novios, parejas, etc. Se programó como estrategia de investigación un par de talleres que funcionarían como técnica para la obtención de datos y táctica para contactar a los posibles informantes, sin embargo, sólo fue viable realizar uno de ellos porque resultó problemático reunir a por lo menos ocho estudiantes, debido a que a partir del tercer semestre los jóvenes no tienen grupos comunes lo que obstaculizaba contactar a un grupo concreto.

Algunos datos que caracterizaron a la población estudiada es el hecho de que la mayor parte de los padres de los jóvenes no son profesionista. En general se desempeñan como empleados del gobierno, trabajo por cuenta propia, comerciantes, afanadoras, empleadas domésticas, secretarias, técnico en el gobierno federal y profesional en un sindicato. En buena parte de los casos por lo menos uno de los padres no era originario del D. F., no obstante, todos los informantes eran originarios del Distrito Federal. Todos tenían sus domicilios en colonias populares y estaban siendo educados en instituciones públicas. El nivel educativo que cursaban oscilaba entre el tercer y quinto semestre y en un caso el joven presentaba exámenes para acreditar los cursos requeridos para concluir la preparatoria. Resulta también relevante el hecho de que en tres casos el padre no vivía con ellos, en un caso el joven no lo conoció y en otro más apenas tenían trato. Existen tres casos de divorcios por infidelidad, violencia de género y abandono.

Con excepción de una entrevista iniciada en un centro comercial, el resto se llevó a cabo en los jardines o en la biblioteca de la escuela y sólo en una ocasión hubo inconvenientes para mantener el ambiente propicio sin que se afectara el diálogo. Debe reconocerse que los jóvenes mostraron siempre apertura, confiabilidad y escasa importancia al entorno que ocasionalmente era interrumpido por alguno de sus compañeros/as que se acercaba a ofrecer productos en venta, particularmente cigarrillos. En términos generales las condiciones sociales de indagación fueron idóneas y se corrobora con la riqueza de la información registrada.

4.2 Los protagonistas del estudio

Los siguientes ocho varones jóvenes son los actores de este estudio:

Iván, 16 años, heterosexual, estudiante, hijo único, inició su vida sexual activa a los trece años con una amiga de la escuela. Ha vivido solo con su madre quien se desempeña como secretaria en un despacho de abogados. Nunca conoció a su padre. Se identifican diversas parejas sexuales y mantiene una relación de noviazgo estable. Ha tenido dos encuentros sexuales con otras personas.

Pablo, 16 años, estudiante, heterosexual, su primera relación sexual ocurrió a los quince años con su novia al final de una fiesta. Mantiene una relación de noviazgo estable. No mantiene relaciones sexuales con su pareja. Ha tenido encuentros sexuales con diferentes personas. Su padre se dedica a la mecánica automotriz y su madre al hogar.

Eddy, 19 años, estudiante, heterosexual, tuvo su primera relación sexual a los quince años durante una fiesta con una conocida. Sus padres están separados, él trabaja por cuenta propia y su madre se encuentra desempleada. Tiene un hermano de once años y una media hermana de tres años por parte de la madre. Mantiene una relación de noviazgo desde hace año y medio y sostiene relaciones sexuales con su pareja.

Andrés, 18 años, estudiante, heterosexual, considera que ya ha tenido su primera experiencia sexual con su novia, aunque acepta que no ha ocurrido una relación coital. Lleva poco más de año y medio de noviazgo y participa en un grupo de danza de *capoeira*. Tiene tres hermanos mayores. Su padre es empleado en una institución del gobierno federal. Su madre se dedica al hogar.

David, 17 años, estudiante, heterosexual, “cree” que fue a los catorce o quince años cuando tuvo su primera relación sexual después de una fiesta. Su madre es empleada doméstica, su padre no vive con ellos, apenas lo conoce. Ambos progenitores son de provincia. Tiene dos hermanos mayores en Estados Unidos, una hermana casada que vive en Guerrero y un hermano de seis años que vive con él y su madre.

Ruy, 15 años, estudiante, homosexual, tuvo su primera relación sexual hace seis meses con un chico de su misma edad que conoció tres meses antes en la tienda de autoservicio

donde ambos trabajaban. Su padre, originario del estado de Guerrero, se dedica al comercio y su madre es afanadora. Tiene cuatro hermanas. Su familia no sabe de su preferencia sexual por el “machismo” que impera en su familia.

Pedro, 17 años, estudiante, heterosexual, su primera relación sexual fue a los dieciséis años con su novia. Sus padres están divorciados. Vive con su madre, que es psicóloga, y con su padrastro, quien produce programas educativos. Tiene un hermano menor.

Juan, 19 años, estudiante, homosexual, hijo de padres divorciados, su primera relación sexual la tuvo a los quince años con una persona trece años mayor a quien conoció a través de la red. Vive con su padre y sus hermanas.

Estos jóvenes comparten no sólo el hecho de estudiar en el escenario de la investigación, sino también sus historias de vida tienen muchos paralelismos en cuanto a los vaivenes de la vida familiar y social del grueso de la sociedad mexicana y en particular las familias de la ciudad de México. Es una generación habituada a los cambios económicos, culturales y sociales que han ocurrido en las últimas dos décadas propiciados por el avance tecnológico y representado por las nuevas tecnologías de la información. El celular, la televisión, el internet, los juegos digitales y la moda son algunos de los elementos culturales con los que se desarrollan, los cuales marcan el sentido de las relaciones sociales que recrean con sus pares generacionales y cómo se relacionan consigo mismo. Por ejemplo, más de uno dio cuenta de la importancia del internet en su aprendizaje sexual y como forma de socialización a través de los encuentros virtuales en los llamados *Chats* que posibilitan experiencias corporales que, en algunos casos, derivan en la creación de vínculos sexuales “reales” (Ihde, 2004).

Familiarizados con discursos progresistas como el feminista, emergen en sus diálogos bajo sus singulares apropiaciones. Ideas como la igualdad entre los sexos, los movimientos gays y lesbianas, derechos humanos, violencia intrafamiliar, el interés ecológico y la política internacional son algunos tópicos que afloran en las conversaciones. Por lo que no es raro que más de uno expresara su propia visión sobre las relaciones entre hombres y mujeres y que otro ofreciera una crítica propositiva y alternativas a lo que valoró como una equivocada estrategia de las mujeres en la lucha por sus derechos.

4.3 Una economía política de los cuerpos posibles (y deseables): cuerpo e identidad

En nuestra cultura el ser hombre o mujer está intensamente definido por los aspectos físicos y tal como la cultura los ha conceptualizado resultan relevantes para comprender los significados y las prácticas sociales de género. La manera en que es percibido, vivido y narrado lo corporal, es esencial para entender de qué modo se definen los sujetos y cómo sus nociones de masculinidad dependen de ciertos atributos corporales (material), cómo el cuerpo se presenta (apariencia) y se vive (experiencia). Estos elementos se constituyen en los jóvenes a partir de versiones divergentes a lo que se cree predominante o hegemónico, pero dando por sentado un núcleo referencial de tipo sexual. Existe también un reconocimiento claro de cuerpos masculinos hegemónicos, definidos por la clase y la raza, aunque algunas versiones de la masculinidad ponen en cuestión los valores, capacidades y pautas sociales asignadas culturalmente a dichos cuerpos.

Una economía política de los cuerpos posibles (y deseables) designa los cuerpos masculinos que son imaginados, pensados, deseados, visualizados y valorados, así como las prácticas generadas en torno a ellos, tomando como eje central las diferencias físicas que se extrapolan y definen límites sociales, morales y perceptivos entre los sexos. Es decir, esta explicación rebela también las ventajas y dificultades generadas por los cuerpos, los valores sociales que los envuelven, su ubicación en el entramado social, no sólo cruzado por el género sino también por la clase y la raza. Es más, son evidencia del incremento emergente de un nuevo tipo de prácticas representacionales que ofrecen, vía su tráfico mediático y predominio cultural, cuerpos masculinos ideales y erotizados, admirados y deseados. Pautas que son de algún modo apropiadas por los jóvenes en la definición y construcción de sus masculinidades o simplemente en la concepción de los “cuerpos dominantes”.

No se trata de ningún modo de insistir sobre una idea de género basada en la diferencia sexual, como diferencia biológica, física, material, ahistórica, previa a la cultura, y sobre la que opera lo social y lo cultural. Ni de asumir de manera equivocada que los genitales, por nombrar una de las “evidencias básicas” del género en la vida social (Hawkesworth, 1999), son equivalentes a lo masculino, más bien se busca, como sugiere Gutmann (2000: 4), “explicar y no dar por sentado qué es lo que significa *físicamente* ser hombre o mujer”, si

aceptamos que “sería un error deducir que todos los hombres [...] consideran que su hombría equivale a sus órganos genitales”, más bien, “sería más exacto afirmar que para muchos hombres éstos constituyen un punto preferido de referencia (Gutmann, 2000: 184)”. En suma, es una alternativa que busca, más que los mecanismos históricos responsables de la *eternización relativa* de las estructuras de la división sexual, las prácticas sociales y los “principios de visión” que generan dichas estructuras admitiendo el carácter social e histórico del cuerpo, por tanto, del sexo (Bourdieu, 2003: 8; Foucault, 2000; Weeks, 2000a): “[...] entre los y las jóvenes la referencia al cuerpo es fundamental para distinguir lo que es ser mujer u hombre; sin importar la referencia particular –fuerza física, genitalidad, hombría– el cuerpo se constituye en el último punto de referencia (Gutmann, 2003b: 154)”.

Podemos afirmar que en general los significados y prácticas sociales atribuidas a los cuerpos a partir del discurso de la anatomía, uno de los mecanismo encargados de deshistorizar y al mismo tiempo de “producir cuerpos” (Bourdieu, 2003; Foucault, 2003), constituyen testimonios que derivados del cuerpo y vía la corporeidad deberían ocupar un lugar relevante en el análisis de la masculinidad (Fuller, 2001). Dado que a menudo se admite que una verdadera masculinidad emerge del cuerpo de los hombres, por ello “la primera tarea del análisis social es comprender los cuerpos de los hombres y su relación con la masculinidad (Connell, 2003b: 73)”.

Para Pablo, por ejemplo, tener cuerpo de hombre es poseer lo que corporalmente lo identifica y distingue de una mujer: “los órganos sexuales, como es el pene y los testículos”, y el “resto” dice no importar tanto. Lo relevante es esa base física porque cree que teniendo “eso, se es hombre y eso es suficiente”. Ruy coincide con esta idea, solamente que define las discrepancias anatómicas como “diferencia de géneros”, o sea, la divergencia de órganos sexuales entre el hombre y la mujer: “los senos y todo lo demás”. Iván, en cambio, define las diferencias destacando los aspectos físicos que se aprecian visiblemente, como el hecho de que “las mujeres tienen partes más desarrolladas que los hombres y los hombres tienen otras partes que las mujeres no tienen” y esos rasgos “son más visible en los senos y el trasero”.

En su realidad biológica el cuerpo ahistórico no deja resquicio para la duda, en la percepción objetiva de los caracteres sexuales no se repara en detalles, pues se observan cuerpos con superficies físicas homogéneas en un género y divergentes cuando se comparan

ambos sexos; los rasgos sexuales se extrapolan, se resaltan y prueban las diferencias. Bourdieu ha señalado en su explicación sobre la dominación masculina que “el mundo social construye el cuerpo como una realidad sexuada y como depositario de principios de visión y de división sexuales. El programa social de percepción incorporado se aplica a todas las cosas del mundo, y en primer lugar al “*cuerpo en sí*” (2000: 22). Por ello –continúa– la diferencia anatómica funciona como el fundamento de la diferencia socialmente establecida entre los sexos, inscritas en la materialidad bajo nociones de objetividad y subjetividad mediante los esquemas cognitivos que fundan las percepciones de las divisiones objetivas.

Esto es claro en los discursos sobre las diferencias entre hombres y mujeres que los jóvenes proveen para describir tales distinciones. Eddy lleva las concepciones genéricas de la diferenciación corporal más allá, al señalar que principalmente lo que distingue a un hombre de una mujer es la fuerza física, la fortaleza para realizar las tareas que demandan resistencia y que tal idea la aprendió en la clase de psicología. En la que le explicaron que es “verdad que él es físicamente superior en fuerza, en habilidades mecánicas y prácticas, en construcción, porque somos más fuertes”; el argumento encuentra en la diferencia sexual su fundamento y, por tanto, el cuerpo sirve como referente. Ese razonamiento lo lleva a pensar entonces que “físicamente esas son las grandes diferencias, a parte del sexo y todo eso”. Divergentes quizá en el énfasis, pero es la diferencia anatómica la que identifica y determina un cuerpo de hombre y lo diferencia del cuerpo femenino.

En el extremo, para ciertos jóvenes no es necesario aludir a tales distinciones pues es evidente la diferencia material y más bien conciben un cuerpo de hombre por sus prácticas o valores: “el que es atractivo para el sexo opuesto”, como refiere Andrés. Además, el mismo joven considera que el rostro es quizá el aspecto que más distinguen al hombre, porque es “más robusto” y en ellas “más frágil”. La fragilidad es también lo que unifica y llega a ser, según Andrés, “la gran diferencia”, aunque reconoce que además discrepan por “la forma de pensar y algunos pequeños detalles que uno logra ver, el cabello más largo y cómo se pintan”. Iván coincide en que lo mental caracteriza a la mujer: “las mujeres son exageradamente vanidosas y los hombres muchas veces no” y es claro porque “siempre se están viendo en el espejo y arreglándose el cabello o pintándose los ojos”.

Pese a que la definición de cuerpo de hombre se encuentra sustentada en la anatomía, existe la necesidad de cumplir con rasgos físicos y estéticos prototípicos que propician prácticas y acciones que determinan relaciones y desigualdades. Estas características ideales son reconocidas por los jóvenes y en ciertos casos son percepciones retomadas de las mujeres –bajo los criterios de la violencia simbólica (Bourdieu, 2003)¹⁷– o a través de los medios. La definición de cuerpo ideal ofrecida por David ilustra los atributos físicos y lo estético para ciertos hombres en la construcción y definición de sus identidades masculinas:

El cuerpo ideal debe ser fornido, marcado, pero no excediéndose ¿No has visto las revistas esas donde salen los ‘güeyes’ así y donde se le marcan [muestra el músculo de su brazo derecho] las venas? No, eso ya es una exageración, o sea, que esté marcado, pero no mucho. Tener un pene de un tamaño promedio, unas piernas marcadas, ni flacas ni gordas, pantorrillas firmes, marcadas. Básicamente se ve más tosco que el de la mujer. Se tiene que ver estético, pero no cayendo en desórdenes. Ese creo que sería el cuerpo perfecto de un hombre [David, 17 años, heterosexual].¹⁸

Para David esas características significan salud y fortaleza, pero explica oportunamente que “no son cosas para marcar la hombría”, sino que es lo más saludable. Sin duda, pese a la aclaración, es evidente que el patrón referido se sustenta en una versión masculina del cuerpo y lo sano. Ruy ofrece una visión similar, para él los hombres deben ser altos –piensa que “sería extraño” una mujer de 1.70–, “una espalda ancha, grande, unas piernas gruesas para correr y los brazos igual”. Aunque contradictoriamente admite que los cuerpos son peculiares y es una tontería pensar en un prototipo de cuerpo. Pablo lo imagina de forma análoga con “bíceps, tríceps y todo bien marcado”. En oposición, la creencia popular que identifica la rudeza y la suciedad como propia de los cuerpos masculinos y como signo de su lugar en la

¹⁷ La violencia simbólica, señala Bourdieu, “se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (por consiguiente, a la dominación) cuando no dispone, para imaginarla o para imaginarse a sí mismo o, mejor dicho, para imaginar la relación que tiene con él, de otro instrumento de conocimiento que aquel que comparte con el dominador y que, al no ser más que la forma asimilada de la relación de dominación, hacen que esa relación parezca natural (2000: 51)”.

¹⁸ Algunos estudios han dado cuenta de la insatisfacción que algunos hombres presentan actualmente con su apariencia física y los problemas de salud generados, desórdenes alimenticios (anorexia o bulimia), consumo de anabólicos y suplementos alimenticios (Mishkind, Rodin, Siberstein y Striegel 1987; Grogan y Richards, 2002; Peixoto, 2002; Drummond, 2002; Fawcner y MacMurray, 2002).

división social del trabajo no debería prevalecer: “Los hombres también nos preocupamos por nosotros, por nuestro físico, por lucir bien como las mujeres. Los hombres también tenemos en ciertos casos vanidades, bellezas y todo eso, y no necesariamente tenemos que estar todos toscos, una imagen así, de un hombre musculoso, no debe ser forzosamente el prototipo de hombre [*Iván, 16 años, heterosexual*]”.

Eddy está de acuerdo con Iván en que no existe un prototipo de cuerpo masculino, porque apela a la peculiaridad de cada uno y a la manera en que cada cuerpo se desarrolla, colocando al cuerpo como un producto social. Incluso sugiere el carácter histórico de los ideales de belleza, aunque en referencia a las mujeres: “con el paso del tiempo nos hemos creado a la mujer perfecta, porque como se puede ver en las pinturas, antes las mujeres eran más llenitas [*Pedro, 17 años, heterosexual*]”. Es decir, las imágenes e ideas que ofrecen son divergentes, pero en alguna medida lo que las caracteriza es el significado atribuido y cómo se apropian de nociones e ideas sobre los rasgos que caracterizan a los cuerpos masculinos, en algunos casos asumiendo y redefiniendo prácticas a menudo asociadas a lo femenino, como la búsqueda de cierta belleza y vanidad masculina.

Los genitales son, en efecto, uno de los referentes más importante en los jóvenes (Gutmann, 2000), por ello cuando se les pide que dibujen un cuerpo de hombre desnudo no olvidan registrar esa importante especificidad anatómica. Su importancia es dominante en los detalles que se otorgan sobre el cuerpo, se puede diferir de algunos aspectos, pero siempre se dará por sentado que las diferencias sexuales son el elemento objetivo de la identidad. Las definiciones del cuerpo dependen siempre de la oposición a los cuerpos femeninos, distinción materializada en desigualdades, actitudes y en la relación de los jóvenes con las mujeres.

Tener un cuerpo masculino denota ventajas, pero poseer aquel que cumple los ideales ofrece mayor posibilidad de triunfar en la conquista sexual o en la socialización con las mujeres. Sobre este aspecto se establecieron dos planos de indagación: *a)* el espacio social amplio y *b)* y en el espacio social y al mismo tiempo íntimo de las prácticas sexuales. Nos interesa rescatar aquí sólo las nociones más amplias sobre las ventajas sociales y cómo de manera práctica se instituyen y donde el saber biológico determina las posiciones que uno y otro sexo tienen en diversos aspectos de la vida cotidiana.

Para Eddy, por ejemplo, tener un cuerpo de hombre es como una “bendición” de cara a los cambios hormonales, la fragilidad emotiva o la capacidad para percibir con mayor profundidad los problemas que cree caracterizan a las mujeres. Bajo esas ideas, asume que para los hombres es más fácil soportar las “broncas” que se generan en el entorno familiar o en las relaciones de pareja y, por tanto, se espera que ellas al tener “esos sentimientos a flor de piel” reaccionen de manera agresiva o sumisamente.

Asimismo, los cuerpos de los varones suponen ventajas biológicas, porque “son más fáciles de manejar”. Sobre todo las desventajas para las mujeres se amplían en el plano reproductivo como resultado del carácter patriarcal y machista de nuestra sociedad: “creo que sería mucho más sencillo para un hombre decir yo no quiero saber nada del embarazo. Para una mujer sería más difícil porque tiene que cargar con el embarazo y de cierta manera es más complicado para ella”. Eddy aclara que en su caso estaría “por lo menos” al lado de su novia, pero admite que eso tampoco supone un alivio en las responsabilidades biológicas que la mujer tiene que soportar con el embarazo y por eso para los hombres en general es más sencillo no saber más del asunto.

Bajo la dicotomía cuerpo/mente, David considera que un cuerpo masculino supone ventajas físicas, la fuerza es mayor por lo que “podemos someter fácilmente a las mujeres y por eso se da mucha violencia intrafamiliar”, aunque admite que “tenemos menos inteligencia porque los varones ocupan menos el cerebro y por eso ellas son más inteligentes”. Aun así, en otros terrenos sociales los cuerpos masculinos tienen mayores ventajas, aunque sin tener ninguna relación aparente con los recursos o capacidades que se reconocen como propias, más bien como efecto del sexismo y la discriminación. David cuenta la historia sobre cómo un día fue a buscar trabajo y después de aplicar examen, él, otro señor, una señora y una joven, terminaron siendo aceptados los hombres: “salieron ellos [los que le aplicaron la evaluación] y nos dijeron: ¿saben qué? Ustedes dos tienen el trabajo y a las dos mujeres les dijeron ‘bueno adiós, gracias’. Nada más por el simple hecho de ser mujeres”.

No obstante, frente a la diversidad y particularidad de cuerpos masculinos que los jóvenes reconocen, existen también desventajas sociales. Las desventajas se identifican en diferentes planos, como en la conquista y la socialización con las mujeres, pero también son víctimas de discriminación y desigualdad por las capacidades físicas, la apariencia, el estigma

y la exclusión que prevalece sobre algunos cuerpos. Al respecto, Iván señala: “Cuando la gente piensa realmente lo que quiere no, pero los que se dejan llevar mucho por la vista sí. Porque si yo me paro chaparro, moreno, flaco, y al lado de mí un güero de ojos verdes alto y musculoso, pues todo mundo va estar con él. Pero más bien depende mucho de la mentalidad y ya me estoy saliendo otra vez del físico [*Iván, 16 años, heterosexual*]”.

El cuerpo se convierte en una figura de las condiciones sociales en que se desenvuelve el sujeto, pero además de su origen étnico, racial o nacional. Bajo esa lógica, la apariencia corporal desempeña un papel relevante en la definición que los jóvenes establecen acerca de los cuerpos considerados masculinos. La idea de apariencia no sólo remite a los atuendos y la higiene, sino también a cómo se aprecia el cuerpo y sus rasgos como signo de valores, vehículo de representaciones e imágenes que, vía la objetivación de los valores, son signos que enuncian el sexismo, el racismo y la discriminación; evidencias que explican cómo los grupos sociales viven su relación con el cuerpo y con la diferencia (Le Breton, 1994).

El cuerpo expresa signos de lo considerado saludable y en ese sentido las afecciones o las enfermedades, cuando se entienden como prácticas sociales dado que las afecciones se convierten en una propiedad personal, nos llevan a entender de qué modo la presentación social del cuerpo es relevante bajo ciertos patrones de lo estético y lo saludable (Turner, 1989). Al respecto, Iván señala: “Todos creen que un hombre musculoso es un hombre sano y nunca se han puesto a pensar en todo lo que se mete, todo lo que come, todo eso. En cambio, si te ven así todo desnutrido, pues no das buena imagen, ni siquiera desnudo”. Aún más, podemos apreciar el cuerpo y su presentación como una metáfora de lo social (Douglas, 1970): “No es lo mismo que tenga el cuerpo de un actor, que tiene el cuerpo bien cuidado, a algún tipo de África o de aquí de México que no coma bien [*Pablo, 16 años, heterosexual*]”.

Más de uno de los jóvenes admite haber padecido discriminación en el contexto del cortejo y la socialización con las jóvenes y con sus pares, sin embargo, no son conscientes de estos hechos. En particular, Pedro cuenta que padeció la experiencia por no contar con los atributos físicos valorados socialmente y en pugna con las cualidades que se consideran como positivas. Narra que fue en la secundaria cuando andaba tras de una chica –lo traía “loquito”, reconoce– y a diario le escribía un poema o una carta, o le recitaba algo, trataba de acercarse a ella, ganar su interés y afecto. Estuvo así como un mes y medio, todo iba desarrollándose

de acuerdo a sus deseos, pero de repente apareció un chico nuevo en su salón: “[...] era un tipo güero, ojos azules, todavía traía su cabello largo porque venía de una escuela particular, así que el primer día llegó con su cabello largo. Entonces llegó así súper reluciente, súper príncipe azul, y ahí la perdí, la perdí, jamás se hizo nada con ella. Como a las dos semanas ya eran novios [*Pedro, 17 años, heterosexual*]”.

Como se infiere, los argumentos discriminatorios sobre sus cuerpos y su apariencia están latentes en el relato. Otra declaración ilustrativa es la de Iván, el cual llega a creer que es egocéntrico porque se gusta cada que se mira en el espejo, no obstante su vanidad, piensa que su cuerpo tiene defectos. Se le conmina a que explique a qué se refiere cuando habla de “defectos” y con cierta timidez señala: “pues por ejemplo la nariz, que muchas veces no me gusta cómo se ve. Una vez pensé en la pigmentación de la piel, pero veo que no [que no es un defecto]”. Al final reconoce que “los defectos los hace la cabeza”.

Uno de los problemas que Pedro padecía con su cuerpo era que estaba gordo, su estado era un impedimento para relacionarse con las jóvenes y cuenta: “luego también las chicas, así como que ‘ay el gordito, el amiguito’”. Señala que fue creciendo y llegó un tiempo en que no sólo quería ser el “amiguito”, insinuando que deseaba entablar otro tipo de vínculo con ellas, admite que en realidad “era rechazado por las chavas” por su complejión física. En ese mismo sentido, Andrés indica que “un trauma que siempre he tenido es estar gordo” y por eso se preocupa por ejercitar su cuerpo y mantenerlo “bien”. Los cuerpos obesos no sólo sufren límites sociales en el plano de las relaciones con las mujeres, sino que también dichos cuerpos se convierten en objeto de las burlas y agresiones de sus pares. Andrés cuenta que ha tenido amigos gordos que suelen convertirse en víctimas de las bromas de sus amigos. Pero más allá de esas experiencias la posibilidad y necesidad de vincularse con las chicas actúa como elemento social que estimula prácticas y preocupaciones sobre el cuerpo y su presentación: “Sé que la razón por la que lo hizo [bajar de peso] mi hermano, fue porque empezó a tener novia, así como que intentó darle mejor... no sé un aspecto físico, para que se sintiera bien ella [*Andrés, 18 años, heterosexual*]”.

Si para algunos jóvenes sus cuerpos les generan inquietudes de cara al cortejo, para otros el malestar vislumbra acciones extremas. Ruy reconoce que si pudiera cambiar algo serían sus piernas, porque son muy cortas y le hacen sentirse extraño. Recuerda que durante

su niñez fue víctima de burlas y ataques de sus amigos por su estatura y hasta él se mofó de sí mismo. No poseer la estatura apropiada también significa una dificultad en los juegos rudos que dominan la socialización masculina, pero Ruy cree que esas formas de convivencia no son importantes por lo que prefiere la compañía y la amistad de las chicas. Para él es más agradable la “expresión corporal de las mujeres”, en cambio –opina– los varones “llegan de encimados, se recargan en uno y como que hay que decirles ‘espérate tantito’. Tal vez están jugando, pero son juegos bastante pesados que con una chava no se daría”.

Para los jóvenes tener un cuerpo apropiado es muy importante en las relaciones con sus pares, pero es sobre todo de cara a la creación de vínculos con las mujeres donde cobran mayor relevancia. Ese alcance explica por qué para algunos es importante el logro de cuerpos atractivos, identificados como seductores y valorados por las mujeres y que suponen ventajas en la conquista: “Es más fácil que una chava de vista escoja a alguien, así como le gusta, así como dije hace rato, alto y con su cuerpo musculoso”, admite Pedro. Su evidencia es el rechazo sufrido, lo que derivó en la preocupación por su constitución física y hoy, “aunque no hace ejercicios”, práctica natación, lo cual le es satisfactorio sobre todo cuando ve “cómo va creciendo su cuerpo, sus músculos y todo eso”.

Pedro marca el ingreso a la secundaria como el umbral en el que inicia la inquietud por el aspecto estético de sus cuerpos. Cree que es cuando ocurre un “golpe fuerte” en cuanto al crecimiento del hombre y la mujer, porque empiezan a “descubrir el sexo opuesto” y tratan de “tener las mayores características que las chicas desean”. Indica que sus amigas buscan “que sean hombres altos, espaldas anchas, fuertes, con músculos”. Andrés también tiene muy claro lo que implica tener un cuerpo acorde al gusto de las mujeres, ya que el primer contacto es físico y de eso depende que se pueda establecer una relación: “las mujeres te juzgan por cómo te ven. Si no le gustas a una chava no te habla por tu aspecto físico. Me ha pasado cuando voy a una fiesta, saco a bailar a una chava que está guapa y a veces no quiere, pero llega un tipo que está un poco más guapo que yo y con él sí acepta bailar”.

Otros jóvenes asumen una posición crítica sobre la importancia y el “prestigio social” de los cuerpos considerados atractivos. Eddy, por ejemplo, no está de acuerdo con esa imagen y el valor social de los cuerpos atléticos, porque le parecen “burdas y vacías y llevan al racismo”. Cree que cuando alguien busca esos cuerpos el interés no está en el “calor o el

sentimiento” de la persona, sino “que tenga los ojos azules, que esté fuerte y alto”. Cuando se le consulta si cree que otros jóvenes se preocupan por ese prototipo, alude:

Sí se preocupan mucho por su cuerpo, por tener la nariz respingadita, por tener un cuerpo atlético y por estar “x” ¿no? En cambio, hay otros que no, que se sienten bien como son y viven su día al máximo con lo que tienen, con lo que les gusta ser y no se están preocupando por el chino, el ojo o la barriga. Eso me gusta más a mí, que sean así al natural como son [Eddy, 19 años, heterosexual].

“Verbo mata carita”, el dilema de preocuparse por el cuerpo o tener la capacidad discursiva para convencer e impresionar a una chica. Es una clara expresión que encuentra su símil en las dicotomías cuerpo/mente, placer/amor, sexo/hacer el amor o discurso/estética. Dicotomías que articulan muchas experiencias y visiones de los jóvenes sobre lo corporal y que indica la visión cultural entre el exterior e interior del cuerpo; a la vez, es otra versión del dilema entre lo material y lo cualitativo. Escuché una primera insinuación de esta idea con Iván, el segundo entrevistado, cuando señaló que “la vista mata” y que a menudo se cree que “algo que te atrae de vista es lo que realmente es”. Pero advierte: “hay muchos hombres que son así físicamente, e internamente son otras personas, el físico no te define algo”.

Andrés es más explícito al considerar que quienes otorgan relevancia a las palabras pueden llevar una mejor relación de pareja, es decir, está de acuerdo en que “verbo mata carita”. El discurso para los jóvenes encierra una apreciación cualitativa, un valor positivo, porque quienes tienen “una mejor forma de expresión tienen mejores pensamientos que uno que solamente se preocupa por su cuerpo”. Él encuentra una salida salomónica al dilema: “Trato de conjugarlo, un buen cuerpo con unas buenas palabras, un buen pensamiento”. E insiste en que es necesario conjugar ambos elementos, pues si no aprenden hacerlo “nunca van a poder tener una buena relación”, por eso ante la preocupación que le genera mantener su cuerpo en buenas condiciones practica la danza *capoeira*¹⁹.

¹⁹ La Capoeira es un tipo de arte marcial, aunque como expresión cultural encierra otras facetas: la musical y de expresión corporal, la oral/lingüística y la tradicional, en el que la música marca los modos de un juego entre dos oponentes con el propósito de manifestar tanto habilidades rítmicas como de lucha. Un análisis sobre la capoeira y el cuerpo puede encontrarse en el artículo de J. Lowell Lewis (1995).

Pedro admite que antes aplicaba la máxima “verbo mata carita”, cuando era “gordito” y lo rechazaban. A él le gusta leer poesía y cuentos, entonces cuando buscaba conquistar a una chica su estrategia era narrarles un cuento o recitarles una poesía, táctica que funcionaba porque lograba conquistarlas. Ofrece una valoración sobre el “verbo”, en el que para él hay uno que vale la pena y otro que no tiene ningún significado, ni ningún valor cultural, porque debe ser algo que realmente le guste a la chica: “algo profundo”. Lo que importa es también la conjugación de ambos elementos y la prueba es su interés por tener un cuerpo saludable y estético. Es decir, para otros jóvenes no sólo lo cualitativo es importante, sino también ser físicamente atractivo y ello se muestra en la práctica deportiva, una de las formas primarias para intervenir sobre el cuerpo y como uno de los dispositivos favoritos para producir los cuerpos deseables (Fuller, 2001)²⁰.

El dilema por las cualidades versus lo físico planteado por los jóvenes deriva del valor social que tienen ciertos cuerpos masculinos para las mujeres, es decir, procede del interés que expresan respecto a los ideales estéticos. Mediante las conversaciones, así como por las imágenes que circulan en diversos dispositivos de información, los jóvenes construyen sus apreciaciones sobre lo que es atractivo para ellas. Aunque hay oposiciones críticas a tales patrones, admiten que son centrales, porque han experimentado el rechazo ante el valor que tienen tales cuerpos. Ruy comparte su tiempo básicamente con amigas, las escucha decir que desean un hombre “alto, moreno, o realmente de tez clara, ojos claros, que tenga un cuerpo bien torneado, músculos marcados y piernas largas”. Aunque algunos enfatizan más algún aspecto físico, coinciden al decir que ellas desean cuerpos musculosos o atléticos en primer término y en segundo lugar se fijan en las cualidades; o incluso para algunos jóvenes definitivamente las cualidades no son importantes. Este valor se contempla como un cambio histórico en los términos de las relaciones de pareja e indica también la irrelevancia que han

²⁰ El deporte se ha convertido en uno de los recursos favoritos en la definición de la masculinidad dentro de la cultura de masas, lo cual incluye desde patrones de desarrollo y uso del cuerpo hasta la comercialización del deporte como un fenómeno de relaciones de género y clase (Messner, 1989; Messner, Darnell y Dunbar, 1999; Sabo, Miller, Melnick, Farrel y Barnes, 2002; Connel, 2000). Estos estudios hacen patente la importancia del deporte como prácticas corporales que abordan, clasifican, controlan, pero también modifican los cuerpos, a escala institucional y personal y referente al “deporte formal”. El ámbito escolar es otro de los espacios institucionales importantes para las prácticas corporales y los arreglos de género (Connel, 1997; Messner, 1997; Drummond 2003; Swain, 2003). Drummond (2003) muestra, por ejemplo, la percepción positiva de la identidad corporal que tienen los jóvenes estudiantes que cuentan con habilidades en el deporte o en la actividad física.

llegado a tener las cualidades, que han quedado subordinadas –según ellos– a un interés estrictamente estético. David afirma que las chicas se fijan en lo físico y si uno está “jodido” físicamente “ya valió, así tenga los sentimientos más bonitos del mundo no se va a poder”. Ejemplifica la importancia de lo físico a partir de lo sucedido a un amigo:

Un cuate quería con una chava, estaba medio feito [risas], entonces ella no quería y él le decía y le decía, le rogaba y no quería. Entonces otro de mis ‘brothers’ fue con ella y a la primera le dijo que sí, lógicamente porque estaba más guapo. El chavo éste pues no le hablaba a ella y el otro hablaba con ella antes de decirle, a diario le decía. Ahora sí que... si las mujeres se fijaran en lo sentimental, creo que sería un sueño de hombre, la verdad sí. Porque la verdad el chavo era a toda madre, el otro güey también era chido, pero creo que si al sentimiento se refiere el primero era de muchos mejores sentimientos que el otro. Pero la mujer lo prefirió por ser el más atractivo [*David, 17 años, heterosexual*].

La historia de David refleja de manera convincente las apreciaciones que los jóvenes tienen sobre el valor que las mujeres otorgan a los cuerpos masculinos atractivos. Reitera también la distinción entre la presentación física y la importancia de las cualidades y capacidades argumentativas en la funcionalidad de las relaciones de pareja. Se admite una clara dicotomía en la que se relaciona lo corporal con lo negativo y lo cualitativo con lo moralmente valioso. En otra línea, algunos jóvenes descubren una salida salomónica al dilema manifestando interés por el aspecto físico, pero también por las cualidades. Otros resaltan cualidades como la confianza y el respeto como lo único importante en las relaciones de pareja.

Pero también ciertos jóvenes encuentran ambigüedades en el gusto y las posiciones que sus compañeras muestran por los cuerpos masculinos considerados ideales o atractivos. Andrés refiere que sus amigas admiran actores que se caracterizan por su musculatura, pero también sienten atracción por artistas que en absoluto tienen una constitución física similar a la que dicen preferir: “pero que por el contrario también deliran por ellos”. Sin embargo, para Andrés es claro que se trata de personajes (cuerpos) populares, famosos y exitosos y que por su posición social se convierten en la fantasía o el sueño de las jóvenes.

¿Por qué ellas prefieren cuerpos atractivos? Las respuestas explican la importancia que tiene para las mujeres desde la óptica de los hombres, relacionarse con cuerpos ajustados

al ideal. Lejos del valor social también argumentan que el primer contacto que establecen hombres y mujeres es visual, donde lo físico es inmediato y bajo esa impresión no es posible decir que a primera vista sean las cualidades lo relevante, porque no se puede establecer de manera inmediata, sino hasta que transcurrió el tiempo o se llegó a conocer a la persona. Eddy lo explica aludiendo al slogan de un comercial: “Muchas mujeres dicen ‘lo primero en lo que me fijo es en sus ojos’, pero como en el comercial, lo primero que le ven a un chavo son las pompas, si está fuerte o si está marcado”. Si bien reconocen que “en algunas ocasiones también se fijan en su conversación, su forma de ser”. Sin embargo, para él las mujeres establecen una especie de competencia, donde la que tenga o consiga un cuerpo masculino ideal se siente privilegiada: “yo creo que para presumir [risas], creo que la peor enemiga de una de mujer es otra mujer y entonces si tienen un chavo guapo, galán, fuerte y con carro, cosas así, se van a sentir superiores a su amiga [Eddy, 19 años, heterosexual]”.

Otros concuerdan con esta perspectiva, Ruy expresa que “puede ser un modo de presunción” y explica el contexto posible en que resaltan esa vanidad: “llegar con sus amigos o con sus amigas a una fiesta e ir presumiendo al galán, por un lado ¿no? ‘Miren bola de tontos, miren el cuerpo que yo traigo aquí a mi lado’, pero pues igual realmente no lo quiere o no lo aprecia”. Considera que ellas admiran lo físico y la estética, pero no hay algo que realmente les atraiga, como la simpatía o la manera de pensar, es decir, coloca a las cualidades como valores positivos. David particularmente no sólo alude a la importancia social y la envidia que provoca entre las mujeres ese tipo de físico, sino también que es satisfactorio porque demuestran su belleza femenina, su potencial para conquistar cuerpos *deseables* y (*posibles* de ser) admirados socialmente.

4.4 “La tele es nuestra nana”: cuerpo y cultura del consumo

En la cultura contemporánea el cuerpo es central en la lógica productiva y consumista (Turner, 1989, 1991), en la que se estimula la adopción de estrategias para revertir el deterioro corporal y el cuerpo actúa como vehículo de placer y símbolo de identidad (Featherstone, 1991). Esta tendencia se observa en la circulación de imágenes de cuerpos estilizados proveídos básicamente a través de los dispositivos mediáticos y que enfatizan la apariencia

como valor de identidad y signo social. Shilling (1993) admite que el cuerpo ha llegado a ser para algunos un proyecto, en el que se asume que la apariencia está potencialmente abierta a la reconstrucción de acuerdo con los deseos de las propias personas, lo que implica el reconocimiento práctico de su importancia visto tanto como recurso personal y como símbolo social²¹. Bajo tal lógica se comprende la importancia que tiene para algunos jóvenes la apariencia del cuerpo en la socialización y en el establecimiento de relaciones sociales.

Las imágenes que consumen los jóvenes transitan ambigualmente en un interés centrado en el cuerpo por una necesidad estética al mismo tiempo que expresan preocupación por la salud, donde algunas de estas ideas están definidas e influenciadas por los medios de comunicación, internet, las revistas y la televisión. Sus percepciones sobre lo atractivo para las jóvenes ejercen su influencia en la toma de decisiones o generan ansiedad por el aspecto corporal. Una de las cuestiones relevantes en estos discursos y mensajes sobre “el cuerpo de los hombres *“como cuerpos”* es precisamente el hecho de haber pasado de una relativa invisibilidad en los medios a una hipervisibilidad en los últimos años proponiendo una definición de los hombres por medio de sus cuerpos (Gill, Henwood y Mclean, 2005: 39).

Cuando Andrés cursaba el sexto grado de primaria empezó a preocuparse por su cuerpo, porque fue en ese momento cuando empezó a interesarse por las niñas. Por aquel entonces estaba “un poco gordito” y notó que su aspecto físico le impedía acercarse a ellas, por lo que su estrategia fue usar ropa “más aguada tratando de ocultar esa pancita”. Recuerda que en la secundaria incrementó su deseo por tener novia, pero también veía el desempeño de sus amigos en los deportes y a él no le gustaba ser “un poquito el tonto de su grupo”, por eso empezó a jugar baloncesto e incluso admite que hubo momentos de depresión. Desde esa época empezó a ejercitarse hasta adelgazar, cuidando desde entonces su aspecto físico y el

²¹ Giddens (2000: 38-39) afirma que una de las cuestiones que caracteriza a nuestras sociedades es la constante reflexividad sobre el yo, en la que el cuerpo, al igual que la sexualidad y el ego, se ven intervenidos. Basado en Foucault, señala que los poderes administrativos de la sociedad moderna han llegado a colocar la responsabilidad sobre el desarrollo y la apariencia del cuerpo en manos del sujeto. El caso más emblemático está marcado por la introducción de la dieta, “como ciencia de la nutrición”, en donde “lo que el individuo come, incluso el más privado de los medios materiales, se convierte en una cuestión influida por la reflexión sobre la selección dietética”. Sobre el surgimiento de las técnicas dietéticas véase Turner (1982), “The Government of the Body: Medical Regimens and the Rationalization of diet”, *The British Journal of Sociology*, vol. XXXIII, núm., 2, pp. 254-269.

subir de peso se convirtió en una de sus mayores preocupaciones. Se le cuestiona sobre cómo supo que tener un cuerpo determinado era importante:

De hecho, fue la televisión. Por ejemplo, cuando uno es un niño siempre piensa en sus héroes favoritos, Superman, Spiderman, y tú llegas a ver cómo sus cuerpos están bien formados y a veces te pones como meta llegar a tener un cuerpo así, tal vez para llegar a parecerte a ellos; también las luchas, o sea, muchas cosas que la verdad sí influyen. Ya después empiezas a ver un programa sobre relaciones entre hombres y mujeres y te empiezas a dar cuenta que a veces tu cuerpo te ayuda bastante [*Andrés, 18 años, heterosexual*].

La historia expone algunos de los momentos y razones que llevan a ciertos jóvenes a mostrar interés por la presentación y el desempeño de sus cuerpos asociados a ciertas nociones de masculinidad, identifica los dispositivos mediáticos que ofrecen mensajes, íconos y valores en torno a estándares de belleza de los cuerpos masculinos y su valor en la vida social y reconoce el contexto escolar como espacios de control, clasificación y disciplinamiento del cuerpo²². La historia ofrece también diversas pautas sobre el cuerpo: *a)* la idea de cuerpo masculino producto del consumo de imágenes sobre los superhéroes; *b)* el cuerpo y el poder asociados con la lucha libre, que exalta la fortaleza masculina mediante el despliegue de los recursos físicos y; *c)* el valor social que adquieren ciertos cuerpos masculinos en la conquista, nutridos por la televisión y el cine en cuyos contenidos a menudo tienen como protagonistas a hombres y mujeres heterosexuales que cumplen con los patrones estéticos.

Las pautas corporales que ofrecen los medios son destacadas en la noción acerca de los cuerpos masculinos que relata Pablo, su idea es que a partir de su presentación es cómo se clasifican a las personas, es decir, además de una masculinidad específica poseen una definición de clase:

²² Sobre los cuerpos masculinos y los superhéroes véase, por ejemplo, Thomas (1999), “Last Laughs. Batman, Masculinity, and Technology of Abjection” y Brown (2002), “The Tortures of Mel Gibson. Masochism and the Sexy Male Body”. Ambos textos destacan las imágenes y significados de género que los héroes modernos proveen, que refuerzan, instituyen e imponen una masculinidad normativa y heterosexual.

Pues digamos que sí tiene que ver mucho [el cuerpo], porque ahora sí que como te ven es como te catalogan ¿verdad? Porque si ves a alguien con un buen cuerpo, que está bien cuidado, tú vas a decir ‘este joven trabaja de actor o de cualquier otro tipo de cosas, o sea, un buen trabajo’. En cambio, si ves a alguien gordo y así todo desparramado, pues ¿qué es lo que vas a decir? ‘Este hombre ni siquiera se cuida y qué trabajo le puede esperar’ ¿verdad? [Pablo, 16 años, heterosexual]²³.

Estas imágenes culturales ofrecidas por los medios se encuentran claramente asociadas a la vez con la idea del cuidado corporal o la salud. Eddy describe y argumenta la importancia y los factores que mediante la cultura del consumo intervienen para construir los patrones estéticos sobre los cuerpos masculinos que algunos de sus amigos se empeñan en lograr. La mercantilización juega, a decir de Eddy, un papel importante en la preocupación que algunos tienen sobre su cuerpo, debido a “la publicidad que se le da a ese tipo de cuerpo”, es decir, mediante el bombardeo semiótico de comerciales que ofrecen productos y alternativas para bajar de peso la televisión se convierte en “nuestra nana” porque terminan “creyendo lo que te dicen y empiezas a actuar”, según él.

Eddy identifica la intencionalidad que subyace a esos mensajes, indicando que la idea “prácticamente es: si tú quieres estar sano tienes que estar así, porque si no, no eres una persona sana y estás mal, estás enfermo y te vas a morir”. En efecto, estos mensajes encierran la idea de traspasarle la responsabilidad de la salud únicamente a los sujetos, considerando al cuerpo una máquina que requiere mantenimiento personal para rendir apropiadamente junto con la posibilidad de disfrutar de una larga vida (Featherstone, 1991). Para Eddy estas ideas transmitidas implican jugar con la salud, puesto que la publicidad se basa en la idea de

²³ El trabajo académico sobre los medios de comunicación, sus imágenes y mensajes generizados se han documentado sobre las mujeres, pero hay un incremento creciente de las versiones de masculinidad y los prototipos de cuerpo que proveen los medios (Craig, 1991). Estos trabajos han documentado los cambios en las percepciones sobre el cuerpo en los y las jóvenes (Storvoll, Strandbu y Wichstrøm, 2005), la satisfacción e insatisfacción con la apariencia corporal y los problemas de salud que se generan, como los desórdenes alimenticios, ansiedad, depresión entre otros malestares (Gila, Castro, Cesena y Toro, 2005; Levine y Piran, 2004; Peixoto, 2002). También se han analizado las imágenes idealizadas que proveen los medios de los cuerpos masculinos y femeninos y su impacto (Hargreaves y Tiggemann, 2004; Humphreys y Paxton, 2004; Smolak, 2004), la “modificación” del cuerpo por medio de tatuajes, la perforación y las marcas, que se utilizan como medio de expresión de la identidad (Brooks, Woods, Knight, y Shrier, 2003), entre otras cuestiones. Véase también Grogan y Richards (2002), Fawkner y McMurray (2002) y Drummond (2002).

que únicamente comprando los productos ofrecidos se podrá disfrutar del cuerpo perfecto y de salud²⁴. Admite, sin embargo, que las propias limitaciones económicas impiden el acceso a los productos: “Aunque no puedas comprar todos los medicamentos, pero sí empiezas a tratar de verte como el que anuncia los medicamentos. Por eso creo que algunos actúan así, hasta creo que yo he actuado así, pero no estoy de acuerdo [*Eddy, 19 años, heterosexual*]”.

En efecto, pese al insistente consumo de mensajes que exaltan la importancia social de los cuerpos atléticos en los varones, la imposibilidad real para lograrlos es otro de los aspectos en juego en la toma de decisiones para quienes asumen sus cuerpos como proyecto. Como Juan, que cuenta que no se siente a gusto con su nariz y por eso tiene pensado que en cuanto trabaje y tenga los suficientes recursos económicos se hará una cirugía para modificar sus facciones. Señala además que el medio por el que aprendió cuáles cuerpos eran atractivos fue a través de la televisión y las revistas en los que presentan artistas con “supercuerpazos” y generan el deseo de tenerlos. De hecho, ha comprado muchos de estos productos: “Te prometen el cielo y las estrellas, que si tomas ese producto te vas a poner como ellos, y pues tú en tu búsqueda de tener el cuerpo perfecto lo haces ¿no? lo compras. Y a veces no sirven, nada más de engaño sirven [*Juan, 19 años, homosexual*]”.

Sin embargo, el deseo de lograr los cuerpos deseables algunas veces se estrella con la realidad y se generan decepciones, además de riesgos. Juan insiste en que los productos son falsos porque, aunque se cumplen las indicaciones, al final no se obtiene lo que ofrecen. Reconoce con cierto enfado que es “una cuestión de metabolismo”, si bien también afirma que hay artículos que funcionan, pero al poco tiempo sobreviene lo que denomina “el rebote”: “por ejemplo, compré un producto, ‘*Stardiet*’, y bajé muchísimo de peso, pero luego lo dejé

²⁴ Una de las expresiones que identifica un cambio cultural con relación al tratamiento mediático de los cuerpos de los hombres y su importancia, es la proliferación de revistas dedicadas a la salud, el deporte y la “belleza masculina” (Peixoto, 2002). Los mensajes que proveen –como se observa en el testimonio– contribuyen a configurar ciertas nociones de masculinidad. Stibbe (2004) ha realizado un interesante análisis sobre el concepto de “men’s health” que ha tenido un gradual desarrollo desde hace algunos años; en su trabajo “Health and Social Construction of Masculinity in *Men’s Health* Magazine”, analiza críticamente y revela los supuestos ideológicos sobre los cuales se basan los discursos de dichas revistas en aras de reproducir un tipo de masculinidad hegemónica. Estos discursos en la actualidad no están ausentes en nuestros contextos. También véase “Ironic Discourse. Evasive Masculinity in Men’s Lifestyle Magazines” de Bethan Benwell (2004) y “Body Image. Focus Groups with Boys and Men” de Sarah Grogan y Helen Richards (2002).

de tomar y reboté horrible”. Estos relatos permiten reconocer el contexto social en el que ocurre el consumo de imágenes y discursos que inculcan ciertos patrones estéticos.

Es clara la preocupación que genera en los jóvenes estos discursos, de hecho, los propios pares se convierten en ocasiones en censores de los patrones que promueven, como revela Ruy cuando se le pregunta sobre las razones que llevan al cuerpo a ser un tópico de conversación: “Porque se da el tema, por ejemplo, así de que me siento mal o algo así, ‘no pues es porque a lo mejor estas muy gordo’, ‘ay no cómo crees’, ‘no pues sí porque yo he leído que así y así’. Entonces, que me puede traer repercusiones y no sé cuánto. Entonces sale, así como temas esporádicos”. Lo importante es precisamente la ambigüedad de los mensajes, pues la preocupación por lo estético y el consecuente estado de ánimo en Ruy lleva a sus amigas a echar mano de recursos justificatorios sobre la salud.

En realidad, la queja de Ruy no es por el malestar físico más bien su inquietud deriva de una preocupación por el aspecto estético. En efecto, el joven señala que algunas veces sí habla de su cuerpo y su arreglo personal, sobre cómo se vería con el cabello corto o cuando les dice a sus amigas “ay me siento mal voy a hacer mucho ejercicio para adelgazar”. Aunque reprueba la preocupación de las personas sobre el aspecto físico considerando que lo relevante es la salud: “para mí una persona que se está preocupando todavía por sí mismo y ‘ay me veo muy gordo, voy a adelgazar para lucir bien entre las personas’, a mí lo que me podría reflejar una persona así es inseguridad”.

López y Veléz (2000) en un trabajo sobre la corporalidad masculina y femenina en una escuela urbana, señalan que la idea de “ser fuerte” en el hombre lo condena también al cuidado de su apariencia, pero como un “ser para el otro”, para la mirada ajena, convocando bajo tal ética un olvido de sí. Contra ello, la versión de Ruy sobre un cuidado estético del cuerpo y su apariencia conlleva una valoración negativa al resaltar los valores morales y la ética por encima de cualquier aspecto físico que tenga como objetivo la aceptación social.

Cuando las jóvenes se apropian de las representaciones vertidas por los medios sobre los cuerpos masculinos ideales reconocidos como lo deseable para ellas, los lleva a tomar “decisiones” como reconoce Andrés. Él explica que escucha que sus amigas desean “a Vann Damme y a Arnold Schwarzenegger y sus cuerpezazos” y opina que son importantes esos tipos de físicos, pero también reconoce el carácter social de los gustos: “porque desde chico

nos inculcan eso, que tiene que ser guapo y es también lo que te lleva a tomar decisiones en la vida: a buscar una novia guapa, un novio que esté fuerte, una novia que esté muy bonita, que esté muy bien dotada”. No obstante, por estos gustos también se muestra ambigüedad: “Pero también ves variación cuando hablan de un artista, porque hay artistas que no tienen muy buenos cuerpos. Una de mis amigas les gusta uno de los de ‘Sin bandera’ y esos chavos no tienen un cuerpo escultural como Vann Damme, pero sin embargo también deliran por ellos. Por eso te digo que el pensamiento es muy fuerte [*Andrés, 18 años, heterosexual*]”.

Existe una amplia discusión sobre la capacidad de poder de los medios, y por ende de su capacidad de imponer sus versiones de la realidad a la audiencia, o si, por el contrario, éstas son las que se imponen a los medios (Curran, 1998). Desde los estudios feministas, McRobbie (1998) señala que de lo que se trata en la actualidad es más bien es de comprender la compleja interrelación entre la producción de significados por los medios y las formas divergentes debido a las cuales los consumidores se apropian de tales sentidos. Una muestra perceptible la componen precisamente las ideas que sobre lo corporal les llega a las y los jóvenes, que son relevantes para su definición de los patrones corporales masculinos, pero que son resignificados o apropiados a partir tanto de las posibilidades materiales como de las actitudes críticas o los recursos cognitivos.

Podríamos preguntarnos finalmente cuál es la conexión entre el consumo de imágenes sobre el cuerpo y la sexualidad. En principio es clara la preocupación de los jóvenes por la presentación de sus cuerpos de cara a la conquista, hetero u homosexual. Se refiere también en algunos la búsqueda del cuerpo ideal a través del deporte, los suplementos alimenticios u otras alternativas. Al grado que, situados en el contexto de posibilidades materiales, la modificación mediante la cirugía se presenta como una alternativa a las inquietudes estéticas. Todo ello en aras de conseguir y lograr el cuerpo atractivo para la otra o el otro y en la búsqueda de establecer relaciones personales duraderas.

Dentro del consumo de imágenes corporales la pornografía ocupa un lugar relevante en el aprendizaje y el desempeño sexual de los jóvenes. Algunas concepciones del placer, las prácticas y el desempeño corporal derivan precisamente de esta alternativa de aprendizaje sobre la sexualidad; es decir, si se amplía el abanico sobre la cultura del consumo y el cuerpo, la apariencia, conservación o modificación, la pornografía propone ideas del desempeño

corporal y el placer en las relaciones sexuales. Sin embargo, otros agentes sociales, como los pares, también se convierten en inculcadores efectivos sobre lo sexual y el papel del cuerpo, aunque también expuestos tales discursos a la crítica, la censura o la resignificación.

4.5 Sobre los “mapas” del placer: cuerpo y saberes sexuales

Buena parte de la investigación sobre sexualidad se ha concentrado en identificar las fuentes de información y los entornos mediante los cuales los jóvenes construyen sus conocimientos sobre sexualidad, las características de dichos mensajes y la conexión entre conocimientos y las alternativas de protección ante las ITS o los embarazos no deseados (Montejo, 2000; Tuñón, Ayús y Montejo, 2004). Pese a ello, escasamente se ha prestado atención al cuerpo y su lugar en la socialización de saberes sexuales, es decir, a los discursos través de las cuales se ofrecen patrones e ideas sobre el cuerpo, su “desempeño” e importancia como “recurso” de cara a las prácticas sexuales, así como el hecho de que el cuerpo, en tanto agente y objeto social, se vuelve centro de inculcación, el propósito de los controles sociales –a través del sistema heterosexual normativo– y medio de aprehensión de conocimientos sexuales.

El cuerpo se convierte en los varones en centro de inculcación de ciertos saberes sobre lo sexual y sobre lo que deben expresar los cuerpos en medio de las prácticas sexuales. Es a partir de la apropiación de estos saberes como se construyen ideas sobre la sexualidad en general. El relajó, la burla o el albur son algunos de los entornos sociales en los que emerge el cuerpo como centro de atención y alusión intensamente imbuidas de significados sexuales. Estos contextos permiten la transmisión de conocimientos en el que los interlocutores de manera involuntaria se tornan en actores efectivos en la inculcación de saberes sexuales.

A Pedro se le pregunta en qué circunstancias hace referencia a cuestiones relativas a su cuerpo, señala que emerge como centro de atención en las bromas con sus amigos: “yo lo tengo más grande, yo lo tengo más grande y el mío llega de aquí a España o sea puras tonterías así en cuanto al pene, nada más”. Estas alusiones sexuales al cuerpo son una suerte de competencia simbólica que busca “que el que la tenga más grande es más hombre o va a hacer gozar más a las mujeres o más atractivo es para las mujeres entre más dure la erección”. Según él estos diálogos reflejan inseguridad bajo una educación transmitida de generación

en generación: “que nos han venido dejando tus hermanos mayores, primos mayores, tíos, padres, abuelos”.

La pugna por demostrar la hombría como él la cataloga, se incrementa a niveles fantásticos: “la mía le da la vuelta al sistema solar o no es que traiga lonjas es que la traigo enredada, cosas así”. Conversaciones en las que las mujeres también participan por la libertad que encuentran en el contexto escolar para hablar de temas sexuales y que en algunos casos ellas ponen en entredicho las aparentes verdades que cada uno de los varones suelta como contraargumento. Una chica dice, por ejemplo: “ah sí? No te creo, es tu celular, no te creo”. Al punto que la insistencia de la joven en la demostración de los atributos sexuales del otro puede potencialmente derivar en una insinuación: “si una chava dice ‘a ver demuéstremelo’, es porque realmente quiere algo”.

El alcance de estos momentos radica en que hace posible la construcción de imaginarios que, en el ámbito de la realidad, lejos de la representación metafórica usada como argumento para vencer al oponente, recrean de algún modo las prácticas sexuales. La importancia del tamaño del miembro, por ejemplo, es una de estas representaciones que emergen en los discursos de los jóvenes sobre las prácticas sexuales y el placer. Además del tamaño, el tiempo que dure la erección es también importante en el desempeño sexual ya sea para otorgarle placer a la pareja o para una buena referencia de su desempeño sexual.

David coincide que se habla del cuerpo sólo en broma: “en guasa”, “regularmente es mucho albur”. Referencias que tienen que ver también con claras alusiones al acto sexual e inmersa la discusión en una disputa masculina que busca poner al adversario en una aparente desventaja de tipo sexual. La interpretación de David es que se busca ofender, pero en un intento de reafirmar los lazos de amistad y argumenta sobre las diferencias de significado que adquieren las mismas frases cuando se utilizan fuera de ese contexto: “cuando estás enojado con alguien pues las utilizas para ofender, pero entre amigos es curioso porque se utilizan exactamente las misma frases, pero es para echar cotorreo, para reírte un rato”.

El hecho de que esos momentos tomen como objeto y tema al cuerpo en su aspecto sexual se explica, según Andrés, por la naturaleza: “porque nosotros finalmente somos animales, animales evolucionados, animales con la capacidad de razonar, entre comillas. Nosotros simplemente recurrimos al instinto ¿no? al instinto sexual al hacer referencias a

eso”. Esta alusión al cuerpo como se ha dicho está visiblemente cargada de significados y sentidos sexuales mediante frases como “cómete ésta”, “siéntate” o a través de la búsqueda y el encuentro de defectos corporales con un contenido sexual:

Creo que se alude al cuerpo básicamente por encontrarle defectos al otro, algo que te haga reír. Buscas alguna manera de hacerte reír y de hacer reír a los demás. Posteriormente él buscará otro defecto de ti, lo sacará a relucir ¿no? aunque sea hipotético. Porque le puedes decir a un guey ‘mira la tienes chiquita’, pero nunca la has visto [*David, 17 años, heterosexual*].

Otros “defectos” que se mencionan buscan otorgarle al oponente el carácter de homosexual, mediante la adjudicación de una posición pasiva en un encuentro sexual imaginario que ocurre entre ellos: “tienes el hoyo grande, me das tu cola, mámame la verga, no sé, cuestiones así”²⁵. Sin embargo, cuando en estas discusiones intervienen las mujeres el vencido queda más ofendido, “porque es una mujer” la que lo ha rendido y la pérdida simbólica parece ser más real; es decir, por el hecho de ser mujer y por tratarse de una discusión sexual, se le otorga un grado mayor de legitimidad a sus palabras. La anécdota que narra David da cuenta precisamente del interés y la preocupación por el tamaño del pene, así como del contenido y la significación del discurso femenino en estos eventos:

Íbamos un resto de valedores, iban también chavas, entonces como aquí es costumbre gritarle mamada y media a las que traen faldas. Estaban gritando ‘¡mamacitaaa! ¡zorraaaa!’ se hace un desmadre bien chido. Uno de mis valedores grita ‘¡chiquititaaaa!’ y en eso una de las amigas que iban con nosotros le grita ‘¡la tienes güey!’ la pura cura con ese cuate ¿no?

²⁵ Estas discusiones son parte de lo que generalmente se denomina albur (Gutiérrez, 1988: 134-135) que “es un juego verbal” que combina el humor con la ofensa, una especie de combate discursivo que tiene como tema principal la sexualidad y se suele practicar entre hombres o en espacios de interacción masculina; el triunfo sobre el oponente se logra a partir de la negación de la masculinidad del otro al que se le otorga la posición pasiva en una relación sexual imaginaria, o bien la ofensa se establece mediante la penetración sexual de la madre, la hermana o la esposa. También se ha relacionado esta práctica discursiva con el vínculo entre saberes sobre sexualidad y experiencias sexuales, el conocimiento de lo “prohibido” en los jóvenes o como una forma de poder en el que la ignorancia amenaza la masculinidad, así como un vehículo para transmitir normatividades de género o el alarde del poder sexual como una forma de suplir la carencia de poder político, étnico o de clase, al vincularse este lenguaje con las clases populares (Szasz, 1998a: 152-153).

Entonces agarra y se voltea bien encabronado ‘chiquita la tengo como de toro, cuando quieras gozar tú dime’. Le dice mi amiga: ‘para hacerme gozar tendrías que tenerla por lo menos de más de cinco centímetros, cosa que no creo que tú tengas’. Se quedó callado, fue horrendo, pero a la vez qué chido [*David, 17 años, heterosexual*].

La ofensa es mayor, señala David, “porque como es mujer seguro ya se la vio” y el que es insultado encuentra “rebajada su dignidad” y su masculinidad. En estas discusiones entre hombres, las mujeres también son objeto específico de la argumentación, diversos personajes femeninos del entorno familiar, la madre, la hermana, etc., salen a relucir en los diálogos buscando en todo momento ofender a partir del uso sexual de la mujer. Estas disputas pueden ser abordadas desde diversas perspectivas, deseamos destacar el contenido pedagógico y alusivo al simbolismo y los significados sobre lo sexual que se trazan a partir de la interacción social en estos contextos específicos donde las capacidades y los recursos de tipo sexual del cuerpo juegan un papel significativo.

Ofrece también una visión de los imaginarios y los valores imperantes sobre el cuerpo masculino, del mismo modo que estas prácticas retóricas ratifican su alcance en los arreglos genéricos. Los varones colocan estas disputas verbales como evidencia del significado y la importancia que adquiere el desempeño corporal y sus posibilidades en las prácticas sexuales al mismo tiempo que manifiestan las expectativas creadas en torno a dichos encuentros. Tales evidencias nos llevan a sugerir que en torno a la información sexual se debe tener en cuenta que los conocimientos o ideas no necesariamente se inculcan de manera directa o bajo una comunicación sistemática, por el contrario, los eventos sociales más fortuitos pueden funcionar como experiencias pedagógicas de lo sexual y lo corporal.

No obstante, en otro nivel de comunicación y de encuentro social, los tópicos sobre la sexualidad abordados sí llevan una intención manifiesta y en ciertos casos los saberes provienen de jóvenes mayores que por la experiencia o la autoridad generacional se erigen como los guías del aprendizaje. Eddy cuenta que un amigo cercano, mayor que él, le decía que la primera experiencia sexual se siente muy rico y que si hay amor de por medio se siente

todavía mejor porque uno llega a percibir que se une a la pareja²⁶. Sin embargo, él se desilusionó porque su primera experiencia no fue como se la habían “pintado”.

Los saberes no son indicaciones a “detalle” de lo que se tiene que hacer: “Me lo habían explicado más o menos, pero nunca fue al detalle, tienes que hacer esto y meter aquí y acá. No, simplemente yo lo hice”. Aunque sí incluye el proceso de seducción y el papel activo del joven en la excitación de la pareja: “No pues tienes que acariciarla, debes hacerla sentir a gusto... tienes que quitarle la ropa y cosas así ¿no? y luego ya la penetras”. Estos consejos emergen, según Eddy, sin una solicitud de por medio, lo que hace pensar que para quienes los inculcan parece existir una responsabilidad con el colectivo masculino “en tránsito” los cuales requieren estos conocimientos para cruzar el umbral.

En otros casos no se proporcionan detalles porque se asume que los pormenores se deben saber, en realidad se pone al tanto de las circunstancias, el contexto o la logística del evento a partir de la experiencia. Andrés cuenta que su amigo, que ya ha tenido experiencias sexuales, no le cuenta qué es lo que tiene que hacer: “porque obviamente se puede decir que es algo que ya sabemos ¿no? nada más me cuenta la situación en que estuvieron y así me puede dar ideas”. Según Andrés todo mundo sabe lo básico, lo que es la penetración, las caricias y lo que su amigo le cuenta es “sobre que estuvieron en su casa, que sus papás estaban en el cuarto de al lado y ellos estaban teniendo relaciones del otro lado de la pared y así con el miedo, con la adrenalina de que los vayan a cachar y cosas así”.

En la divulgación de saberes sexuales su eficacia no sólo depende de la pericia argumental, también estriba en el halo de autoridad de que se reviste al agente, es decir, su influencia además está determinada por la experiencia y el conocimiento sobre lo que se narra. Cuando se le pregunta a Pablo si conversaba con los amigos sobre las experiencias sexuales, responde que “eran pocos los que las habían tenido, a lo mucho cuento que había dos personas, así que sólo eran conversaciones sobre qué se sentirá y los demás ya platicaban”. En realidad, Pablo aprendió por medio de lo que llama “educación”, es decir, de

²⁶ Algunos procesos y prácticas corporales llegan a *unir* los cuerpos por medio de las experiencias sexuales. Vance ha dicho que la sexualidad “activa una multitud de ansiedades intrasíquicas: el miedo a fundirse con otro ser, la disolución de los límites del cuerpo y del sentimiento de identidad que se produce en la maraña de partes y sensaciones, y el medio a la disolución y a la aniquilación del yo que lo acompaña (1989: 15)”. En un tono positivo la metáfora de una “simbiosis corporal” es recurrente en algunos jóvenes para explicar las relaciones sexuales, pero sobre todo cuando media el cariño, el afecto, la confianza, el respeto y el amor.

lo inculcado por sus padres o lo aprehendido en la escuela, en libros, revistas o artículos de internet, que en general para él se trataba de la “teoría”; pues no cree que los amigos sean los agentes adecuados para proporcionar esa información:

Pienso que sería mejor que te lo diga alguien mayor, alguien que ya tiene la experiencia, no alguien que lleva una vez y con eso se siente todo un experto, por consecuente (sic) que los artículos de donde lo leí es de alguien grande, digamos que hay una mejor información [*Pablo, 16 años, heterosexual*].

Además, Pablo cuenta que supo dónde debía acariciar y qué era lo que tenía que hacer más a detalle por una revista, pero no pornográfica: “La Veintitantos, revista para mujeres, eso de que estás hojeando la revista, estás viendo algo no muy explícito y de repente aparece el artículo y pues me interesó. Porque dije ‘esto me va a servir más adelante’”. Contar con experiencia le otorga mayor validez a la información y los medios, como se puede apreciar, poseen una autoridad reconocible por los jóvenes al suponer que procede de un agente con experiencia y con legitimidad para hablar del asunto. Lo que también lleva a inferir que más allá del rechazo de estos productos pornográficos, el acceso de algunos jóvenes a saberes sexuales tampoco es a partir de una búsqueda deliberada. En ese sentido, los jóvenes que cuentan con experiencias sexuales contribuyen a su modo a propiciar la imaginación en los legos: “Me han contado experiencias que a veces hasta me dan ideas, me empiezan a clavar ideas que puedo ocupar en ese plano [*Andrés, 18 años, heterosexual*]”.

También se puede descalificar la efectividad de los saberes que transmiten los amigos, aunque sean mayores, tengan experiencias sexuales o proporcionen detalles. Según Pedro se platica tanto con ellos que llegan a proporcionar hasta “dizque consejos”, pero muchas veces no sirven de nada. Ofrecen, según él, casi “mapas” de dónde acariciar, dónde tocar y cómo encontrar el clítoris, pero ha comprendido a partir de su propia experiencia que realmente todo el cuerpo de la mujer es sensible: “porque desafortunadamente muchos de los hombres pensamos que lo único para hacer sentir bien a una mujer es el clítoris y los pechos y ahí estás todo el tiempo dale y dale y no buscas otras partes”. La experiencia al parecer se

convierte en la mejor pedagogía sexual, por lo que la necesidad de tener relaciones sexuales radica en el deseo de poseer mayor experiencia y poder complacer plenamente a la pareja.

Pedro señala que afortunadamente ha contado con una madre que es psicóloga y se ha encargado de proporcionarle libros sobre educación sexual y así “más o menos sabía teórica y bruscamente lo que tenía que hacer. Digamos las partes erógenas, eróticas de la mujer, entonces sí tratas de estimularla, de hacerla llegar al orgasmo”. A partir de los libros que le facilitaron, Pedro pudo aprender, por ejemplo: “que lo más recomendable para una primer relación sexual es que ella antes de la penetración tenga un orgasmo. Entonces fue como le hice sexo oral ¡quién sabe cómo! Pero el chiste es que se pudo”.

Podemos apreciar a partir de estos relatos un amplio espectro de posibilidades y alternativas de aprendizaje que nos llevan a entender que el desempeño corporal y el actuar en las relaciones son el resultado de diversos saberes con una efectividad variable y siempre sujetos a la resignificación o al rechazo. En este punto, la pornografía para algunos jóvenes se constituye en una importante alternativa de aprendizaje y socialización con los aspectos sexuales, corporales y de placer. La aceptación o rechazo de esta alternativa depende de muchas circunstancias: la apertura de los jóvenes para consumir estos productos o el grado de experiencias sexuales que los lleva en algún momento a valorar lo que un día fue su fuente de información como un asunto de principiantes: “Sí, porque todos esos que están metidos nada más en el internet y que ‘ah pues con esta se ve que es muy placentera... ¡hey idiota! ¡Es una actriz! para eso le pagan, tiene que parecer eso [*Iván, 16 años, heterosexual*].

Iván llegó a tener esa idea después haber tenido relaciones sexuales, aunque admite que a través de su consumo supo lo que debía hacer en las prácticas sexuales: “la pornografía abundaba en la secundaria, ya estábamos predispuestos a lo que teníamos que hacer: ¿Sabes qué? Agarra tu pene y mételo en la vagina y ten tu relación sexual”. Cuenta además que las conversaciones con sus pares sobre la sexualidad trataban principalmente acerca de las páginas pornográficas que habían visitado en la red cuya intención de estas conversaciones era sentirse mejores frente a las mujeres. Es destacable que gran parte de la información obtenida no tiene necesariamente la intención de aprender sobre su cuerpo o lo que puede ser placentero para ellos, más bien parecer ser que la información busca una efectividad práctica.

Para David también fue importante la pornografía. Cuenta que antes de tener sexo ya había visto muchas películas de ese tipo y que básicamente lo que uno aprende de ellas es “por dónde ¿no? cómo... aprendes muchas posiciones [risas]. Básicamente es como tu libro de aprendizaje y no creo que haya persona que antes de ver películas pornográficas haya tenido sexo. Básicamente las películas pornográficas te ayudan, te ayudan en eso. Son muy exageradas, pero cuando eres joven te ayudan a saber cómo hacerlo”. Mediante un “hiperrealismo del goce” (Baudrillard, 2001: 13) que parece reconocer David, la pornografía constituye una de las primeras fuentes de aprendizaje de los jóvenes, pero al mismo tiempo como elemento de contraste entre la realidad y la fantasía:

Antes de tener sexo había visto mucha película pornográfica. Entonces me lo imaginaba así como se ve en las películas pornográficas, de que oh placer y luego luego ¿no? acá y este pero no, es un rollo totalmente distinto cuando lo vives. Tienes una idea preconcebida muy errónea, bueno eso me pasó a mí. Yo tenía una idea muy errónea, muy errada de lo que era el sexo, debido a las películas pornográficas. En las películas pornográficas exageran demasiado [David, 17 años, heterosexual].

David continúa señalando que en una película pornográfica cuando se inicia la penetración de inmediato la mujer empieza a gozar, pero para él esto no es así, porque para que una mujer sienta placer es necesaria la excitación e indica: “por ejemplo, para que una mujer llegue al orgasmo, no es nada más de pum ya entré y salí y ya tuvo el orgasmo. Tienes que estar ahí un rato bombeándole ¿no? para hacerla llegar al orgasmo. Tienes que estimularla, no como en las películas pornográficas en las que apenas entra y ya están gozando”. Iván también creó sus expectativas sobre el sexo a partir del consumo pornográfico, sin embargo, contrario a lo que siempre había pensado que en su primera relación sexual duraría horas, se lamenta de que esta haya durado apenas “quince minutos, fue deplorable [risas]”.

Es clara en la opinión de David la idea del placer centrado en la genitalidad a través de la penetración, lo cual expresa la “territorialización de la libido” en el que son definidos los linderos del placer en los genitales y donde éstos suponen para los hombres un referente en la construcción de sus masculinidades (Cáceres *et al.*, 2002:172; Gutmann, 2000). Moletto

(2003: 231) enuncia que “La pornografía sirve para pensar”, en efecto, actúa como elemento comercial y sexual que contribuye en el despliegue de la imaginación erótica, así como medio de aprendizaje sobre la sexualidad, el reconocimiento de los cuerpos femeninos y masculinos y escaparate que exhibe un amplio repertorio de prácticas, posiciones sexuales y de placer. Es también para algunos jóvenes motivo de censura, evidencia de frustración sexual, signo de inmadurez, inexperiencia o demostración de lo que no es una práctica sexual.

Pablo, por ejemplo, considera que quien ve ese tipo de películas es porque tiene la necesidad de tener relaciones sexuales, por lo que asocia la pornografía como una alternativa de excitación: “O sea, como no siento la necesidad ahora ni la sentí antes de masturbarme, no sentí la necesidad de ver una película pornográfica, pues no, no me gusta porque no siento la necesidad, no me agrada”²⁷. La reprobación de Ruy converge con la opinión de Pablo, sin embargo, valora su consumo como un “problema”: “una persona que no sé, que ve pornografía y se la pasa en las ‘hot line’ y cines pornos, entonces nunca va a llegar a su madurez psicológica porque más que nada tiene una obsesión hacia el sexo”.

Como se ha señalado en otro lugar (Tuñón, Ayús y Montejo, 2004), los materiales eróticos y pornográficos se encuentran a su vez en el centro de una polémica ambivalente que se refleja en esta apreciación de los jóvenes. Así, el absolutismo moral los condena al ostracismo y el feminismo radical los reprueba por ser instrumentos de explotación femenina (y masculina) y son al mismo tiempo concebidos como una expresión de la liberalidad sexual y un ariete contra los discursos moralizadores de la derecha religiosa (MacKinnon 1989). Por otra parte, también la consideran como un medio didáctico y de representación hiperrealista (Baudrillard, 2001) de la variedad de imaginarios y deseos sexuales, un espacio de realización escénica de la obscenidad y las tentaciones reprimidas. Otros más, incluso, llegan a reivindicarlo como recurso terapéutico para el tratamiento de problemas sexuales en la pareja (Weeks, 1993: 366-375).

Finalmente, en el aprendizaje sexual la escuela es una de las fuentes de información más importante sobre la sexualidad o de los entornos en que primordialmente los jóvenes

²⁷ Interesantes reflexiones sobre los jóvenes y la masturbación pueden encontrarse en el trabajo de Matthew Gutmann (2003b), “Iniciación juvenil y salud reproductiva entre adolescentes en Oaxaca de Juárez, México”, en el que alude a un “culto a la masturbación varonil y viril”, como parte del sentido común que asocia la masturbación con la juventud y derivado de un impulso natural intrínseco al cuerpo de los varones.

socializan y participan de dichos saberes; sin embargo, centrada todavía la curricula escolar en información sobre el funcionamiento fisiológico de ciertas partes del cuerpo y menos “sobre una verdadera educación sexual”, como reclama Eddy. La alusión a la escuela como espacio de inculcación de saberes sobre lo sexual emerge en las conversaciones de los jóvenes cuando se alude a las ITS o el uso del condón, disputándose este protagonismo con las alternativas mediáticas.

4.6 “Si tú me sales puto te tiro al río”: cuerpo y prácticas sexuales

La iniciación sexual de los jóvenes o sus prácticas sexuales en general no son sólo un asunto de *significados*, ni siquiera es nada más un tema de *desempeño* (corporal) como se sugiere, aunque ciertamente estas son cuestiones relevantes. Tampoco el amplio espectro de las experiencias sexuales se restringe a un asunto de *representaciones o imaginarios* o de *acciones narrativas* con las que se da cuenta de los hechos sexuales, no obstante, el papel trascendente del discurso para acceder epistémicamente a las prácticas. Si bien el contexto social y cultural es importante para entender la iniciación sexual, también se suele destacar su *carácter ritual o público*, la *presión social* que interviene en la experimentación o los *agentes* que participan en la organización social del evento; además de los *saberes* sobre la sexualidad, incluido el uso de alternativas de “protección” o “el sexo seguro”.

El cuerpo es un referente y un recurso en la construcción de lo masculino, como en el caso de la virilidad o la potencia (Gutmann, 2000), y es también un espacio en el que tienen lugar las experiencias y a través del cual son expresadas. Parafraseando a Seidler (2003: 135) cuando los varones recurren a sexo servidoras en su primera experiencia sexual –o cuando se efectúan con sus parejas, amigas o novias en un ambiente de turbación, desconcierto, temores y ansiedades o presiones sociales– no es sólo un problema de los “significados” atribuidos como plantea la tradición interpretativa, sino es también un “shock”, una experiencia, que *los cuerpos* padecen; el miedo, la sorpresa, el desconcierto, el placer o el deseo como cualquier otra experiencia personal o social involucra necesariamente al cuerpo.

Más allá de los significados que los jóvenes otorgan a la sexualidad y los cuerpos, éstos no son totalmente separables de las posibilidades y restricciones diferencialmente

generalizadas. El cuerpo tampoco puede ser simplemente “disuelto” en lo social, puesto que los jóvenes no sólo viven sus encuentros dentro del carácter físicamente corporal de sus experiencias, sino que también alrededor y sobre el cuerpo se gestan procesos sociales como el noviazgo que dan lugar precisamente a los encuentros sexuales (Holland *et al.*, 1998: 108). Además, los cuerpos no son separables de los entornos sociales que los constituyen, como el sistema heterosexual normativo o las prácticas y mecanismos de poder o las condiciones sociales que permiten la subversión. No obstante, el carácter social del desempeño físico puede no depender sólo del marco social de la práctica corporal, sino también puede tratarse de una relación más estrecha a nivel de la fantasía.

Para los jóvenes entrar a la vida sexual constituye un hito importante en el transcurso de una relación de pareja que data de meses o años y en la que generalmente median vínculos afectivos o amorosos, son una suerte de fase en el transcurso de una relación que a su vez permite vivir la sexualidad de una manera particular. Para otros, este momento ocurre de manera inesperada, fortuita, durante un momento circunstancial, lo cual es relevante porque el significado que le otorgan a la experiencia está en función de la vía por la que se ha tomado para llegar a este “punto de inflexión” –Tuñón y Ayús (2003)– en su historia vital: mediante un proceso o de forma casual.

Un aspecto que destaca es la distinción dicotómica explícita entre hacer el amor y tener relaciones sexuales o sexo y vinculada la diferenciación con la idea que prevalece sobre el placer y la prevención de un embarazo o una ITS. También es importante para la narración de ese primer encuentro sexual: “No hay gran cosa que contar”, dijo Eddy, intentando indicar la percepción negativa de su primera experiencia sexual, la cual no cumplió sus expectativas porque no mediaron los sentimientos y la confianza, como llegó a comprender tiempo después²⁸. En general quienes tuvieron una iniciación sexual inesperada encontraron pocos

²⁸ El promedio de edad en que ocurrió la primera relación sexual en los jóvenes entrevistados fue de quince años y aunque estas experiencias ocurrieron en diferentes contextos, siempre fueron en espacios próximos a su socialización: después de una fiesta, en la casa de él cuando realizaban tarea, en la de ella cuando sus padres no estaban o evadiendo el control, en la casa de una amiga durante o después de una celebración, entre otros. El estatuto de la pareja es diverso, pero también cercano a su entorno, la novia, la amiga, una conocida o con algún personaje distante en un encuentro ocasional o bien en el caso de las relaciones homoeróticas con sus “parejas” como ellos reconocen. Ello contrasta con las experiencias de jóvenes de otros contextos en los que fundamentalmente sus prácticas iniciáticas ocurren en prostíbulos con sexoservidoras.

detalles que narrar, mediante una simple descripción del acontecimiento dieron cuenta de lo vivido, en apariencia irrelevante para la memoria, pero reconocible como un hito en sus vidas.

Admitir que el inicio sexual puede ser parte de un proceso de relaciones afectivas o producto de una circunstancia social inesperada, no significa ocultar su búsqueda deliberada o negar el valor que tiene para algunos jóvenes llegar a ese momento, así como el hecho de que existe un sistema heterosexual que ejerce presiones sociales sobre los sujetos con el fin de encontrar una sincronía ideal entre cuerpos mediante una unión heterosexual. De ese modo, para algunos la unión heterosexual es algo normal, complementario entre ambos sexos e indispensable y que explican mediante las concepciones genéricas de la diferencia: “Sí, en el sentido sexual, también a veces es muy indispensable más cuando eres joven, así como nosotros, y empiezas a pensar mucho en el sexo. Obviamente necesitas de una mujer para ello [*Andrés, 18 años, heterosexual*]”.

El encuentro sexual entre cuerpos “similares” genera conflictos entre los jóvenes y permite apreciar la relación heterosexual como la normalidad, bajo un esquema de percepción en el que la “divergencia” aparece como exigencia de la complementariedad: “cómo puedes decidir entre un hombre y una mujer que te va a gustar tu mismo sexo, habiendo todo un complemento de ti del otro lado”. Este alegato de Eddy es la explicación que ofrece sobre lo difícil que le resulta aceptar “el rollo de la homosexualidad”, como resultado de lo aprendido en la clase de psicología: “El maestro de psicología me enseñó que la homosexualidad es social, no biológica, que la homosexualidad tú te la vas creando a partir del entorno cuando eres pequeño, a partir de tus amigos, a partir de tu todo. Entonces llega un momento que decides aun inconscientemente si te va a gustar un hombre o te va a gustar una mujer [*Eddy, 19 años, heterosexual*]”.

Aquí la ciencia funciona como una de las tecnologías de poder (De Lauretis, 1991) encargada de inculcar verdades deshistorizadas sobre los cuerpos que los compele a ajustarse a cierta normalidad. Lo curioso es que, contrariamente, se le otorga un carácter social a la anormalidad y por tanto abierta a la intervención y la elección de los sujetos, sin embargo, lo natural es absolutamente hermético a la injerencia social o personal. De ese modo para Eddy cuando se elige la unión sexual con un sujeto del mismo sexo, se está en la posibilidad de admitir la “similitud fisiológica” y por ende la inconsistencia. Esas ideas lo llevan a pensar

en la complementariedad entre los sexos mediante la diferencia, en tanto que la distinción permite “volverse uno con la otra persona”²⁹.

Volverse uno con la otra persona o la “simbiosis corporal”, es una metáfora relativa al cuerpo aludida por los jóvenes para expresar, por un lado, la complementariedad sexual basada en la diferencia hombre-mujer y, por otro, el punto significativo del vínculo sexual cuando los cuerpos se fusionan mediante la penetración donde la simbiosis es posible cuando existen vínculos afectivos. Las ideas de amor romántico (Giddens, 2000) precisamente incluyen la posibilidad, en términos metafóricos y de éxtasis, de fundirse con la pareja a partir de la correspondencia afectiva y corporal (Vance, 1989).

Bajo el marco normativo de la complementariedad entre los cuerpos, la importancia de las relaciones es definida de manera ambigua y contradictoria. Para algunos es producto de las inquietudes que se despiertan durante la adolescencia y del reconocimiento del “sexo opuesto”. Para otros jóvenes, su relevancia radica en el prestigio social que implica para los hombres tener experiencias sexuales y donde alguien sin experiencias es visto como un individuo sin importancia. Bajo ese tenor algunos manifiestan que entre sus amigos parece ser importante las relaciones sexuales nada más para alardear: “para decir sabes qué? soy más experimentado que tú, porque sé más cosas. Para llevar la batuta se podría decir” [*Andrés, 18 años, heterosexual*]. Por el contrario, Iván piensa que tener relaciones –él distingue hacer el amor y tener sexo– “es cosa de adolescente”.

Otros reconocen claramente que las relaciones funcionan como un medio para construir sus identidades masculinas, aunque se rechace el hecho de que sea sancionado socialmente, lo relevante radica en que el propio sujeto admita su pertenencia a ese colectivo mediante la conciencia de que el acto ha ocurrido³⁰; aunque tampoco se descarte del todo la

²⁹ Fachel (1998: 97-98) identifica dos discusiones que han sido útiles para dar cuenta de las relaciones de género, una en que los sujetos “se organizan y existen en función de un todo organizado” y otro en el que el sujeto es “ideológicamente autónomo y libre, existe desde dentro hacia fuera, constituido por una dimensión interna y psicológica, valorizando una individualidad, ‘independiente de las reglas sociales’”. Lo importante es que las afectividades serían reguladas por factores tradicionales que articularían ideales de reciprocidad y complementariedad, de este modo el vínculo “afecto/sexualidad y cuerpo se piensa a partir del cuerpo como una pieza que forma parte de un rompecabezas, o sea, solamente tiene sentido dentro de un todo”. El “cuerpo amoroso” de ese modo sólo tiene sentido en la relación con otro cuerpo, lo que parece ponerse de manifiesto en la visión de los jóvenes sobre la existencia de una “simbiosis corporal”.

³⁰ Para una discusión sobre el carácter público de la iniciación sexual y la necesidad personal y cultural de los jóvenes por contar el hecho, o el requisito de que sea sancionado socialmente, consúltese el trabajo de

necesidad de hacerlo un asunto público: “es un rollo de demostrártelo a ti mismo, aun si no se lo dices a nadie más, pues contigo mismo, tú eres hombre y te has reivindicado como tal”. No obstante, se puede hacer una distinción clara en la doble función que tiene para algunos: “Primero que nada es una prueba de hombría, una prueba de decir soy hombre y con las mujeres que quiera ¿no? y, en segunda, cae en el término emocional, en el que puede ser una prueba de amor, o tal vez no; tal vez sea simplemente calentura”. Cuando se le inquiera a David por qué se demuestra de esa manera que se es hombre, responde: “Pues demuestras que sí sirves, ahora si que te regresas a la antigüedad, a la prehistoria, las mujeres buscaban el macho más... Ahora sí que, si ves a los animales, las hembras buscan al macho más fuerte para asegurar la supervivencia. Un padre más fuerte genera una cría más fuerte [*David, 17 años, heterosexual*]”.

En la construcción de lo masculino, como revelan los estudios, la demostración de lo viril asociado con lo reproductivo es relevante, deseamos destacar aquí por el contrario el manejo justificatorio del discurso biologicista. Estas versiones de la masculinidad son convertidas por los amigos en una competencia para demostrar la virilidad en dependencia de la cantidad de experiencias que se han tenido: “mientras más relaciones tienes tú, eres más hombre. Tú les dices a tus amigos ‘no pues yo soy más hombre que tú por esto, esto, esto y esto [*Iván, 16 años, heterosexual*]’”. La condición de virilidad a la que alude David no sería una condición intrínseca a los hombres o vinculada al proceso de desarrollo corporal de los individuos, sino más bien supondría un “estatus” que habría que conquistar, es decir, sería “un estado precario y artificial que los muchachos deben conquistar (Fagetti, 2003: 290)”.

Iván menciona que la mayor parte de los varones tienen sexo –que para él es “una vil masturbación con un cuerpo de una mujer” a diferencia de hacer el amor que “es sentir algo por la otra persona y que provoca sensaciones que nunca habías encontrado”–, sobre todo por la “calentura” y “porque a veces es una forma de competencia”. Una contienda –dice– en la que el ganador es más hombre porque “se ha tirado a tantas, sin saber que de tantas no se hace ni una. Porque un hombre no es el que tiene muchas, sino el que tiene una y la sabe

Amuchástegui (2001), *Virginidad e iniciación sexual, experiencias y significados*, particularmente el apartado “Los rituales de iniciación masculina y su transformación”, pp. 370-381, y el artículo de Ayús y Tuñón (2005), “Piernas de gelatina. Reflexiones sobre relatos de experiencia sexual coital entre jóvenes varones del sureste de México” (en prensa).

conservar”. Tejido con este discurso de la virilidad también es una prueba de afecto que sobre todo se adjudica a las mujeres, encontrándose de ese modo una diferencia de significados: “He escuchado a varias chavas decir ‘no es que yo voy a perder la virginidad con mi marido en la noche de boda’ [lo dice con ironía]. Eso es muy idealista. Eso es muy sentimental [David, 17 años, heterosexual]”. Contrariamente para los hombres tener relaciones sexuales constituye una búsqueda de experiencia, una preparación previa para el matrimonio, para cuando llegue la “adecuada” con la que entonces se hará el amor, se alcanzará la satisfacción emocional y corporal y no sólo se tendrán relaciones sexuales, sexo o un “acostón” con los que se buscará únicamente el placer físico:

Pues sí [es importante la experiencia] para que cuando te cases –bueno es lo que pienso– sepas cómo ¿no? o sea, sepas hacerlo, porque el sexo es un mundo aparte. Para mí es una parte muy importante de la relación marital, porque en teoría solamente con tu pareja es con la que debes tener sexo. Así ya no vas tan pendejo ¿no? ya sabes cómo, ya sabes dónde, ya sabes qué es lo que las hace gozar, qué es lo que las excita. Es un rollo muy complejo, pero sí es muy importante para la relación [David, 17 años, heterosexual].

Iván coincide cuando revela que después de su primera relación le gustó tanto que quería “repetir y repetir”, al grado que en la escuela lo catalogaron de “perro”. Cree que esa primera experiencia “algún día tenía que pasar” y el interés en reincidir lo atribuye al deseo de “mejorar” para el momento adecuado: “Para que el día que llegara la buena, la verdadera, con amor y todo, no quedarle mal ¿no? Ahora que pasó estuvo bien, pero a veces estoy tan caliente que no me preocupa ella, nada más yo y ya”. Quedar mal para él es “de que, si ella está deseosa, caliente, no la podría llenar así de que ‘ah yo no me vine pues me voy a buscar a otro’. Eso es quedar mal o de que a la hora de la hora no puedas”. Lo importante es lo que ella dice: “tanto tiempo desperdiciado, mejor me busco otro. Eso es lo que me preocuparía”.

Quedar mal en este contexto también depende de las condiciones sociales y afectivas en las que ocurre el encuentro, sobre todo si no existe confianza y amor. La construcción de estas condiciones únicamente es posible a través del tiempo y mediante una comunicación adecuada. Por ello, cuando sus cuerpos no cumplen con las expectativas, el enfrentamiento

con su masculinidad es menor y menos crítico. Al respecto, Pedro cuenta que un amigo no tuvo una erección durante un encuentro sexual que estaba funcionando como reconciliación con su novia, y que a raíz de ese hecho se convirtió en el hazmerreír: “Pues se sienten mal, tratan de platicar con los amigos y entonces vienen las bromas ¿no? ‘Te voy a comprar viagra o la bombita de Andrés García’ [risas] y así ‘no te preocupes se va a dar otra oportunidad’ – irónicamente ¿no? sí se empieza a sentir mal, se siente menos hombre, menos viril”. Sin embargo, a Pedro le ocurrió lo mismo, no pudo mantener la erección en su primera relación sexual, pero en el contexto de “hacer el amor”:

Ahí pondría otra vez los dos ámbitos: pienso que con mi amigo fue una relación rápida, donde realmente iba a demostrar que podía tener relaciones sexuales, era un momento de puro faje y vámonos. Pienso que la chava hasta lo tomó en burla ¿no? de ‘ah pobre tipo’ y lo encuentra en la escuela y se ríe de él, se encuentran frente a frente y se ríe de él, entonces mi amigo trata de ocultarse y de evadirle. Siempre es la burla, la burla del grupo. A mí me pasó con mi novia, pero fue todo más tranquilo, lo platicamos y no pasa nada y no se comentó y no terminamos por eso, seguimos siendo novios, lo platicamos y ya no pasa nada [*Pedro, 17 años, heterosexual*].

Pedro continúa señalando que inicialmente pasó por su cabeza “dios mío qué a va a decir”, pero al final comprendió que no estaba con cualquier persona: “estoy con una chica a la que le tengo confianza y ella a mí. Entonces ella se dio cuenta y empezó a bromear, pero tranquilo no con el afán de hacerme sentir mal”. Lo que Pedro cuenta es resultado del nerviosismo y la ansiedad generada por las creencias inculcadas por sus amigos, respecto a que las mujeres cuando tienen relaciones sexuales por primera vez lloran y sangran: “Entonces dices ‘ay no dios mío no quiero lastimarla’, estaba un poco nervioso en cuanto a esas ondas, pero traté de tranquilizarme y te digo hay tanta comunicación que poco a poco se fue dando y fue fluyendo. Pues ahora sí que no sucedió, no hubo una erección porque estaba muy nervioso, pero aun así siento que hicimos el amor”.

La presión social ha sido reconocida por varios estudios como uno de los factores que juegan un papel importante en el inicio sexual de los jóvenes varones (Amúchastegui, 2001), sin embargo, en el estudio no parece ser relevante. Algunos manifestaron su desacuerdo con

ese hecho, aunque ciertamente en algunos casos la influencia no se interpreta como presión, sino más bien como un acto de solidaridad y apoyo. Un caso ilustrativo es el de David, quien se inició con una joven durante una fiesta, cuando se le pregunta cómo percibió la solicitud de sus amigos para abordarla, responde: “porque son mis amigos, no sabría decirte por qué, pero son mis amigos y quieren algo bueno para mí ¿no? al ver a la chava bonita ‘¡pues vas güey, está bien!’ ¿Por qué? pues no sé... pero sí me motivaron, me sentí apoyado”.

La actitud de David frente a esta posición de sus pares revela varias cuestiones que pueden matizar el sentido de la presión en estos contextos. Como se ha dicho, para algunos iniciarse es ineludible en sus vidas, en mayor o menor tiempo puede o debe ocurrir, por lo que la influencia de sus pares no parece identificarse con presión, pues es muestra de amistad y preocupación por sus intereses y es un evento “natural” y no abierto al cuestionamiento. Sin embargo, para otros jóvenes la presión social es importante, aunque no se reconozcan como perjudicados: “iniciarse sexualmente depende de cada uno, a veces sí hay muchos que se dejan llevar por los amigos. Pero iniciarse puede ser en su adolescencia, en su juventud, en su madurez, depende de cada uno” [*Andrés, 18 años, heterosexual*].

El mismo informante aludido anteriormente, ofrece un comentario más que ofrece matices y complica determinar hasta qué punto los pares juegan un papel importante en la iniciación sexual:

En la secundaria tuve tres amigos y uno nos contó cuando tuvo su experiencia sexual, todos nos quedamos así como que ‘qué bueno ¿no?’ Ellos se quedaron ‘pues ¿cómo estuvo? A ver pláticanos’. Yo me quedé ‘qué bueno que ya la tuvo, pero también me clavó la espinita, a ver qué sintió, qué hizo y nos empezó a platicar. A la otra semana el otro de mis amigos y el otro también, poco a poco. El único que no había hecho nada era yo. Me decían ‘tú para cuándo’, ‘yo para cuando se preste y se dé la ocasión’. Me preguntaron ‘¿no la piensas buscar?’ ‘pues no, la verdad no me siento...’ afortunadamente nunca se burlaron, nunca dijeron nada, pero a veces sí me sentía fuera del círculo porque nada más platicaban ellos de esos temas, de ver qué chava seguía que quién sabe qué. Pero al fin y al cabo nunca sentí un desprecio [*Andrés, 18 años, heterosexual*].

En realidad, la influencia opera en este caso a través del desplazamiento que el grupo eventualmente puede realizar del sujeto que no ha cruzado el umbral de la sexualidad y que confirma la pertenencia al colectivo masculino. Esta presión es una manifestación del poder del sistema heterosexual que marca los momentos de iniciación mediante una “política de la sospecha”: “si no tienes relaciones sexuales eres puto o nadie te quiere, no puedes, eres impotente’, cosas así ¿no? Entonces todos esos mitos han ido creando que los jóvenes tengan relaciones sexuales a más temprana edad. Si no lo hacen son tachados”. Eddy también piensa que la presión a través de la sospecha sobre la masculinidad no está únicamente ejercida por sus pares, sino también por el propio círculo familiar.

Eddy narra la historia de un amigo dedicado al estudio, al trabajo y con veinte años, no “tenía tiempo para novias ni nada”, un día el padre le preguntó si había tenido relaciones sexuales, a lo que respondió que no. Eddy cuenta que el padre lo reprendió severamente, lo “empezó a juzgar, le dijo que era puto, que lo iba a correr de su casa porque tenía veinte años y no había tenido relaciones sexuales”. Eddy no está de acuerdo con esta actitud, cree que se debe tener relaciones el día que se desee, cuando uno esté preparado o “el día que se presente”. Sin embargo, eso no implica negar la necesidad de que los padres hablen con sus hijos y le indiquen el camino “adecuado”, de hecho, cuenta que su padre siempre le dijo: “Si tú me sales puto te tiro al río”.

Ahora comprende que esas amenazas eran un “juego”, pero en aquel momento no lo entendió así: “ay no, mejor me cuido porque si no me va a tirar al río”. Por eso –argumenta– es necesario que por medio de una “guía correcta” les inculquen a los niños las consecuencias que traerá con su familia y la sociedad si se vuelve homosexual. Según él, su padre buscaba evitar su homosexualidad de una manera incorrecta, pero entiende que buscaba “que no fuera homosexual tarde o temprano, en tono de broma, pero sí muy seguido me lo decía”. Ruy, por su parte, cree que los padres no orientan sexualmente, pero te orillan a la relación sexual: “es una presión sobre todo cuando tus padres están de acuerdo con eso”.

Bajo este sistema genérico que presiona para definir la preferencia sexual de los jóvenes mediante actitudes homofóbicas, se comprende la dificultad de Ruy para expresar su deseo sexual: “Me provocaba conflicto más que nada porque soy el único varón entre mis hermanas, son cuatro hermanas y soy el único varón. Yo decía ‘dios qué van a decir de mí’,

bueno hasta la fecha no lo saben mis papás. Porque mi familia, no tanto por mi mamá, sino porque mi papá y su familia, y nuestra familia en general, está situada básicamente en un concepto machista que sería imposible decirlo”. Cuenta que se siente presionado cuando escucha decir que es hora de tener novia, pero se pregunta “¿Cómo decirles que no me siento a gusto con las niñas?”. Juan, por su parte, se atrevió a decirle a su padre sobre su preferencia, su respuesta fue correrlo de su casa, pero después de dos meses sus padres lo buscaron y aceptaron su “situación”. Juan narra lo que sus padres le expresaban: “Me decían que esas personas no valen... que son poca cosa y que la gente no las acepta y que... no me esperaba nada bueno en mi futuro siendo así. Pero luego creo que se dieron cuenta que no iba cambiar y ahorita tratan de alentarme mucho”.

Si para algunos jóvenes es necesario sufrir los costos sociales por su preferencia sexual, para otros hablar públicamente de sus experiencias es valorado social y culturalmente. Unos admiten que a sus pares les importa tener relaciones sexuales precisamente para contar sus hazañas sexuales y demostrar de ese modo su virilidad y con ello su condición masculina. Otros, por el contrario, creen que cuando se relatan las experiencias sexuales la intención es convivir y no competir, piensan que en cambio las mujeres sí ejercen una competencia entre ellas en distintos aspectos de la vida social.

El que los hombres hablen a menudo sobre sexo está asociado a la condición natural de la masculinidad, las mujeres, en contraste, cuando aluden a sus relaciones sexuales lo hacen tangencialmente o sin la importancia que adquiere para los varones. Eddy confiesa que muchos se la pasan hablando de sexo, pero cree que conversar sobre las experiencias sexuales no tiene ninguna intención social ya que es una respuesta normal a la condición biológica. Contrariamente, Ruy piensa que cuando sus compañeros hablan de su sexualidad lo hacen por “presunción, así como que se sienten los más hombres de todos contando su intimidad”.

Se ha señalado que las relaciones sexuales representan el arribo a un momento del vínculo afectivo construido a lo largo del tiempo, por ello, a partir de las narraciones, puede identificarse como un *proceso*. En dicho transcurso se identifican momentos en el que la exploración y reconocimiento del cuerpo de la pareja es significativo para la intimidad y la confianza requerida en el primer encuentro sexual. El proceso, además, es importante porque: a) permite vivir la “inexperiencia sexual” en un estado de confiabilidad (la historia de Pedro

sobre la imposibilidad de mantener la erección en su primer encuentro es emblemática); *b*) supone la oportunidad de experimentar y aprender mutuamente; *c*) es posibilidad para obtener un placer situado por encima del encuentro físico al involucrar los sentimientos y la fidelidad, por ello moralmente aceptable según ellos; *d*) por tanto, es la situación ideal para vivir la sexualidad y; *d*) se aprecia como un momento ineludible en una relación.

La primera ocasión que hubo un contacto íntimo entre Andrés y su novia fue en casa de él. Ocurrió en un momento romántico mientras veían una película, empezaron a besarse y ese beso: “se empezó a tornar más provocativo, más fuerte y pues no sé... nos empezamos a tocar y pasó”. Su relación entonces tenía medio año y Andrés lo sitúa como el momento en que “empezaron los contactos”, como una evidencia de que se iban conociendo: “de los besos empezamos a acariciarnos y después de esas caricias llegamos a tocarnos partes más íntimas, al ver que no se molestaba pues como que intentas hacerla sentir mejor e intentas tocar mucho más allá, se va dando poco a poco”.

El deseo sexual parece activarse a raíz del contexto social, la película romántica, la intimidad del lugar y el beso que funciona como “detonador” de las caricias íntimas, en otras palabras, los cuerpos no pueden ser disociados del contexto social en que se desenvuelven, pues las condiciones intervienen de manera clara en la experimentación de los deseos y las sensaciones. Sin embargo, no debe entenderse equivocadamente que el contexto actúe sobre un deseo corporal interior, preexistente, sino más bien es siempre parte del mundo cultural, social, material y político, es decir, las condiciones lo constituyen y lo reproducen, pero también lo trastocan, lo subvierten o lo redefinen (Connel, 2003b; Lancaster, 1992).

La aseveración de Andrés denota su claro activismo en el encuentro, sin embargo, se insiste en saber de quién venía la iniciativa en esos contactos corporales: “fue de parte de los dos, porque obviamente un beso implica a ambos”. Piensa también que fue parte de un ritmo que llevaban “al hacer cosas que cada vez intentábamos hacer mucho mejor”. Llegar a ese punto fueron señales por ir más allá: “Cuando llevábamos más de medio año sentíamos que teníamos que hacer otras cosas y fue cuando empezamos a tener ese tipo de contactos”.

Después de ese primer contacto su novia dijo que “le gustaría hacer más de lo que acababan de hacer”, lo cual implicaba para él que quería tener relaciones sexuales. Aunque a la fecha no ha ocurrido realmente reconoce que se ha dado: “Relación sexual, pues no, pero

sí he tenido mucho contacto sexual con ella. Hemos llegado al grado de tener nuestros cuerpos desnudos, mas no hay penetración”. Asevera las razones: “primero que nada porque siente dolor, miedo a que pase algo, que se sienta utilizada o un embarazo”. Es lo que ella dice cuando él cuestiona la negativa, aunque ha demostrado que no busca solamente “eso”: “llega al punto de que nada más tiene miedo por el dolor que siente por ser su primera vez”.

A veces Andrés se enoja, “porque dejan a uno con las ganas”, pero menciona que la comprende, por lo que matiza el significado del enojo y reflexiona sobre sí mismo: “quería concretar la relación, llegar más allá, quería hacerlo bien y el enojo se queda en eso, en quedarse con las ganas. No es un enojo con ella, sino conmigo, por no poderme controlar”. Andrés cuenta la ocasión en que estuvieron a punto de tener relaciones sexuales después de una fiesta, cuando pasaron la noche en casa de una amiga común. En esa ocasión, se acostaron juntos, pero que intempestivamente se despertaron y empezaron a acariciarse. Ella estaba a gusto cuando la acariciaba, pero en el momento que “iba a ocurrir la penetración fue cuando le empezó a doler, se le quitó la sensación placentera”. Para él era importante alcanzar la relación sexual: “en parte para poder tener ahora sí que mi primera experiencia sexual”, pero también significaba algo más: “sentí que fue un momento preciso, el lugar preciso, todo el lugar indicaba que iba a ser un muy bonito, recuerdo, y nos iba a unir más”.

Muchos jóvenes ven el primer encuentro sexual como una prueba de amor, confianza y seguridad para la relación, que sobre todo está signado por la mujer y lo que implica para ella “entregarse”: “creo que sí porque muchos tienen el pensamiento de que si es virgen para que tenga una relación te tiene que querer mucho, por eso iba a significar mucho ¿no? Ella también dijo ‘no pienso hacer nada de lo que hice contigo con otro porque solamente a ti te quiero’” [Andrés, 18 años, heterosexual]. Iván indica en el mismo sentido: “para ellas lo más importante es hacer el amor, porque mis compañeras siempre dicen que si no sienten nada por él, pues no. Se me hacen más sentimentales y los hombres somos más calientes”.

Ruy coincide porque cree que las mujeres no se basan en la atracción sexual o física, sino en los sentimientos, sin embargo, para algunos jóvenes del mismo modo es importante la parte afectiva. Eddy, por ejemplo, tiene recuerdos negativos de sus primeras experiencias sexuales, descubrió en algún momento que lo principal en un encuentro de tipo sexual son los sentimientos, las emociones, para que fuera realmente satisfactorio: “tuve que darme

cuenta poco a poco que era algo emocional, más de estar con la persona adecuada y con los sentimientos necesarios”. Ruy coincide con Eddy al admitir que las relaciones sexuales no son importantes, sino compartir el tiempo y la satisfacción que provoca la compañía.

Tener sexo por placer físico y omitir lo emocional es parte significativa en el proceso de construcción de relaciones de pareja y los lazos afectivos. Pedro aclara que “tener sexo es trivial, algo vacío que no trasciende en términos sentimentales”, por el contrario, “hacer el amor es profundo, más sentimental, incluso reflexionas antes de hacerlo, que concientizas, que haces parte de ti, que realmente te satisface en el sentido emocional”. La reflexividad se relaciona también con el valor atribuido a la eyaculación, la cual constituye un signo de amor y representa los sentimientos por la pareja: “se reflexiona lo que vas a hacer, que no nada más vas a vaciarte, no vas a eyacular a lo tonto ¿no?”³¹.

Llegar a hacer el amor requiere del *proceso*, “que no ocurre –según Pedro– de un día para otro, incluso ni de una semana para otra, ni de un mes para otro, es producto del tiempo”. Teniendo en cuenta estas aseveraciones en las que se deja entrever la existencia de un proceso que deriva en la iniciación sexual, se le preguntó a Pedro cómo ocurría el desarrollo de las relaciones de pareja:

Inicia con la conquista, cuando empieza el cortejo. Siento que cuando lo que quieres es llegar a hacer el amor y no tener relaciones sexuales, va un poco más lento, en el sentido de que todo lo tienes que llevar con cuidado ¿no? todo tiene que ir poco a poco. Quizá desde lo más fácil, de ir agarrándole la mano a tu novia, luego un beso tranquilo, luego un beso más apasionado, o sea, estoy hablando de tiempo, e incluso hasta meses. Luego, un abrazo más fuerte, más personal, más íntimo. De pronto, hasta ir recorriendo más el cuerpo ¿no? de ir explorando un poco más. Pero todo esto poco a poco, con detalles, con conciencia de los dos, que los dos quieran hacerlo y que estén conscientes de que están con la persona con la que lo

³¹ La eyaculación en los hombres no debería ser leído únicamente como un símbolo de virilidad, si atendemos al argumento del joven el “vaciar” o eyacular puede contener una apreciación valorativa del semen que indicaría un contenido afectivo y moral en dependencia del contexto en que ocurre. Las ansiedades dominantes de la sociedad tienden a ser trasladadas dentro de imágenes alteradas del cuerpo, señala Turner (2003), en efecto, el semen funcionaría como una metáfora que ilustra los valores morales asignados a las relaciones sexuales y a las condiciones sociales y emocionales ideales de su expulsión.

quieren hacer y así poco a poco hasta que llegas a la relación sexual, a hacer el amor [Pedro, 17 años, heterosexual].

Este *proceso* implica el reconocimiento del cuerpo de la pareja como un aspecto central en la relación donde pueden reconocer lo placentero en cada uno. También el proceso implica derrumbar las barreras que impiden la intimidad: “si no hay confianza no hay nada”, señala Pedro. En todo ese tiempo se experimenta, se explora y reconocen los territorios corporales, al punto que funciona como un aleccionamiento sobre el cuerpo propio y que denota la escasa atención que se le presta: “de pronto ella descubrió cosas en mi cuerpo, cosas que jamás había visto y yo le descubrí por ejemplo un lunar de mariposa en el brazo y también un lunar en la espalda y cosas así”.

La posibilidad de reconocer el cuerpo del otro implica el derrumbe de los valores morales que pesan sobre todo en la exposición del cuerpo femenino, de ese modo, aunque mediante el *proceso* se descubren los cuerpos sólo paulatinamente se logra la confianza para mostrarse totalmente. En los varones siempre resulta “más fácil” y, por el contrario, ellas requieren más tiempo y seguridad: “fue más fácil que mostrara mi cuerpo a que mostrara el suyo. Pero se fue dando poco a poco y jamás hubo presión. Creo que sintió confianza y por eso se fue dando”. En ese sentido, Pedro siempre tuvo claro que la imposibilidad de su novia para mostrar su cuerpo era una cuestión de educación, un asunto moral y religioso: “una cuestión de lo que llamaría moral, incluso de cuestiones religiosas”.

Para Pedro hacer el amor implica también un *proceso*, un transcurso que requiere a su vez de tres momentos: “lo previo, lo durante y lo posterior”. Lo “previo” implica todo el proceso que se requiere para llegar a hacer el amor, ir poco a poco, la confianza, la seguridad, la comunicación, etc. “Lo durante o el momento”, es el respeto sobre lo que se entrega en ese encuentro sexual/amoroso: “porque después de todo te está entregando su cuerpo a un nivel, ‘te está dando su cuerpo, te está dando toda esa carga religiosa de la virginidad; por tanto, si ella se está entregando: “tú tienes que entregarte también del todo en ese momento. Es vivir el momento”. “Lo posterior”, después de la relación, es cuando se da seguridad, tranquilidad, de que no tuviste relaciones sexuales, le hiciste el amor y con alguien a quien le tienes confianza y con el que no va a pasar nada, de que lo va a estar divulgando por todos lados y

así ¿no?”. El último momento está referido a “demostrarle una vez más la confianza, como que la parte final de hacer el amor”.

Muchas de las percepciones sobre las relaciones sexuales compartidas por Pedro desestabilizaron nuestras impresiones iniciales, muestra de la diversidad de deseos, intereses y contradicciones que alimentan las experiencias de los varones jóvenes, así como signos de la hibridación de significados relativos a los conceptos populares sobre la sexualidad y el ser hombre; muestra de ello son las valoraciones acerca del sexo o hacer el amor. Experiencias en las que el cuerpo es relevante, tanto en su desempeño, su reconocimiento, en la búsqueda de placer y amor y los significados en torno a los encuentros sexuales, pero al mismo tiempo en las imposiciones, abusos y el ejercicio del poder; por ejemplo, dar por sentado ciertos impulsos naturales conlleva exigencias y deseos en torno a las prácticas sexuales que desemboca en presiones y abusos sobre las mujeres.

4.7 “El tamaño no importa, es cuestión de cómo lo uses”: cuerpo y placer

Este acápite identifica aquellas experiencias, percepciones y significados que los jóvenes refieren sobre lo placentero en las prácticas sexuales y cómo conciben el deseo. Se admite que los sujetos construyen sus versiones tomando como base del sentido las posibilidades, atributos y ciertas concepciones sobre el cuerpo masculino bajo una apropiación genérica del deseo. En líneas precedentes se ha señalado la importancia que tiene para las mujeres, desde la percepción de los varones, ciertos cuerpos masculinos y se mostró que uno de los aspectos vinculados al placer que más importan y provocan angustia en algunos jóvenes son los recursos corporales, especialmente el tamaño del pene, la duración de la erección y las habilidades para ofrecer placer sexual a sus parejas.

No obstante, existen también cuestiones relativas a lo corporal y los sentimientos que son relevantes en las percepciones sobre la masculinidad³². El amor, como señalan algunos testimonios, es significativo para lograr experiencias sexuales placenteras bajo una distinción

³² El romance o las relaciones amorosas heterosexuales funcionan para disciplinar y vigilar relaciones de clase, género, etnicidad y sexualidad. Redman reconoce cómo el romance heterosexual funciona como práctica regulatoria y disciplinaria en la vida escolar de jóvenes ingleses, donde el romance proporciona un repertorio cultural en el que los jóvenes representan una particular versión de la masculinidad heterosexual (2001: 198).

entre lo corporal/físico y lo mental/emocional. La unión de ambos aspectos es relevante basados en la idea de que el placer físico es pasajero e impide la experimentación del “placer emocional” que se logra sólo a través de una relación afectiva intensa³³. Esto no significa que el placer físico no sea importante en la relación en tanto que complacer sexualmente a la pareja genera ansiedades en torno a la masculinidad. Ser capaz de satisfacer sexualmente a la pareja, asegura su permanencia a su lado, por lo que representa la solvencia para mantener la relación a partir de la satisfacción de la pareja.

Seidler, en su trabajo sobre cuerpos, deseos, placer y amor en hombres jóvenes, plantea que generalmente los varones ocultan sus necesidades y deseos por el hecho de que sus masculinidades están trazadas en términos de “independencia” y “autosuficiencia” y ante esta imposibilidad terminan admitiendo el sexo como un asunto de rendimiento (2003: 136). En efecto, los discursos de los jóvenes sobre el placer están vinculados con el rendimiento corporal, sin embargo, las imágenes que algunos jóvenes presentan sobre sus experiencias sexuales responden también a la necesidad que las mujeres exponen por el “egoísmo” que los hombres muestran en las relaciones sexuales.

Ruy ofrece una lectura particular del asunto derivado de sus vínculos de amistad cotidianos con las mujeres, lo que le permite conocer sus opiniones y percepciones sobre el placer y el deseo. Para él, a sus amigas sí les importa que los chicos tengan mayor resistencia en la cama: “porque hay relaciones en las que el hombre llega a su orgasmo y la mujer queda a medias”, por lo que el hombre debe resistir lo suficiente hasta que ellas logren el orgasmo. Lo que ocurre, según Ruy, es que algunos jóvenes sólo piensan en sus “intereses”: “porque así puede haber eyaculado dos o tres veces y ella sigue insatisfecha, la relación sexual es más una autosatisfacción y eso es algo molesto para algunas de mis amigas”.

Ruy también afirma que el cuerpo masculino ideal objeto de deseo de sus amigas debe ser capaz de satisfacerlas sexualmente. Cuenta que una de ellas le indicó “que el hombre debe tener un pene grueso porque satisface más a una mujer”, pero otra de sus compañeras la contradujo señalando “que lo debería tener largo”. Según Ruy: “realmente me parece un

³³ Otro texto que provee interesantes reflexiones sobre el papel que desempeña el lenguaje del amor en la construcción de normas de género es el trabajo ya citado de Holland *et al.*, (1998), en el que las autoras muestran de qué modo los lenguajes del amor y el sexo llegan a ser trastocados y generizados, mediante procesos que toman lugar por medio de la conversación y el lenguaje instrumental de los grupos de pares.

factor marcado en la sociedad, tomando en cuenta los testimonios de mis compañeras”. Con un “factor marcado en la sociedad” se refiere a la importancia de los atributos corporales que las mujeres esperan, por lo que a los hombres les preocupa cumplir estas expectativas, aunque aclara que a él realmente no le importan: “sí realmente porque –bueno no estoy diciendo que sea mi caso– pero muchos se obsesionan por el tamaño de su pene o lo que puedan aguantar con una mujer, entonces pues sí marca ciertos factores. Pero a lo mejor en algunas otras personas no sea complejidades”.

Ciertamente otros jóvenes consideran estos atributos irrelevantes para el placer y la satisfacción de la pareja. Al respecto, Eddy señala:

Bueno en la tele también se ha dicho, que el tamaño no importa, es cuestión de cómo lo uses, de cómo lo hagas. Entonces creo que ellas también han aprendido eso y pienso que nosotros también porque ya menos hombres están acomplejados con el tamaño de su pene. Cada vez más las mujeres están menos preocupadas por cómo lo tienen, entonces creo que tampoco existe tanto esa duda de ‘ay me va a gustar o me va a lastimar, no voy a sentir algo o voy a sentir algo’. Yo creo que si lo van a hacer lo disfrutan o no lo disfrutan por determinadas circunstancias que no tienen nada que ver con el tamaño del pene o con el aguante del hombre [*Eddy, 19 años, heterosexual*].

Esta aseveración permite identificar de nuevo la ambivalencia y la diversidad de mensajes y contenidos que transmiten los medios. Eddy reconoce en ese sentido que el cambio de actitud de las mujeres hacia los atributos físicos masculinos se debe a la información que circula en las revistas y la televisión sobre el hecho de que el placer no se localiza ni se centra en cuestiones anatómicas. Para Eddy lo importante es:

Primero el momento y, en segundo, cómo lo haces, si lo haces con amor o no. Eso importa mucho. Pero puedes disfrutarlo hacerlo por hacerlo y también al hacerlo con amor. Depende de cada persona, al igual que el lugar y el momento. Una mujer no va hacerlo a gusto, si está presionándola el que pueda llegar alguien, si los van a ver o que si se va a embarazar. No lo va a disfrutar tanto como si estuviera tranquila, relajada, despreocupada. También la mente influye, si no estás a gusto dónde lo estás haciendo y

con quién, pues no vas a estar bien en el mismo desempeño. Es muy importante todo eso, por lo menos para mí y lo que he leído y lo que sé [*Eddy, 19 años, heterosexual*].

La opinión del joven reitera la distinción entre hacer el amor y relaciones sexuales, lo interesante es que en su caso esa dicotomía no es importante para obtener placer, por lo menos no el placer físico:

Sí es importante si se aman o no se aman, pero si no amas a una persona, en una fiesta 'x' y tienes relaciones con esa persona, lo puedes disfrutar perfectamente igual. Si lo único que buscas es intercambio físico o sea interacción física y carnal de tener relaciones sexuales, puedes disfrutarlo perfectamente. Por el contrario, si lo que buscas es una interacción entre sentimientos, placer físico y emociones, pues vas a buscar a alguien que también sienta lo mismo, que también lo quiera así con tu pareja. Para mí no es lo mismo tener relaciones y hacer el amor [*Eddy, 19 años, heterosexual*].

Para Iván el placer es “sentirse seguro, querido, necesitado, satisfecho de alguna manera”, es decir, cumplir las necesidades personales y abunda: “que todo sea muy rico ¿no? que lo puedas disfrutar todo, como si fuera una manzanita que la vas comiendo poquito a poquito”. Obviamente su idea de lo placentero en una relación sexual está de algún modo fundada en sus requerimientos y aparentemente sin considerar las necesidades de la pareja, aunque en algún momento de la conversación señala que lo importante es no “quedar mal con la pareja”, no dejarla insatisfecha, aunque admite: “hay veces que estoy tan caliente que no me preocupa ella”. Lo relevante de la afirmación de Iván es que la satisfacción de la pareja está supeditada al deseo de “reivindicarse como hombre”.

Una de las intenciones que prevalece al indagar sobre el placer es la necesidad de identificar el papel de la penetración, en consonancia con las evidencias de los estudios respecto a la existencia de una sexualidad centrada en la genitalidad o la parcelación corporal de la libido. Ello es cierto en algún sentido como se aprecia en el testimonio de Pedro, cuando afirma que dentro de los saberes transmitidos por los amigos está el reducir la satisfacción personal y de la pareja a la genitalidad; sin embargo, descubre para su sorpresa que “todo el cuerpo de la mujer es sensible”. El juego erótico y el hallazgo de otras alternativas de placer,

no centradas en la penetración, incluso son posibles en estas vivencias sexuales: “muchos de los orgasmos que le he hecho tener no han sido con penetración, han sido con sexo oral [Pedro, 17 años, heterosexual]³⁴.”

La posibilidad de descubrir alternativas de placer está en función de la disposición para identificar las necesidades de la pareja, tomando en cuenta que muchos de los lenguajes que manejan las y los jóvenes sobre la sexualidad son oblicuos o enrevesados. Se admite que no hay necesidad de preguntar a la pareja sobre lo que le es placentero, pues hacerlo pone en cuestión su condición masculina: “es muy difícil tocar el tema, es muy difícil así de ‘¿te gustó?’, a mí siempre me da pena preguntar. Porque refleja inseguridad, en el sentido de que no estás seguro de lo que hiciste. Es así como si te hubieras arrepentido de lo que hiciste” [David]. Ideas que contrastan con la experiencia de Pedro: “Sentía que al estimularla de esa manera ella se sentía bien ¿no? se veía que le agradaba, pero llegaba un momento en que ya no, que se sentía como que ‘qué pasa por qué no avanzas, por qué no pasas de ahí’. Entonces me fui dando cuenta y fui explorando otras cosas” [Pedro, 17 años, heterosexual].

La posibilidad de obtener placer se basa en el grado de comunicación y confianza que se establece cuando la relación es el resultado del *proceso*. Pedro recuerda que en su relación las conversaciones sobre lo placentero son constantes y cita que una vez ella le preguntó qué era lo que le resultaba más placentero cuando hacían el amor, él le respondió que el sexo oral al igual que a ella, según señaló. Hay que considerar los propios temores que los jóvenes construyen sobre las necesidades de la pareja impidiendo la posibilidad de desarrollar la imaginación erótica, reservas también atravesadas por las nociones de moralidad y recato que pesa sobre la sexualidad y el placer en las mujeres. Así, cuando la pareja subvierte esas concepciones los jóvenes se ven interpelados:

³⁴ Los estudios sobre sexualidad, al igual que éste, se han concentrado en indagar exclusivamente la penetración vaginal o anal como una de las formas más “naturales de interacción sexual”, pero el análisis del sexo oral resulta insistentemente omitido (Roberts *et al.*, 1996: 107). Roberts y colaboradores (1996) alertan precisamente sobre la necesidad de indagar esta práctica por varias razones, entre ellas, porque es recomendado algunas veces como una alternativa de sexo seguro frente a la penetración anal o vaginal y es al parecer una práctica común que se relaciona también con la construcción del cuerpo, los imaginarios, fantasías y normas culturales que lo constituyen, pero además como alternativa en la búsqueda del placer y de relaciones no centradas en la penetración genital.

Una segunda vez, que incluso a mí me sorprendió, siento que en ese paso sí me ganó, fue cuando me dijo: ‘¿Qué es lo más sucio que se te ha ocurrido hacer cuando hacemos el amor?’ Yo me quedé así... ¡dios mío! porque pensaba que uno como un hombre es más común que piense en cosas sucias ¿no? que le causen placer a la hora de hacer el amor. Entonces que pregunte tu novia con una tranquilidad... igual yo se lo hubiese querido preguntar antes, pero dije no, qué tal si se ofende. Entonces de pronto ella me lo pregunta y me sentí bien, pero al mismo tiempo me sentí ‘órale ¿no? Yo llevándomela tranquilo para no preguntarle y ella ya me lo está preguntando. Entonces ese punto fue así como que muy significativo [*Pedro, 17 años, heterosexual*].

La idea de “cosas sucias” indudablemente contiene una fuerte carga moral y el hecho de venir de la pareja descompone la postura masculina: “a partir de eso me dio el gran golpe, el gran salto de las cosas sucias, creo que me estaba diciendo vamos a experimentar algo más ¿no? ya me cansé de la posición tradicional. Entonces a partir de ahí hasta comentó: ‘quiero hacer el cama sutra contigo’ ¡dios mío no inventes!”. Las cosas sucias incluían un inventario de alternativas y posibilidades de los cuerpos, como narra Pedro: “le respondí un buen de cosas [se esfuerza por contener la risa de picardía] y ella también, de experimentar muchas cosas, que sexo anal me dijo y también me dijo con juguetes, no un buen de cosas, un buen de cosas. Me dijo que quería bañarme de chocolate y también le dije que quería hacer el amor mientras nos bañábamos y ese día lo hicimos [risas], esa fue la primera”.

Contrario a estas experiencias en otros jóvenes es difícil subvertir las normas morales y los códigos religiosos que ejercen control de los deseos como signos de pecado. Al respecto, Eddy comenta que suele conversar mucho con su novia después de la relación sexual, pero aclara que de “cualquier cosa, no sobre el hecho, no nos clavamos en el hecho”. Él no sabe decir por qué no hablan del “acto”, lo que sí sabe es que nunca hablan de “ay, cómo lo sentiste ¿te gusto o no te gustó?” más bien lo que se alude es la muestra de afecto: “ay, te quiero, te amo y todo. Pero nunca así de ¿Oye no te lastimé? ¿Y te gustó esto o no te gustó lo otro?”. Para Eddy el placer es el hecho de sentirse al lado de la persona que quiere y físicamente el hecho de sentir sus besos, las caricias y demás.

Para Eddy la centralidad del placer no está en la penetración sino en el roce de la piel de la pareja, revelando que el amor y el respeto supone la negación de los deseos. En muchos

tramos de su conversación plantea ciertas actitudes hacia la pareja que imposibilita el diálogo. Desde nuestra perspectiva derivada del intento por acatar las normas morales y religiosas respecto al placer sexual. Podemos invocar de nuevo a Seidler (2003), en el sentido de que hemos heredado un vínculo ambivalente con nuestros cuerpos, debido a que se encuentran ligados a la sexualidad en una cultura católica que relaciona los pecados con la carne.

El deseo es conceptualizado por los jóvenes como “calentura”, “un impulso”, “una necesidad”, “amor”, “cariño” o “una prueba”, entre otras. En torno a sus motivaciones, Iván considera que la necesidad de hacer el amor se debe a la “sensación de sentirse querido, necesitado, de que sabes que eso no es simplemente un intercambio de fluidos, sino que están mezclándose los sentimientos, las necesidades de los dos”. Bajo esa percepción para él la penetración no es importante, pues señala que nada más el verla le resulta placentero.

Una de las principales ideas planteadas en distintos estudios sobre la sexualidad de los jóvenes, tanto en nuestro contexto como en otros países de América Latina, es la creencia de que existe un impulso natural en los cuerpos que genera el deseo por las relaciones sexuales. Tal reclamo corporal dice mucho acerca de la manera en que experimentan sus prácticas sexuales y la prevención del embarazo no deseado o una ITS. Andrés, sin embargo, refiere que ha padecido esa “sensibilidad” por las relaciones sexuales, pero no comprende cómo la controla. Cuando siente muchos deseos señala que empieza a decir: “momento, momento, por qué piensas tanto en eso”. El deseo, para él, “es puro instinto, por ejemplo, de que estamos en una edad en que ya somos totalmente fértiles”, por lo que la ansiedad es producto de su capacidad reproductiva:

Pues sí, se busca la pareja, aunque no quiera. Yo digo que no tendría por qué ¿no? y sí se da qué bueno, son necesidades del cuerpo, se podría decir, y si no, pues, también [...] En lo personal nunca he buscado otras formas de placer, así como que mejor me tranquilizo, me siento, me doy mis cachetadas y digo: ‘tranquilo por qué andas buscando tener a fuerzas una relación sexual’. Afortunadamente, así me puedo tranquilizar y se me pasa. Siento que en general hay muchos que sí buscan tener ese placer y una de ellas es la masturbación. [*Andrés, 18 años, heterosexual*]

Algunas de las ideas sobre el supuesto carácter natural del deseo masculino o intrínseco al cuerpo de los varones son difundidas por algunos agentes educativos. Eddy recuerda que en la clase de psicología escuchó sobre el machismo y el feminismo, la profesora señaló que lo primero es una condición natural del ser humano pero que el feminismo es una creación artificial, cultural. Comparó a los hombres con leones y perros en el que ambos llegan y “se suben y quieren montar, tal como lo hacen los perros”. No obstante, la profesora no dejó de señalar que de ellos “depende como hombres saber controlar esos impulsos naturales”. Sin embargo, al mismo tiempo que difunden esas ideas otros las ponen en duda:

Yo dudaría más eso, porque básicamente es un silogismo, decir que los hombres quieren tener sexo todo el día, soy hombre y entonces quiero tener sexo todo el día. Creo que depende del criterio de cada persona ¿no? también de su formación y su cultura. Porque tampoco una persona va a tener los mismos deseos sexuales que una persona que tiene años de casado o que tiene hijos, que una persona soltera [*Ruy, 15 años, homosexual*].

Creemos que el deseo alcanza diversos significados en dependencia del contexto, para aquellos jóvenes que aluden un carácter natural e intrínseco al cuerpo de los hombres se caracterizan por padecer una necesidad compulsiva por el placer, en cambio, otros entienden el deseo como una parte sustantiva de sus relaciones afectivas y vínculos emocionales con sus parejas. Lo importante es que pese a la relevancia de lo emocional –como el amor– en la vida social, y en particular en las relaciones sexuales, los afectos han sido relegados en el análisis social.

4.8 “¿Qué tiene que ver el amor en esto?”: cuerpo y prevención

A menudo el análisis de las calificadas epidemiológicamente como “prácticas de riesgo”, o en un tono más racional “uso”/“no uso” del condón, referido a las relaciones sexuales que ocurren sin el uso de preservativos para la prevención de un embarazo no deseado o una ITS, se ha reducido a indagar la existencia de información sobre salud sexual y reproductiva, las imágenes sociales predominantes sobre el profiláctico relacionadas con su empleo o la pericia

en su manejo; se han explorado también las pautas sexuales, las condiciones sociales en que ocurren, el número de parejas o el tipo de relación sexual, el peso de las identidades o las expectativas de género alrededor de la relación sexual y las relaciones de poder, entre otras cuestiones; sin embargo, se debe reconocer que se trata de la tendencia general por presentar los comportamientos sexuales de los jóvenes en términos de “déficit”, por la socialización incorrecta, la información o el aprendizaje deficiente, la incapacidad para usar las alternativas de protección o en el extremo por los efectos de la biología. Aggleton señala al respecto:

En la mayoría de los casos se centra en las consecuencias negativas del comportamiento sexual, tales como los embarazos no deseados entre adolescentes y la adquisición de enfermedades de transmisión sexual. Dicho énfasis es lamentable por dos razones: no solamente permite una comprensión limitada de los jóvenes y sus necesidades sexuales y reproductivas, sino que también nos estimula a considerar la sexualidad de éstos en términos *negativos* –como algo que debe ser refrenado y controlado, y no como una fuerza creativa capaz de ofrecer placer, realización y crecimiento (Aggleton, 2001: 370).

En un interesante artículo Worth plantea el papel del amor romántico en la conducta sexual de riesgo de las mujeres, las cuales tienen más probabilidades de adquirir VIH/SIDA que los hombres, no sólo por su condición fisiológica, social o económica, “sino porque, en su búsqueda del amor, se involucran en conductas sexuales de riesgo (1999: 135)”. Según Dooley esta persecución no está forzosamente dirigida por la satisfacción del deseo sexual, sino por la necesidad de ser amadas, lo cual las lleva a creer, buscar y hacerse vulnerables frente al amor romántico. Si bien el análisis se basa en mujeres pobres, abatidas por las drogas y de zonas urbanas, la idea del amor romántico influye sobre las mujeres “en todas las situaciones sociales y económicas (Worth, 1999: 135)”. Entre los peligros asociados a ese ideal destaca la imposibilidad de lograr una “identidad sexual fuerte”, el control del deseo y las decisiones sexuales por parte de los hombres, así como la ausencia de equidad sexual con la consiguiente dificultad para exigir protección.

Varias cuestiones emergen de la idea de Worth, pero sobre todo la necesidad de preguntar por el lugar del amor, el deseo y otros compromisos involucrados en las decisiones

y los comportamientos sexuales. En el caso del trabajo de Worth, por las características del grupo de estudio, es un acierto hablar del amor romántico como un elemento de riesgo, sin embargo ¿Qué ocurre con estos ideales en el caso de los jóvenes varones? ¿Deben observarse sus prácticas sexuales como riesgo cuando involucran deseos, placer o compromisos de fidelidad y afecto? Esto no implica dejar de reconocer las exigencias, abusos y exposiciones generadas por estos entornos, sino más bien es necesario analizar los intereses y necesidades de los actores y colocando el amor, como experiencia social, cultural e histórica (Lindholm, 1998; Giddens, 2000; Luhmann, 1985; Alberoni, 2000), como otro elemento de análisis³⁵.

Lo anterior, porque a menudo se omiten los deseos, motivaciones y comportamientos sexuales en términos del significado que adquiere para los jóvenes o las relaciones afectivas y pasionales que articulan sus prácticas, es decir, raramente ocupan la atención como condiciones sociales y emotivas que constituyen las experiencias. En realidad, son múltiples los elementos que actúan, de ese modo puede llegar a ser excesivamente limitado centrarse en una razón de causalidad e invocando cierta racionalidad que desprecia las emociones y el hecho de que en la comprensión de las prácticas sexuales el cuerpo es central en tanto sitio de las emociones y deseos (Morgan y Scott, 1993; Frank, 1991). Ante ello, trataremos de describir la diversidad de deseos, emociones y compromisos involucrados para pensar en un tono más diverso y complejo el tema del “cuidado corporal” de cara a sus prácticas sexuales.

Juan convive habitualmente con mujeres, reconoce que sobre todo tiene amigas y no amigos, a veces las encuentra llorando porque no han menstruado, por lo que piensa que no es cierto que las mujeres se cuiden más que los hombres. Cree que no se cuidan porque son

³⁵ El amor no ha sido un tópico común en las ciencias sociales ni ocupado un lugar apropiado en la sociología, Bertilsson argumenta que en la teoría social es un componente “instrumental” o un “mecanismo funcional”; el marxismo lo considera un dispositivo ideológico; en Weber el amor y la cultura moderna del erotismo son un sustituto de la salvación religiosa que acompaña a los procesos de racionalización; Simmel lo define como un rasgo humano que tiene significados objetivos y subjetivos; en Parsons el amor garantiza el control social; en Luhmann es un importante medio de intercambio simbólico y en la teoría crítica de Adorno a Habermas ocupa una posición ambigua, pues es una naturaleza reprimida al mismo tiempo que en su forma social amenaza individualmente con subyugar o aniquilar (1991:297). Alberoni (2000) propone una mirada al enamoramiento como un proceso social que genera la formación de una pareja –a contrapelo de la común atención en sus formas históricas (Luhmann, 1985; Giddens, 2000). Desde el feminismo, el amor no tiene el mismo significado ni se experimenta del mismo modo en hombres y mujeres por lo que sus ideales han sido influyentes para mantener a las mujeres en el espacio doméstico (Beauvoir, 1999). Actualmente impacta en las formas “tradicionales” del ser hombre porque “el amor romántico puede ser visto como un compromiso activo y radical contra el ‘machismo’ de la sociedad moderna”, en tanto “presupone que se puede establecer un lazo emocional duradero con el otro sobre la base de unas cualidades intrínsecas en este mismo vínculo (Giddens, 2000: 12)”.

muy “aventadas” pese a que un “millón de veces” les ha dicho que se cuiden. Juan también opina que cuidarse es un asunto de ambas partes, porque si ellos saben que las chicas “pueden embarazarse” entonces deberían usar condón, pero como sus amigas no les dicen tampoco ellos “proponen nada”. A la cuestión de por qué no piden que usen condón, responde “porque los quieren mucho”. Eso significa, señala Juan, que si quedan embarazadas consideran que sus novios van a asumir la responsabilidad por lo que “no se preocupan mucho”: “Una vez regañé a Carla, la regañé muy feo, porque no le había bajado, la regañé muy feo y le dije que yo usaba condón, me contestó ‘es que no se siente lo mismo’, la cacheteé. Le dije que tiene que cuidarse, aunque no se sienta lo mismo, que no sea tonta [*Juan, 19 años, homosexual*].

En otras conversaciones sus amigas insisten en que no se siente lo mismo, que “se siente más rico sin condón”, aunque no está seguro de que sea cierto porque nunca lo ha hecho sin preservativo. Asegura que si tuviera una pareja “muy muy estable”, estando seguro que nunca lo engañaría, entonces se atrevería a hacerlo sin protección. La fidelidad representa para él un vínculo que haría posible otro tipo de prácticas y cuidados, otorgándole otro carácter a la relación: “imagínate que llevo un año con mi pareja y de repente me aviento a hacerlo sin condón, porque sé que no me engaña y todo eso, pero agarro una enfermedad, eso significaría que él me engañaba ¿no?”. La experiencia también ha sido importante para esta percepción, pues la mayor parte de sus rupturas amorosas han derivado de la infidelidad, al grado que a uno de ellos lo encontró en la cama con otra persona, no los encontró en el acto sexual, pero está seguro de que “no sólo se quedó a dormir”.

El relato de Juan pone de manifiesto varios asuntos inmersos en las prácticas sexuales entre los jóvenes: *a)* afirma que sus amigas no miden las consecuencias de su exposición a un embarazo porque son “aventadas”, un calificativo bastante usado en los varones y sus comportamientos; *b)* revela una aparente “comodidad” por parte de sus parejas ante el hecho de que no son ellos los que se exponen a un embarazo –una infección en ambos está fuera del alcance–; *c)* identifica, por el propio discursos de sus amigas, que se trata además de un asunto de placer –“no se siente lo mismo”–, *d)* así como de expectativas genéricas –si ellos responden al parecer el embarazo no es un problema– y; finalmente, *e)* por su experiencia asume que sólo la fidelidad concede la confianza necesaria para experimentar sexualmente sin protección. Estos aspectos son recurrentes en la mayor parte de las narraciones de los

jóvenes, recreadas también por las condiciones en las que ocurren las relaciones sexuales o por el carácter de la relación.

Eddy admite que las veces que tuvo relaciones antes de andar con su novia actual, usó preservativos. Sabía que tenía que usarlo “por las enfermedades y para no embarazarlas”, sin embargo, hoy día no lo usa, señala que sólo dos o tres veces porque se está “proyectando al futuro” con su pareja y se tienen confianza. En sus relaciones sexuales previas no es que no sintiera confianza, sino que no se hacía la idea de “tener una relación en serio, sabía que era una noche o un ratito y ya”. Si se trata de una pareja formal, algo serio o una relación para compartir la vida, entonces cree que es más “sencillo” decir “bueno hoy no quiero usarlo, no queremos, lo olvidé o está muy lejos la farmacia”. Al inicio lo usó, o ella lo solicitaba, pero después de dos años ya hay confianza, respeto y no lo hacen con nadie más, son fieles y de quedar embarazados (sic) se adaptarán a la situación: “Sé que si mi novia actual queda embarazada voy a estar con ella, o sea por eso no me preocupo. Ya me las ingeniaré, ya veré qué hago, lo que sea. Pero me preocuparía más infectarme de algo o infectar a alguien, por eso siempre lo usé [*Eddy, 19 años, heterosexual*]”.

Eddy también cree que al principio a su pareja sí le importaba si usaba o no condón, porque no sabían si iban a durar o si iban a querer estar juntos, por eso desde el inicio él lo propuso; aunque admite que de no tomar la iniciativa ante la solicitud de ella incluso lo habría usado. Desde que empezaron los primeros besos, fue consciente de la necesidad de traer siempre preservativo, por eso ella nunca tuvo la necesidad de decirle “oyes ponte el condón”. El nivel de formalidad de la relación es vital en esto, porque garantiza la fidelidad, por lo que, al principio, cuando no estaban seguros en la relación, le preocupaba que ella estuviera con otro y lo infectara, o viceversa. Desde que eran amigos se enteró que ella ya había tenido experiencias sexuales, que en los tres años que duró su relación anterior solamente tres veces había tenido relaciones, porque “a ella no le gustaba, se sentía mal”. Reconoce la importancia de tener esa referencia para usar o no preservativo, “pero no tanto”, porque sabía que siempre “pone respeto en sus relaciones”, por lo que nunca tuvo temor por las infecciones.

Cuando la relación ocurre mediante el *proceso* descrito, la posibilidad de adquirir una infección es inexistente para ellos, la preocupación entonces queda centrada en el embarazo, sin embargo, mediante el proceso se genera afecto, confianza, se aprende sobre el cuerpo del

otro y se planea o se insinúa el inicio sexual, lo que permite a algunos jóvenes cierta reflexión sobre la experiencia próxima a ocurrir. Pedro confiesa que el día que ocurrió su inicio sexual también lo fue para su novia, ambos tenían plena conciencia, aunque no quiere decir que acordaran la fecha para hacerlo, sino que “había un plan inconsciente”; refiriéndose con ello al día en que durante una “lunada en el Ajusco” tuvieron su primera relación sexual y donde previamente ya se habían dado “pistitas” sobre lo que podía ocurrir.

Ante la plena conciencia él “incluso llevaba preservativos” y ella “iba mentalmente dispuesta”. Cuando se dio cuenta de lo “inminente” le preguntó si estaba segura a lo que respondió que lo había reflexionado, estaba tranquila y consciente de lo que quería. Las preocupaciones en ese momento provenían de los cuentos que le habían hecho sus amigos, que en su primera vez lloran y sangran, razones por las que estaba atento en protegerla y no lastimarla. Cuando se le pregunta en qué pensaba al llevar los preservativos, indica que era parte del cuidado que debía tener ante la juventud de ambos, porque no les convendría un embarazo prematuro. En cuanto a las enfermedades, no desconfiaba”:

No me pasó tanto por la cabeza lo de las enfermedades, en cuanto al SIDA o esas ondas. La verdad no, precisamente por ese proceso que he venido platicando, donde ya habíamos hablado. Tenemos una relación muy amena, entonces antes de tener relaciones, de hacer el amor, de tener relaciones sexuales, ya habíamos platicado de ello. Yo tenía plena confianza de que en cuanto a enfermedades sentía que no. Esa no era mi preocupación [*Pedro, 17 años, heterosexual*].

La confianza en realidad estaba fincada en el hecho de que para ambos era su primera vez, razón por la que debía preocuparse de una infección de transmisión sexual, aunque después de un año de relación, Pedro refiere que sólo en una ocasión no han empleado preservativo. Ocurrió una vez que la llevó a su casa y los agarró “la calentura”, él le hizo saber a lo que respondió: “pues así, ni modo”. A pesar de que ambos estaban conscientes de un probable embarazo, eyaculó “dentro”, lo que le hizo sentir mal ante lo que podía ocurrir. Recuerda que en esos días en que no le venía la menstruación estuvo muy nervioso, no se podía concentrar en sus clases y cuando estaba en su casa se la pasaba pensando: “Dios mío por favor no, que

no suceda” y “afortunadamente no ocurrió”. Desde entonces los encuentros sexuales los realizan con preservativo y reconoce que esa experiencia les dejó una lección: “A partir de esa vez que no lo usamos, lo platicamos y dijimos que aunque estemos bien calientes y que estemos allí, si no trae alguno de los dos –porque luego ella los carga también, ella los lleva–, si no traemos preservativos no hacemos nada [*Pedro, 17 años, heterosexual*]”.

Se le pregunta a Pedro si han considerado prescindir del condón, a lo que responde que no, que no han usado otro método y se sienten “muy bien”. Aunque señala que cuando le propuso “hacer cosas sucias”, lo cual incluía el sexo anal, conversaron que era el momento para no usar preservativo, lo intentaron, pero fue muy doloroso para ella y no continuaron. A diferencia de Pedro que finca su confianza en la virginidad de su novia, para otros jóvenes esto no parece ser una garantía, por el contrario, bajo cierta reflexividad asumen que una infección es posible desde el primer encuentro sexual.

Ruy señala que en espera de ese “gran día” fue con ella a una tienda de condones ante alguna “emergencia”, como resultado también de la conversación que tuvieron después de una “plática sobre sexualidad y enfermedades” en la que convinieron en la necesidad de informarse más para “tener más o menos conciencia” de lo que iban hacer y, aunque no tenían una fecha precisa, ambos sabían que después de un determinado tiempo de relación debían contar con información. Su preocupación principal era el VIH/SIDA: “porque mucha gente es portadora del virus y no lo sabe, incluso sin haber tenido relaciones sexuales, porque se infectó por alguna otra circunstancia”. A pesar de lo relativamente inesperado en que ocurrió la primera relación, Ruy confiesa que únicamente pensó en una infección, consciente que para su pareja era también la primera vez: “Independientemente de que desconfiara de su palabra de que era su primera vez o no, pues era el riesgo que corríamos ambos. Entonces obviamente se dijo que, en ese momento, cuando ocurriera, usaríamos condón para prevenir cualquier circunstancia que se pudiera dar”.

De resistirse su pareja sobre el uso del preservativo, Ruy considera que la relación no habría prosperado, porque cree que si uno de los dos no lo aprueba no sería conveniente que ocurriera. Han hablado de dejar de usarlo, porque se preguntan qué se sentirá, pero vuelven a pensar en las enfermedades, es un constante “sí pero no”. Y enfatiza: “Sí ha llegado hasta cierto punto inquietarnos la idea de tener relaciones sin condón, pero lo pensamos y mejor

así como vamos está bien”. Ruy considera que hay confianza para seguir conversando sobre el asunto y es posible que dejen de usarlo por acuerdo de ambos, pero cuando estén seguros de que van a ser sólo ellos dos.

Las experiencias cercanas sobre el contagio de VIH son parte importante de las decisiones alrededor de la prevención y sobre el papel de la fidelidad y la confianza en las relaciones de pareja. Ruy cuenta cómo un amigo repentinamente lo vio anímicamente mal porque su pareja lo había contagiado de VIH: “su pareja había tenido relaciones con otra persona y esa persona infectó a su pareja y su pareja lo infectó a él”. Para Ruy este hecho le provocó mucho enojo porque “ellos” confiaban en la pareja de su amigo y los decepcionó por su irresponsabilidad. Para Ruy esta lección “revivió” la decisión de no deshacerse todavía del uso del condón: “hasta que no esté totalmente seguro de que mis relaciones son nada más entre dos personas y ya. Es así como que ir tomando más conciencia”.

En otros jóvenes el sexo anal representa la posibilidad de no usar preservativo, lo cual confirma que la preocupación está centrada en el embarazo y no en las infecciones. Si bien este tipo de prácticas ocurren también en función de la confianza que el joven tiene sobre su pareja sexual, que no es necesariamente su pareja formal o con la que mantiene un lazo afectivo y de fidelidad, lo cierto es que pasan a pesar de contar con amplia información sobre las infecciones venéreas. Es el caso de Pablo, quien no mantiene relaciones con su novia, pero sí con otras personas sobre las que tiene mucha confianza porque se cuidan mucho y, por tanto, cree que no hay riesgos: “por hacerlo por atrás sin preservativo”, sin embargo, cuando la práctica sexual ocurre “por enfrente, por la vagina”, usa preservativo: “ahora sí que para no embarazarla”.

Iván coincide con la apreciación de Pablo sobre la importancia de conocer a la otra persona si se cuida o no, pero en su caso en el contexto de las relaciones de pareja en las que prevalecen los vínculos afectivos: “hacer el amor implica un tipo de lapso de conocimiento, de saber que tu pareja no está enferma”; es decir, la relación amorosa permite conocer a la pareja y establecer las condiciones de cuidado: “saber que no anda con uno y con otro, y con otro, en cambio una chica que te encuentras de paso no sabes ni cuántos han estado con ella. Ni siquiera sabes con quién estuvo, que es lo peor, no puedes decir ‘no pues son mis amigos y puede que no estén enfermos o tal vez puede estar enfermo mejor no me meto con ella’”.

Al parecer el hecho de conocer a la persona o sus parejas sexuales es suficiente para disminuir la inquietud por las ITS, sin embargo, infectarse cuando en la relación media el amor y la confianza tiene un peso moral distinto: “Cuando te descuidas y sabes que está enferma [la pareja] después de mucho tiempo, pues ahí sí dices ni modo, la quiero, pero ya es otra cosa, ya no te arrepientes tanto de que por una calentura echaste a perder tu vida, por ejemplo, al darte SIDA [*Iván, 16 años, heterosexual*]”.

Hasta aquí se ha intentado priorizar aquellos discursos que sitúan al amor, el placer, la fidelidad y la intimidad como aspectos que entretejen las posibilidades de protección ante una ITS o el embarazo buscando destacar el sentido que tiene para los jóvenes. Si en el plano social amplio para algunos jóvenes el cuerpo masculino supone ventajas, en las prácticas sexuales es también en ocasiones un recurso invulnerable. Siempre en tercera persona relatan que en “otros” influyen las ideas de fortaleza del cuerpo masculino, que los lleva a prácticas de cuidado diferenciadas, como cuando requieren atención médica. Por ello admiten que no es un asunto estrictamente de diferencia sexual, sino más bien de cultura porque hay hombres que cuidan su aspecto personal y la salud. Estas concepciones se expresan en la relación del cuerpo masculino frente a las ITS en las que reconocen que no supone ninguna ventaja, pues tiene las mismas posibilidades de infectarse. Otros jóvenes, sin embargo, atribuyen mayor probabilidad de infección al cuerpo femenino por ser “más frágiles” o porque “lo agarran todo, el pene lo tienen dentro” o “lo interno requiere mayores cuidados”.

Entre las razones que a menudo refieren los varones para no usar preservativos está el que les resta placer. Eddy piensa que es un mito en el que los hombres cuando planean tener sexo no imaginan la situación con preservativo, sino piensan: “acá en el éxtasis, en el placer total del sexo”. Para Iván con condón no es lo mismo “porque la fricción es diferente”, pero dice que es más “placentero que pase un año y tu chica no esté embarazada”. En un tono crítico otros señalan que rehusarse a usar preservativo es un indicador de un “pensamiento machista, misógino, porque temen que no vayan a ser vírgenes, que ya se hayan metido con medio mundo y se cuidan para no ser infectadas de algo”. Uno más es capaz de ofrecer numéricamente la disminución del placer: “digamos que un diez por ciento” e insiste:

Que no sientas ahora sí como quien dice... que no sientas qué es lo que está ahí adentro, porque bueno, al menos a mí, me gusta sentir esa humedad y eso... principalmente esa humedad. En cambio, con el condón, pues no, se siente ahora sí que a veces el plástico, pero, aunque sea así, yo siento que se sigue sintiendo el mismo placer [*Pablo, 16 años, heterosexual*].

Para Pablo algunos jóvenes además de no usarlo porque les resta placer, su uso es visto como un agravio a su “hombría”, porque consideran que son ellas las que deben cuidarse: “a un hombre no le interesa tanto, lo único que le interesa es sentir el placer sin medir las consecuencias”. En ese sentido, Pedro cuenta que a uno de sus amigos no le gusta usarlo: “Le dice a las chavas ‘¿sabes qué? Tómame tu pastilla o a ver qué onda porque no me vengas a decir nada después’ e incluso casi todas las chavas saben que van a eso, saben que si pasa algo no se hace para nada responsable. Van a eso nada más”. Sin embargo, Pedro considera que quienes piensan que el preservativo resta placer es “porque canalizan todo su éxtasis en el pene”, por lo que asumen que el roce no es igual. El pensamiento de Pedro está vinculado al contexto afectivo en el que si la relación ocurre mediante el *proceso* entonces el sexo trasciende la genitalidad y, en cambio, involucra el placer en las distintas fases del encuentro sexual, *antes, durante y después*, que en conjunto es para él realmente hacer el amor.

El aparente deseo incontrolable por el sexo en los varones es también importante, por eso es más fácil para ellos “descontrolarse” o excitarse, porque el “organismo es así”, refiere Pablo, y lo ha constatado con sus amigas cuando dicen que “puede pasar mucho tiempo y no sienten ninguna necesidad por tener sexo”. Admite que eso influye: “porque si se presenta la oportunidad y tienen esa necesidad grande, digamos que podría ser que no tomen en cuenta el preservativo, ya que es tan grande que lo que quieren es simplemente una relación sin tomar en cuenta lo que pueda venir”. Para Iván ese deseo incontrolable es una cuestión psicológica que funciona “nada más para que digan que eres muy hombre”. Ruy también duda de ese “silogismo” que asume que los hombres siempre quieren tener sexo y, por tanto: “soy hombre y entonces quiero tener sexo todo el día”.

Como táctica de pesquisa se planteó una situación ficticia sobre lo que ocurre si un joven rechaza tener relaciones sexuales si la invitación proviene de una mujer, especialmente

cuál sería la postura de sus amigos, con el fin de estimular opiniones sobre el actuar masculino. Al respecto, las opiniones pocas veces aludieron a la prevención como un motivo para el rechazo, más bien las razones transitan por el estado de ánimo –“no se sentía bien”, “estaba cansado”–, los compromisos morales –“no quiere hacerle daño a la chava”–, la atracción –“la chava no le es atractiva”–, sus ideas del amor y las relaciones sexuales –“nos es así de rápido tener relaciones sexuales”–, “le da otro enfoque a la relación” o las inhibiciones –“lo tiene chiquito” o “le da pena enseñar su cuerpo”–.

Las respuestas con relación a la chica rechazada fueron: “comprenderlo”, “enojarse”, “mandarlo al diablo”, “buscarse otro”, “sentirse despreciada”, “sentirse no deseada”, “le daría lo mismo y se buscaría otro” o bien “llegaría a pensar que el joven es gay o impotente”. Los costos sociales tienen un mayor peso en el escenario ficticio, porque las opiniones califican el rechazo como impropio de los hombres, poniendo en duda la virilidad y la preferencia sexual. La reacción de quien se rehúsa depende de la convicción con que asume su postura, es decir, para sus pares las críticas no son efectivas ni provocan incomodidad: “si lo hace con la conciencia de que no quería tener relaciones”. Los jóvenes aceptan que rechazar las relaciones sexuales no tiene ninguna implicación para el ser hombre, otros asumen que es aceptable por la importancia de cuidar la salud y para algunos no los exime de la sanción social: “Automáticamente se le tacha de gay, automáticamente. Le pasó a un amigo, por cuidarse no quiso con una chava que era demasiado –entre comillas– zorra y se le tachó de gay. Hasta la fecha no le han quitado la banderita de gay [*Iván, 16 años, heterosexual*]”.

Otras cuestiones que emergen es el hecho de que algunos no se sienten potencialmente expuestos a una ITS, también las condiciones sociales en que ocurren las prácticas sexuales son importantes o el contexto erótico prevaleciente que disipa el “frío” procedimiento de colocarse el preservativo: “Cuando no lo he usado ha sido por la prisa, porque las cosas se dan rápido y si se te enfría la chava ya valió madres [*David, 17 años, heterosexual*]” o “En el momento en que iba a ponérmelo fue cuando me despegué un momento, porque ya estaba en un mundo alterno. Me despegué un momento y dije ‘no, tranquilo, tienes que ponerte el condón primero’. Me lo iba a poner y de pronto [mira a los genitales con cara de sorpresa]... y cero erección y a partir de ahí ya no pude [*Pedro, 17 años, heterosexual*]”. Sin embargo, esas experiencias también han permitido idear “técnicas” o determinar el momento oportuno:

Yo tengo una técnica, cuando empiezo por hacerle oral [sic], en cuanto le estoy haciendo sexo oral, es cuando me coloco el condón. Cuando termino el sexo oral es cuando empiezo la penetración [*David, 17 años, heterosexual*].

Me lo pongo después de haber tenido sexo oral. Porque el sexo oral es así como lo primero, lo que calienta motores ¿no? Hacerle y que me haga sexo oral. Después de eso es ahí cuando me pongo el preservativo [*Pedro, 17 años, heterosexual*].

En este contexto, se pueden ubicar algunas críticas a la “información sexual” –como alguno la cataloga en contraparte de una “verdadera educación sexual”– proveída por el sistema escolar, la cual juzgan como deficiente y centrada en aspectos fisiológicos y menos en la realidad que prevalece en las relaciones sexuales, tales como las condiciones sociales, sus necesidades de placer y afecto. No obstante, la mayor parte de los jóvenes admite que hoy día existe abundante información y que los medios, como el internet y la televisión, juegan un papel relevante en la construcción de sus saberes. Finalmente, creemos que rescatar el lugar de las emociones, los deseos y los vínculos amorosos que articulan las experiencias sexuales debe ser uno de los pasos estratégicos tanto en la investigación como en el diseño de programas de educación sexual. Relegar tales componentes sociales y personales es demandar una racionalidad, con claras resonancias masculinas, que elude el valor de las relaciones afectivas y los deseos que caracterizan las experiencias corporales.

CAPÍTULO V

Conclusiones y recomendaciones

Se intentó mostrar la relevancia de analizar el cuerpo y su lugar activo en la construcción de identidades masculinas de varones jóvenes de la ciudad de México, con una aproximación teórica que buscó ir más allá de la dicotomía que coloca al sexo en el terreno de lo “natural” y al género como un producto cultural. El género fue visto como una forma de organización de la vida social que conlleva prácticas sociales y significados que operan sobre el cuerpo y en el que éste actúa como referente de sus políticas: el cuerpo es el terreno de las experiencias sexuales de los varones y objeto de prácticas y signo de determinaciones sociales y culturales.

En nuestra cultura el ser hombre o el ser mujer está profundamente definido por los aspectos físicos y tal como son conceptualizados resultan relevantes para comprender los significados de género. La manera en que es percibido, vivido y narrado lo corporal fue fundamental para comprender de qué modo se definen los sujetos y cómo sus nociones de masculinidad dependen de atributos y competencias corporales. Los datos han soportado la idea de que el cuerpo juega un papel clave en la construcción de las identidades masculinas de los jóvenes estudiados, en tanto que la masculinidad supone un uso social del cuerpo y las prácticas sociales que definen las identidades masculinas de los jóvenes están generalmente descritas por lo que pueden hacer sus cuerpos y sus “atributos”.

Así, en el amplio terreno de las sexualidades juveniles el cuerpo es omitido como objeto de análisis, producto del énfasis en la construcción social y cultural de la sexualidad por medio de discursos que soslayan el carácter corporal de los agentes sociales y el hecho de que las posibilidades, restricciones, valores, deseos y emociones, operan, tienen lugar y se viven a través de la inevitable corporalidad del sujeto. Por lo que se hizo patente la necesidad de reconocer que el cuerpo y las experiencias corporales son producto de prácticas sociales y culturales históricas que se articulan mediante relaciones de poder y no como un cuerpo ahistórico sobre el que actúa la cultura.

El cuerpo se comercializa y se exigen de él unos signos, formas de presentarse que no son ajenas a las inquietudes y deseos de los jóvenes, muestra de ello es el descontento que manifiestan por su aspecto físico y la expectativa por modificarlo. Las pautas masculinas

aludidas por los jóvenes, atravesados por relaciones de clase y etnia, son producto de los medios de comunicación o derivan de la reapropiación del discurso femenino. De manera que el cuerpo masculino “dominante” descrito no encaja en las variantes predominantes en el contexto, por lo que incumplimiento de las expectativas sociales provoca ansiedades y los hace víctimas de discriminación de cara al establecimiento de vínculos afectivos.

Los cuerpos son el destino de la transmisión de saberes, pues la percepción generizada los convierte en objeto de “prácticas punitivas” que les inculca creencias y conocimientos sobre lo sexual, lo que deben hacer, en qué momento, con quién y qué atributos y logros sexuales debe expresar. A partir de esta apropiación los jóvenes construyen sus percepciones sobre la sexualidad y en particular sobre las prácticas sexuales y el desempeño corporal. El relajó, la burla o el albur, son los ambientes sociales en los que el cuerpo emerge como sitio de atención mediante figuras retóricas alusivas a lo corporal cargadas de símbolos sexuales.

En este contexto, las ideas sobre el amor y la sexualidad han abierto el camino para pensar en otros términos las prácticas de cuidado y prevención. Hemos considerado la necesidad de tomar en cuenta los deseos, motivaciones y comportamientos en términos de lo que significa para los sujetos y hemos insistido en lo oportuno de observar las relaciones afectivas y pasionales en la articulación de las prácticas sexuales. En otras palabras, se ha asumido que son múltiples los elementos sociales que actúan en la sexualidad de los jóvenes y que apelar a ciertos principios de racionalidad implica despremiar las nociones sobre el amor, la confianza y la fidelidad inmersas en las prácticas de prevención.

Finalmente, creemos que el cuerpo debe ocupar un lugar clave en la investigación como elemento social y cultural en la construcción de las identidades. Asimismo, es clave considerar que la construcción social de los sexos es una distinción que debe someterse a una crítica más exhaustiva en aras de desestabilizar su carácter “natural” al sostener prácticas e imaginarios contraproducentes para la búsqueda de relaciones equitativas e igualitarias entre hombres y mujeres. Además, hay muchas razones para sostener que la primera tarea del análisis social es comprender los cuerpos de los hombres y su relación con la masculinidad, como sostiene Connel (2003b), por lo que hace falta construir un corpus teórico y empírico para entender las prácticas que lo circunda y los mecanismos y estrategias que construyen y operan sobre los cuerpos.

Anexos

Anexo1. Guion de entrevista semiestructurada

El cuerpo y el “cuidado de sí” en la constitución de las identidades masculinas. Un estudio desde las prácticas sexuales de varones jóvenes de la ciudad de México.

Matriz A. Los sentidos y significados del cuerpo y la acción corporal	Matriz B. Elementos configurantes del sentido de las relaciones sexuales	Matriz C. El encarnamiento de las disposiciones: identidad masculina y cuidado de sí
<ol style="list-style-type: none"> 1. Me gustaría que me dijeras si has sentido, pensado o dicho algo sobre tu cuerpo. 2. ¿Qué es para ti tener cuerpo de hombre? 3. Describeme cómo te imaginas que debería ser el cuerpo ideal o perfecto de un hombre. 4. ¿Por qué son para ti importantes esas características? 5. ¿Crees que los cuerpos de los hombres son distintos entre sí? ¿Por qué? <p>Dame un ejemplo donde se reconozcan esas diferencias (o similitudes)</p> <ol style="list-style-type: none"> 6. ¿Piensas que esas diferencias entre los cuerpos de los varones les otorga alguna ventaja o desventaja? Describe una situación donde se presente esa ventaja o desventaja. 7. Cuando hablas de ti (de tu personalidad, de tus problemas) con tus amigos, tus papás, tu novia o tus amigas ¿haces alguna referencia a características de tu cuerpo, a partes que te gustan o que rechazas? 8. En el caso de las mujeres ¿Cuál crees que es para ellas el cuerpo ideal de un hombre? 9. Dime si has notado que a las mujeres les importe el cuerpo de los hombres <p>¿A qué crees que se deba esa importancia o indiferencia?</p>	<ol style="list-style-type: none"> 1. ¿Qué es para ti tener relaciones sexuales? 2. ¿Es importante para los hombres tener relaciones sexuales? ¿Por qué? ¿Para las mujeres crees que es igual de importante? ¿Por qué? 3. A menudo es durante la adolescencia cuando los jóvenes se inician sexualmente. Háblame un poco de ello ¿Qué piensas? ¿Cómo se ha dado en tu caso? Etc. 4. ¿Qué significado tuvo en tu vida la primera vez? 5. En algunos casos el inicio sexual de los jóvenes ocurre con la “ayuda” o “intervención” de otras personas, los amigos, los padres o algunos parientes ¿En tu caso cómo ocurrió? 6. Cuéntame cómo fue aquella primera vez. ¿Cómo y dónde ocurrió? ¿Cómo te sentiste? ¿Te gustó? ¿Qué te desagradó? ¿Por qué? ¿Cómo crees que se sintió tu pareja? ¿Piensas que lo disfrutó, que tuvo satisfacción? ¿Por qué? ¿Cómo lo supiste? ¿Cómo supiste sobre lo que tenías que hacer? ¿Qué expectativas tenías sobre esa primera experiencia? <p>¿Notaste algún cambio en tu forma de ser, de pensar, en tu cuerpo, después de aquella primera experiencia?</p>	<ol style="list-style-type: none"> 1. ¿Consideras que existe alguna diferencia entre hombres y mujeres y el cuidado de ellos mismos? ¿Por qué? 2. ¿Qué significa para ti cuidarte? ¿Qué significa cuidarte en el plano sexual? 3. ¿Sabes de infecciones que se transmiten al momento de las relaciones sexuales? ¿Cuáles conoces? ¿En qué consisten tales infecciones? ¿Puedes decirme si existen maneras de evitar esas infecciones? ¿Conoces alguna manera de curarlas? ¿Sabes de alguien que haya padecido alguna de estas enfermedades? Cuéntame del caso. ¿Qué se dice de la persona que padece una infección este tipo? 4. ¿Sabes si puede ocurrirles una ITS tanto a los hombres como a las mujeres? 5. ¿Crees que nuestros cuerpos de hombres nos proveen de alguna ventaja (o desventaja)? Por ejemplo en las relaciones sexuales. 6. ¿Qué cuerpos crees que tienen más probabilidades de adquirir una infección de transmisión sexual, el de los hombres o de las mujeres? ¿Por qué? 7. ¿Por qué crees que algunos hombres no usan preservativo en sus relaciones sexuales?

<p>10. ¿Consideras que entre los cuerpos de los hombres y el de las mujeres existen diferencias? ¿Por qué?</p> <p>11. ¿En qué partes consideras que sobre todo se sienten o se notan esas diferencias?</p> <p>12. ¿Para ti son importantes esas diferencias? ¿Por qué?</p> <p>13. ¿Esas diferencias crees que son importantes para distinguirse como hombres?</p> <p>14. ¿Puedes decirme si esas diferencias (o similitudes) tienen algo que ver en lo que hacen los hombres y las mujeres? Por ejemplo en el plano sexual.</p> <p>15. ¿Consideras que las mujeres valoran lo que pueden hacer los cuerpos de los varones? ¿Por qué crees que es así?</p> <p>16. Háblame de alguna circunstancia o situación en la que creas que a las mujeres les importe más lo que pueden hacer los cuerpos de los varones.</p>	<p>7. En algunas ocasiones cuando los jóvenes ya se han iniciado continúan sosteniendo relaciones sexuales de manera regular. En tu caso ¿cómo se ha dado? O ¿Qué ha ocurrido?</p> <p>8. ¿A qué le atribuyes la necesidad o el deseo que sientes de tener relaciones sexuales?</p> <p>9. Relátame las circunstancias en que ocurrió alguna de tus últimas experiencias sexuales y que haya sido significativa para ti (positiva o negativamente). ¿Cómo se dieron las circunstancias? ¿Quién lo sugirió? ¿Cómo lo acordaron? ¿Dónde ocurrió? ¿Crees que era el lugar adecuado?</p> <p>¿Usaste preservativo en aquella ocasión? ¿Por qué? ¿Alguien lo propuso? ¿Lo acordaron?</p> <p>¿Te gustó? ¿Te sentiste mal? ¿Por qué?</p> <p>¿Te viniste? ¿Qué sentiste? ¿Puedes describir esa experiencia?</p> <p>¿Cómo crees que se sintió tu pareja? ¿Cuál crees que fue su opinión de aquella experiencia?</p> <p>10. Plátame qué te resulta más placentero durante tus relaciones sexuales ¿Y a tu pareja o parejas?</p> <p>11. ¿Qué te gusta hacer (posiciones, caricias, penetración, etc.)?</p> <p>12. ¿Qué es para ti el placer?</p> <p>13. Se suele decir que el preservativo o condón le resta placer a la relación sexual ¿Qué piensas de ello?</p> <p>14. ¿Consideras que a tu pareja (o parejas) le importa si usas o no preservativo?</p> <p>15. ¿Crees que a tu pareja (o parejas) le ha importado lo que tu cuerpo hace o puede hacer durante las relaciones sexuales? ¿Por qué?</p>	<p>8. Cuidarse o no en las relaciones sexuales ¿Tiene algo que ver con lo que los hombres deben hacer? ¿Por qué?</p> <p>9. ¿Qué piensas de la importancia que tiene para algunos hombres tener relaciones sexuales? ¿Crees que esa relevancia tiene algo que ver en el uso o no del preservativo? ¿Por qué?</p> <p>10. ¿Qué pasa si un hombre rechaza tener relaciones sexuales? ¿Cómo reaccionaría la chava? ¿Qué dirían sus amigos si se enteran? ¿Cómo se sentiría él?</p> <p>11. Dicen que el cuerpo de los hombres siente o experimenta un impulso incontrolable por tener relaciones sexuales ¿Qué puedes decirme de eso?</p> <p>12. He encontrado historias de chavos que cuentan que para ellos es más importante tener relaciones sexuales, porque sienten que es una necesidad que no pueden controlar o porque deben hacerlo para demostrar que son hombres ¿Qué opinas al respecto?</p> <p>13. ¿Con quién o quiénes pláticas de los problemas de tu cuerpo? ¿Por qué con esa o esas persona(s)?</p> <p>14. Si tienes algún malestar en tu pene o en tus partes más íntimas ¿Qué haces? ¿Los pláticas? ¿Con quién?</p> <p>15. ¿Has tenido algún malestar o infección a raíz de tener relaciones sexuales?</p> <p>16. ¿Qué has hecho cuando te ha ocurrido? ¿Platicaste con alguien? ¿Acudiste al médico?</p> <p>17. ¿Quiénes crees que se enferman más, los hombres o las mujeres? ¿Por qué?</p> <p>18. ¿Has tenido algún problema de salud últimamente?</p>
--	--	---

Anexo 2. Libro de códigos y categorías

Proyect “Cuerpo”
Code Book – All Code Words
Luis Alberto Montejo Sánchez

Code Word	Parent Code	Text Definition
1	None	Cuerpo y consumo cultural: Se refiere a los medios a través de los cuales los jóvenes construyen sus imágenes e ideas sobre el cuerpo masculino, que van desde los mensajes sobre la salud hasta aquellos dirigidos únicamente a lo estético.
1.01	1	Los medios
1.02	1	Las imágenes
1.03	1	Autoimagen
2	None	Identidad y cuerpo: Incluye todas aquellas concepciones genéricas sobre la diferencia corporal. Así como la importancia del cuerpo masculino en la vida social, sus ventajas y desventajas, y los valores sociales asignados.
2.01	2	Concepciones genéricas de la diferenciación corporal
2.02	2	El cuerpo en la socialización
2.03	2	Ventajas y desventajas [físicas y sociales]
2.04	2	El cuerpo como el destino de la educación
2.05	2	El valor social de los cuerpos masculinos
3	None	Cuerpo y sexualidad: Abarca todas aquellas alusiones al inicio sexual, el contexto, percepciones y las relaciones de pareja que sirven como preludio al encuentro sexual.
3.01	3	Los prolegómenos
3.02	3	La importancia
3.02.1	3.02	La presión social
3.03	3	Las prácticas sexuales [Iniciación, contexto, etc.]
3.04	3	Las concepciones
3.04.1	3.04	Hacer el amor
3.04.2	3.04	Tener relaciones sexuales
3.05	3	La sanción social
4	None	Cuerpo y saberes sexuales: Se consideran los mensajes entre pares, la pornografía y demás alternativas que se encargan de inculcar o sugerir ideas sobre el desempeño sexual masculino.
4.01	4	Los saberes sobre el desempeño sexual
4.02	4	El relajo: las metáforas sobre la sexualidad
5	None	Cuerpo y placer: Trata de incluir todas aquellas alusiones a lo que resulta placentero en una relación sexual y cómo conciben el placer o el deseo.
5.01	5	El placer: como deseo, como amor, como compromiso y como unión
5.01.1	5.01	Placer físico
5.01.2	5.01	Placer emocional
5.02	5	El deseo: las frases
5.03	5	El impulso como deseo
5.04	5	La unión de los cuerpos (simbiosis orgánica)
5.05	5	Las posibilidades de los cuerpos en el placer
5.06	5	La importancia de la penetración
5.07	5	Entre el placer y el deseo la prevención
6	None	Cuerpo y la prevención: Busca todos aquellos elementos sociales que intervienen en la prevención o no de las ITS o el cuidado en general.

6.01	6	El amor y la confianza
6.02	6	La fidelidad
6.03	6	El tiempo
6.04	6	La presentación de la persona
6.05	6	Las experiencias próximas sobre las ITS
6.06	6	Entre las bromas y el chacoteo la recomendación
6.07	6	El conocimiento sobre ITS y las posibilidades de embarazo
6.07.1	6.07	Posibilidades genéricas de infectarse.
6.08	6	El machismo o la masculinidad en el uso o no del preservativo
6.09	6	Diferencias genéricas y cuidado del cuerpo
6.09.1	6.09	La actuación sobre el cuerpo.
7	None	Cuerpos que se reb(v)elan y sus costos sociales: Identifica aquellas experiencias que se contraponen al género y que conlleva sus costos sociales.
7.01	7	El contenido de la rebelión
7.02	7	Los costos sociales
7.02.1	7.02	Los costos familiares
7.02.2	7.02	Los costos entre los pares
7.02.3	7.02	Los costos en el espacio público
8	None	Los circuitos de la corporalidad: Tiene la intención de reconocer aquellos discursos que manifiesten una expresión, deseo o sensación a nivel del cuerpo y que se traslada a un asunto social por su significado.
8.01	8	

Bibliografía

- Aggleton, Peter (2001), “Prácticas sexuales, enfermedades de transmisión sexual y sida entre jóvenes”, en Claudio Stern y Guillermo Figueroa Perea (coord.), *Sexualidad y salud reproductiva. Análisis y retos para la investigación*, México, El Colegio de México, pp. 365-381.
- Alberoni, Francesco (2000), *Te amo*. España, Gedisa.
- Alexander, Jeffrey C. (2004), “La centralidad de los clásicos”, en Anthony Giddens y Jonathan Turner (eds.), *La teoría social hoy*, Madrid, Alianza Universidad, pp. 22-80.
- Amuchástegui Herrera, Ana (2002), “‘No sé decirle si quedó embarazada’: género, responsabilidad y autonomía entre jóvenes mexicanos”, en José Olavarría (ed.), *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, pp. 143-152.
- (2001), *Virginidad e iniciación sexual en México. Experiencias y significados*, México, EDAMEX/Population Council.
- Amuchástegui Herrera, Ana y Marta Rivas Zivy (1998), “La sexualidad de las jóvenes mexicanas: modernización y secularización”, en Beatriz Figueroa Campos (coord.), *México diverso y desigual: enfoques sociodemográficos: V reunión de investigación sociodemográfica en México*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 19-29.
- Ardí, Ellen (1999), “Del control de la natalidad a la salud reproductiva”, en Mario N. Brofman y Roberto Castro, (coords.) *Salud, cambio social y política. Perspectivas desde América Latina*, México, EDAMEX, pp. 123-133.
- Arias, Rosario y Marisela Rodríguez M. (1998), “‘A puro valor mexicano’. Connotaciones del uso del condón en hombres de clase media de la ciudad de México”, en Susana Lerner (ed.) *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México, pp. 319-339.
- Ayús Reyes, Ramfis y Esperanza Tuñón Pablos (2005) (en prensa), “Piernas de gelatina. Reflexiones sobre relatos de experiencia sexual coital entre jóvenes varones del sureste de México”, en Ana Amuchástegui e Ivonne Szasz (coords.), *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, México, El Colegio de México.
- Ayús Reyes, Ramfis (1999), “La restitución. Himeneo: *performance* y simulación”, en Esperanza Tuñón Pablos (coord.), *Género y salud en el sureste de México*, México, ECOSUR/ UNFPA/COESPO, Vol. II, pp. 357-392.
- (1998), *Sociabilidades y discursos. Mercados de Tabasco: vida sociocultural y etnografía de la comunicación*, México, UAM, Tesis de Maestría.
- Bardella, Claudio (2002), “Pilgrimages of the Plagued: AIDS, Body and Society”, *Body and Society*, vol. 8, núm. 2, pp. 79-105.
- Baudrillard, Jean (2001), *De la seducción*. Madrid, Cátedra.

- Benwell, Bethan (2004), "Ironic Discourse. Evasive Masculinity in Men's Lifestyle Magazines", *Men and Masculinities*, vol. 7, núm. 1, pp. 3-21.
- Bernard, Michel (1994), *El cuerpo. Un fenómeno ambivalente*. Barcelona, España, Paidós.
- Berthelot, Jean-Michel (1995), "The Body as a Discursive Operator: Or the Aporias of a Sociology of the Body", *Body & Society*, vol. 1, núm. 1, pp. 13-23.
- Bertilsson, Margareta (1991), "Love's Labour Lost? A sociological View", en Mike Featherstone, Mike Herworth and Bryan S. Turner (eds.), *The Body. Social Process and Cultural Theory*, Bedfordshire, Sage Publications, pp. 297-324.
- Boltanski, Luc (1975), *Los usos sociales del cuerpo*. Buenos Aires, Ediciones Periferia.
- Bordo, Susan (2001), "El feminismo, la cultura occidental y el cuerpo", en *La Ventana*, núm. 14, pp. 7-81.
- Bourdieu, Pierre (2007), *El sentido práctico*, México, Siglo XXI.
- (2003), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- (1988), *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- Brod, Harry (edit.) (1987), *The Making of Masculinities. The New Men's Studies*, New York, Routledge.
- Brooks, Traci L., Elizabeth R. Woods, John R. Knight y Lydia A. Shrier (2003), "Body Modification and Substance Use in Adolescents: Is There a Link?", *Journal of Adolescent Health*, núm. 32, pp. 44-49.
- Brown, Heffrey A. (2002), "The Tortures of Mel Gibson. Masochism and the Sexy Male Body", *Men and Masculinities*, vol. V, núm. 2, pp. 123-143.
- Butler, Judith (2002), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, Buenos Aires, Paidós.
- (2001), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, UNAM/PUEG/Paidós.
- (1998), "Sexo y género en *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir", *Mora. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género*, núm. 4, pp. 11-21.
- Cáceres, Carlos, Ximena Salazar, Ana María Rosasco y Percy Fernández Dávila (2002), *Ser hombre en el Perú de hoy. Una mirada a la salud sexual desde la infidelidad, la violencia y la homofobia*. Lima, Redess Jóvenes.
- Cáceres, Carlos, 1998 "Jóvenes varones en Lima: dilemas y estrategias en salud sexual", en *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (Teresa Valdés y José Olavarría, eds.), Chile, FLACSO-Chile, pp. 158-174.
- Carrigan, Tim; Bob Connel and John Lee (1987), "Toward a New Sociology of Masculinity", en Harry Brod (ed.), *The Making of Masculinities. The New Men's Studies*, New York, Routledge, pp. 63-100.
- (1985), "Toward a New Sociology of Masculinity", *Theory and Society*, vol. XIV, núm. 5, pp. 551-604.
- Castañeda, Xóchitl, Itzá Castañeda y Claire Brindis (2001), "El círculo de lo sagrado y lo profano: regulación de la sexualidad en adolescentes de áreas rurales", en Claudio Stern y Elizabeth García (coords.), *Sexualidad y salud reproductiva de adolescentes y jóvenes en México. Aportaciones para la investigación y la acción*, México, El Colegio de México, pp. 73-87.
- Castañeda, Xóchitl, Raquel I. Castañeda, Emperatriz Delgado, Nora Brie, Elizabeth Cancino y Martín de la Cruz López (1997), "Adolescencia, género y SIDA en áreas

- rurales de Chiapas”, en Esperanza Tuñón Pablos (coord.), *Género y salud en el sureste de México*, México, El Colegio de la Frontera Sur/Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, pp. 55-83.
- Castro, Roberto (1999), “En busca del significado: supuestos, alcances y limitaciones del análisis cualitativo”, en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, México, El Colegio de México, pp. 57-85.
- Cecconi, Sofía (2003), “Cuerpo y sexualidad: condiciones de precariedad y representaciones de género”, en Mario Margulis y otros, *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblos, pp. 177-197.
- CONAPO (Consejo Nacional de Población) (2000), *Situación actual de las y los jóvenes en México. Diagnóstico sociodemográfico*, CONAPO, México.
- Connel, Robert W. y Julian Wood (2005), “Globalization and Business Masculinities”, *Men and Masculinities*, vol. VII, núm. 4, pp. 347-364.
- Connel, Robert W. (2003a), “Adolescencia en la construcción de masculinidades contemporáneas”, en José Olavarría (ed.), *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, pp. 53-67.
- (2003b), *Masculinidades*. México, UNAM.
- (2003c), *Gender*. Cambridge, Polity Press.
- (2000), *The Men and Boys*, Maryborough, University of California Press.
- (1998a), “El imperialismo y el cuerpo de los hombres”, en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.) *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago, FLACSO-Chile, pp. 76-89.
- (1998b) “Masculinities and Globalization”, *Men and Masculinities*, vol. 1, núm. 1, pp. 3-23.
- (1997), “Disruptions: Improper Masculinities and Schooling”, Michael S. Kimmel and Michael Messner (comp.), *Men’s Lives*, Boston, Allyn and Bacon, pp. 141-153.
- (1993), “The Big Picture: Masculinities in Recent World History”, *Theory and Society*, vol. XXII, núm. 5, pp. 597-623.
- (1990), “Whole New World: Remaking Masculinity in the Context of the Environmental Movement”, *Gender & Society*, vol. IV, núm. 4, pp. 452-478.
- (1987), *Gender and Power. Society, the Person and Sexual Politics*. Oxford, Polity Press.
- Córdova Plaza, Rocío (2003), *Los peligros del cuerpo. Género y sexualidad en el centro de Veracruz*. México, Benemérita Universidad de Puebla/Plaza y Valdés.
- Correa, Sonia (2001), “Salud reproductiva, género y sexualidad: legitimación y nuevas interrogantes”, en Claudio Stern y Juan Guillermo Figueroa Perea (coords.), *Sexualidad y salud reproductiva. Análisis y retos para la investigación*, México, El Colegio de México, pp. 127-153.
- Craig, Steve (comp.) (1991), *Images of Men and Masculinity in the Mass Media: A Selected Research Bibliography*. Orono, Maine, University of Maine.

- Csordas, Thomas J. (1994), "Introduction: the Body as Representation and Being-in-the-world", en Thomas J. Csordas (ed.), *Embodiment and Experience. The Existential Ground of Culture and Self*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-24.
- Curran, James (1998), "Repensar la comunicación de masas", en James Curran, David Morley y Valerie Walkerdine (comps.), *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*, Barcelona, Paidós, pp. 187-254.
- Davis, Kathy (2002), "'A Dubious Equality': Men, Women and Cosmetic Surgery", *Body and Society*, vol. VIII, núm. 1, pp. 49-65.
- Davison, Kevin G. (2002), *Body Talk and Masculinities: Texting Gender With/Out the Body*. South Australia, Centre for Studies in Literacy, Policy, and Learning Cultures School of Education University of South Australia.
- De Beauvoir, Simone (1999), *El segundo sexo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- De Keijzer, Benno (2003), "Hasta donde el cuerpo aguante: género, cuerpo y salud masculina", en Carlos Cáceres, Marcos Cueto, Miguel Ramos y Sandra Vallenás (coords.), *La salud como derecho ciudadano. Perspectivas y propuestas desde América Latina*, Lima, International Forum for Social Sciences in Health/Universidad Peruana Cayetano Heredia, pp. 137-152.
- (2001), "Todo por servir se acaba", en Juan Guillermo Figueroa Perea y Regina Nava (eds.), *Memorias del seminario-taller "Identidad masculina, sexualidad y salud reproductiva"*, México, El Colegio de México, pp. 46-49.
- (1997), "El varón como factor de riesgo: masculinidad, salud mental y salud reproductiva", en Esperanza Tuñón Pablos (coord.), *Género y salud en el sureste de México*, México, El Colegio de la Frontera Sur/Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, pp. 197-219.
- (1992), "Morir como hombres: la enfermedad y la muerte masculina desde una perspectiva de género", Seminario de Estudios de Masculinidad, Programa Universitario de Estudios de Género, México D.F., UNAM (mimeo).
- De Lauretis, Teresa (1991), "La tecnología del género", en Carmen Ramos Escandón, (comp.), *El género en perspectiva: de la dominación universal a la representación múltiple*, México, UAM, pp. 231-278.
- De Souza Minayo, María Cecilia y Octavio Cruz Neto (1999), "Triangulación de métodos en la evaluación de programas y servicios de salud", en Mario N. Bronfman y Roberto Castro (coords.), *Salud, cambio social y política. Perspectivas desde América Latina*, México, EDAMEX, pp. 66-80.
- Denzin, Norman (2000), "Un punto de vista interpretativo", en Catalina A. Denman y Jesús Armando Haro (comps.), *Por los rincones. Antología de los métodos cualitativos en la investigación social*, México, El Colegio de Sonora, pp. 147-205.
- Denzin, Norman and Yvonna Lincoln (1994), "Introduction: Entering the Field of Qualitative Research", en Norman Denzin e Yvonna Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks, California, Sage Publications, pp. 1-17.
- Devillard, Marie José (2002), "De los discursos antropológicos sobre naturaleza, cuerpo y cultura", *Política y sociedad*, vol. 39, núm. 3, pp. 597-614.
- Digby, Tom (ed.) (1998), *Men Doing Feminism*. New York, Routledge.

- Douglas, Mary (1970), *Purity and Danger an Analysis of Concepts of Pollution and Taboo*, Harmondsworth, Penguin.
- Dowsett, Gary W. (2003), "Teoría de la sexualidad, investigación sobre la sexualidad y VIH/SIDA: nuevos retos, nuevos caminos a seguir", en *Coloquio sobre VIH/SIDA y ciencias sociales*, México, El Colegio de México.
- (2002), "Bodyplay. Corporeality in a Discursive Silence", en Ken Plummer (ed.), *Sexualities: Critical Concepts in Sociology*, London, Routledge, pp. 408-421.
- Drummond, Murray J. N. (2003), "The Meaning of Boys' Bodies in Physical Education", *Journal of Men's Studies*, vol. XI, núm. 2, pp. 131-143.
- (2002), "Men, Body Image, and Eating Disorders", *International Journal of Men's Health*, vol. I, núm. 1, pp. 89-103.
- Ehrenfeld, Noemí y Susan Pick de Weiss (2000), "Embarazo en adolescentes: aproximaciones social, cultural y subjetiva desde las jóvenes", en Gabriela Medina Carrasco (comp.), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*, México, El Colegio de México, pp. 179-201.
- (1999), "El embarazo en adolescentes: encrucijada de varios universos", en *Iztapalapa. Revista de ciencias sociales y humanidades*, año 19, núm. 45, México, UAM, pp. 223-236.
- Entwistle, Joanne (2002), *El cuerpo y la moda. Una visión sociológica*, Barcelona, Paidós.
- Fachel, Ondina (1998), "Sexualidad e identidad masculina: impases y perspectivas de análisis", en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO, pp. 90-105.
- Fagetti, Antonella (2003), "El hombre afamado: la construcción social de la masculinidad en San Miguel Acuexcomac, Puebla", en Marinella Miano Borroso (comp.), *Caminos inciertos de las masculinidades*, México, INAH, pp. 287-297.
- Faur, Eleonor (2003), "¿Escrito en el cuerpo? Género y derechos humanos en la adolescencia", en Susana Checa (comp.), *Género, sexualidad y derechos reproductivos en la adolescencia*, Buenos Aires, Paidós, pp. 37-75.
- Fawcner, Helen & Nancy McMurray (2002), "Body Image in Men: Self-Reported Thoughts, Feelings, and Behaviors in Response to Media Images", *International Journal of Men's Health*, vol. I, núm. 2, pp. 137-161.
- Featherstone, Mike (1991), "The Body in Consumer Culture", en Mike Featherstone, Mike Herworth and Bryan S. Turner (eds.), *The Body. Social Process and Cultural Theory*, Bedfordshire, Sage Publications, pp.170-196.
- Featherstone, Mike and Bryan S. Turner (1995), "Body and Society: An Introduction", *Body & Society*, vol. I, núm. 1, pp. 1-12.
- Featherstone, Mike y Mike Hepworth (1991), "The Mask of Ageing and the Postmodern Life Course", en Mike Featherstone, Mike Herworth and Bryan S. Turner, (eds.), *The Body Social Process and Cultural Theory*, Bedfordshire, Sage Publications, pp.371-389.
- Feher, Michel (1990), "Introducción", en Michel Free, Ramona Naddaff y Nadia Tazi (eds.), *Fragmentos para una historia del cuerpo humano. Primera parte*, Madrid, Taurus, pp. 11-17.
- Feher, Michel, Ramona Naddaff y Nadia Tazi (eds.) (1990), *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, Madrid, Taurus.

- Firestone, Shulamith (1979), *The Dialectic of Sex the Case for Feminist Revolution*, New York, Bantam.
- Foucault, Michel (2003), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI.
- (2000), *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, México, Siglo XXI.
- (1990), *Tecnologías del yo. Y otros textos afines*, Barcelona, Paidós/UCE-UAB.
- Frank, Arthur W. (1991), “For a Sociology of the Body: An Analytical Review”, en Mike Featherstone, Mike Herworth and Bryan S. Turner, (eds.), *The Body Social Process and Cultural Theory*, Bedfordshire, Sage Publications, pp. 36-102.
- (1990), “Bringing Bodies Back in: A Decade Review”, *Theory, Culture and Society*, vol. VII, núm. 1, London, pp. 131-162.
- Fuller, Norma (2003), “Adolescencia y riesgo: reflexiones desde la antropología y los estudios de género”, en José Olavarría (ed.), *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile/FNUAP/Red Masculinidad/es, pp. 71-83.
- (2001), *Masculinidades. Cambios y permanencias*. Lima Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- García Selgas, Fernando J. (1994), “El ‘cuerpo’ como base del sentido de la acción”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 68, pp. 41-83.
- Gatens, Moira (2002), “El poder, los cuerpos y la diferencia”, en Michéle Barret y Anne Phillips (coord.), *Desestabilizar la teoría. Debates feministas contemporáneos*, México, Paidós/PUEG-UNAM, pp. 133-150.
- Giddens, Anthony (2000), *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Cátedra.
- (1998), *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Península.
- Gila, Araceli, Josefina Castro, José Cesena y Josep Toro (2005), “Anorexia Nervosa in Male Adolescents: Body Image, Eating Attitudes and Psychological Traits”, *Journal of Adolescent Health*, núm. 36, pp. 221–226.
- Gill, Rosalind, Karen Henwood y Carl Mclean (2005), “Body Projects and the Regulation of Normative Masculinity”, *Body and Society*, vol. XI, núm. 1, pp. 37-62.
- Glaser, Barney G. y Anselm L. Strauss (1979), *The Discovery of Grounded Theory. Strategies for Qualitative Research*, New York, Aldine Publishing Company.
- Godelier, Maurice (1986), *La producción de grandes hombres. Poder y dominación entre los Baruya de Nueva Guinea*, Barcelona, Akal.
- Goffman, Erving (2001), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1991), *Los momentos y sus hombres*, Barcelona, Paidós.
- González-Block, M. y Ana Luisa Liguori (1992), *El SIDA en los estratos socioeconómicos de México*, México, Instituto Nacional de Salud Pública.
- Grogan, Sarah y Helen Richards (2002), “Body Image. Focus Group with Boys and Men”, *Men and Masculinities*, vol. IV, núm. 3, pp. 219-232.
- Gutiérrez, María Alicia (2003), “Derechos sexuales y reproductivos de los adolescentes: una cuestión de ciudadanía”, en Susana Checa (comp.), *Género, sexualidad y derechos reproductivos en la adolescencia*, Buenos Aires, Paidós, pp. 77-101.

- Gutiérrez, Noé (1988), *Qué trabajos pasa Carlos: la construcción interactiva del albur en Tepito*, México, UAM-I. Tesis de Licenciatura.
- Gutmann, Matthew C. (2003a), "Introduction: Discarding Manly Dichotomies in Latin America", en Matthew C. Gutmann (ed.), *Changing men and masculinities in Latin America*, Durham, Duke University, pp. 1-26.
- (2003b), "Iniciación juvenil y salud reproductiva entre adolescentes en Oaxaca de Juárez, México", en José Olavarria (ed.), *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, pp. 153-164.
- (2000), *Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón*, México, El Colegio de México.
- (1998), "Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad", *La Ventana*, núm. 8, pp. 47-99.
- (1997), "Seed of the Nation. Men's Sex and Potency in México", en Roger N. Lancaster and Micaela Di Leonardo (eds.), *The Gender/Sexuality Reader. Culture, History, Political Economy*, New York, Routledge, pp. 194-206.
- Hammersley, Martin y Paul Atkinson (1994), *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona, Paidós.
- Haraway, Donna J. (1995), *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid, Cátedra.
- Hardy, Ellen y Ana Luisa Jiménez (2001), "Masculinidad y género", *Revista Cubana de Salud Pública*, vol. XXVII, núm. 2, pp. 77-78.
- Hargreaves, Duane A. y Marika Tiggemann (2004), "Idealized Media Images and Adolescent Body Image: 'Comparing' Boys and Girls", *Body Image: An International Journal of Research*, vol. 1, núm. 4, pp. 351-361.
- Hawkesworth, Mary (1999), "Confundir el género (*Confounding gender*)", *Debate feminista*, vol. 20, pp. 3-48.
- Hirrup, Gill, Linda Janes, Hath Woodward and Fiona Hovenden (eds.) (2000), *The Gendered Cyborg*, New York, Routledge.
- Holland, Janet; Caroline Ramazanoglu, Sue Sharpe y Rachel Thomson (1998), *The Male in the Head. Young People, Heterosexuality and Power*, Londres, The Tufnell Press.
- Hughes, Alex and Anne Witz (1997), "Feminism and the Matter of Bodies: From de Beauvoir to Butler", *Body and Society*, vol. 3, núm. 1, pp. 47-60.
- Humphreys, Paul and Susan J. Paxton (2004), "Impact of Exposure to Idealized Male Images on Adolescent Boys' Body Image", *Body Image: An International Journal of Research*, vol. 1, núm. 3, pp. 253-266.
- Ibáñez-Bambrilla, Berenice (2001), "Factores psicológicos relacionados con el embarazo en la adolescencia", en Claudio Stern y Elizabeth García (coords.), *Sexualidad y salud reproductiva de adolescentes y jóvenes en México. Aportaciones para la investigación y la acción*, México, El Colegio de México, pp. 59-71.
- Ihde, Don (2004), *Los cuerpos en la tecnología. Nuevas tecnologías: nuevas ideas acerca de nuestro cuerpo*. Barcelona, UOC.
- IMJ (Instituto Mexicano de la Juventud) (2002), *Encuesta Nacional de Juventud (resultados generales)*, México, IMJ.

- Jacobus, Mary, Evelyn Fox Keller y Sally Shuttleworth (eds.) (1990), *Body/Politics: Women and the Discourses of Science*, New York, Routledge.
- Jean Moore, Lisa y Adele E. Clarke (2001), "The Traffic in Cyberanatomies: Sex/Gender/Sexualities in Local and Global Formations", *Body and Society*, vol. VII, núm. 1, pp. 57-96.
- Juan Jerez, Montserrat y José A. Rodríguez Díaz (1994), "El cuerpo humano ante las nuevas tecnologías médicas. Hacia una redefinición del nacimiento y la muerte", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 68, pp. 173-196.
- Kimmel, Michael S. (1992), "La producción teórica sobre la masculinidad. Nuevos aportes", *Ediciones de las mujeres*, núm. 17, pp. 129-138.
- (1987a), "Men's Responses to Feminism at the Turn of the Century", in *Gender and Society*, vol. 1, núm. 3, pp. 261-283.
- (1987b), "Rethinking 'Masculinity'. New Directions in research", en Michael Kimmel (ed.), *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity*, Newbury Park, Sage Publications, 9-24.
- Kroker, Arthur and Marilouise Kroker (1987), *Body Invaders: Panic Sex in America*, New York, St. Martin Press.
- Lancaster, Roger N. (1992), *Life is Hard: Machismo, Danger, and the Intimacy of Power in Nicaragua*, Berkeley, University of California.
- Laqueur, Thomas (1994), *La construcción del sexo, cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra.
- (1992), "«Amor veneris, vel dulcedo appeletur»", en Michel Feher, Ramona Nadaff y Nadia Tazi (eds.), *Fragmentos para una historia del cuerpo humano, Tercera Parte*, Madrid, Taurus, pp. 91-131.
- Le Breton, David (2002a), *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires, Claves/Dominios.
- (2002b), *La antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- (1994), "Lo imaginario del cuerpo en la tecnociencia", *Revista española de investigaciones sociológicas*, núm. 68, pp. 197-210.
- Leenhardt, Maurice (1979), *Do Kamo: Person and Myth in a Melanesian World*, Chicago, University of Chicago Press.
- Levine, Michael P. y Niva Piran (2004), "The Role of Body Image in the Prevention of Eating Disorders", *Body Image: An International Journal of Research*, vol. 1, núm. 1, pp. 57-70.
- Lindholm, Charles (1998), "Love and Structure", *Theory, Culture & Society*, núm. 15, pp. 243-263.
- Llomas, Ricardo (1994), "La reconstrucción del cuerpo homosexual en tiempos de SIDA", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 68, pp. 141-171.
- Lock, Margaret (1993), "Cultivating The Body: Anthropology And Epistemologies Of Bodily Practice And Knowledge", *Annu. Rev. Anthropology*, vol. 22, pp. 133-155.
- López, Sandra y Beatriz Elena Vélez (2001), "La puesta en escena de la coporalidad femenina y masculina en la escuela urbana: linda como una muñeca y fuerte como un campeón", *La Ventana*, núm. 14, pp. 83-101.
- Lowell, Lewis (1995), "Genre and Embodiment: From Brazilian Capoeira to the Ethnology of Human Movement", *Cultural Anthropology*, vol. 10, núm. 2, pp. 221-243.

- Luhmann, Niklas (1985), *El amor como pasión. La codificación de la intimidad*, Barcelona, Península.
- MacKinnon, Catherine A. (1989), "Sexuality, Pornography, and Method: 'Pleasure under Patriarchy'", *Ethics*, vol. XCIX, núm. 2, pp. 314-346.
- Magis-Rodríguez, Carlos, Aurora del Río Zolezzi, José Luis Valdespino Gómez y María de Lourdes García García (1995), "Casos de SIDA en el área rural en México", *Salud Pública de México*, vol. XXXVII, núm. 6, pp. 615-623.
- Margulis, Mario (2003), "Factores culturales en las prácticas anticonceptivas", en (Mario Margulis y otros, *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*; Buenos Aires, Biblos, pp. 199-214.
- Martin, Emily (1992), "The End of the Body?", *American Ethnology*, vol. IX, núm. 1; pp. 121-140.
- McRobbie, Angela (1998), "More!: nuevas sexualidades en las revistas para chicas y mujeres", en James Curran, David Morley y Valerie Walkerdine, (comps.), *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*, Barcelona, Paidós, pp. 263-296.
- Messner, Michael A., Darnell Hunt y Michele Dunbar (1999), *Boys to Men. Sport Media. Messages about Masculinity*, USA, Children Now.
- Messner, Michael A. (1998), "The Limits of 'The Male Sex Role': An Analysis of the Men's Liberation and Men's Rights Movements' Discourse", *Gender and Society*, vol. 12, núm. 3, pp. 255-276.
- (1997), "Boyhood, Organized Sports, in the Construction of Masculinities", en Michael S. Kimmel and Michael Messner (comp.), *Men's Lives*, USA, Allyn and Bacon, pp. 109-121.
- (1993), "'Changing Men' and Feminist Politics in the United States", *Theory and Society*, vol. 22, núm. 5, pp. 723-737.
- (1989), "Masculinities and Athletic Careers", *Gender and Society*, vol. 3, núm. 1, pp. 71-88.
- Mishkind, Marc, Judith Rodin, Lisa Silberstein & Ruth Striegel-Moore (1987), "The Embodiment of Masculinity", en Michael Kimmel (ed.), *Changing Men. New Directions in Research on Men and Masculinity*; Newbury Park, Sage Publications, pp. 37-52.
- Moletto, Enrique (2003), "La pornografía entre los jóvenes adolescentes", en José Olavarría (ed.), *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*, Santiago, Chile, FLACSO, pp. 221-232.
- Monitoring AIDS Pandemic (1997), *Estado y tendencias de las epidemias del VIH/SIDA en América Latina y el Caribe, informe final*, XI Congreso Latinoamericano de Enfermedades de Transmisión Sexual, V Conferencia Panamericana sobre SIDA, 3-6 de diciembre de 1997, Lima, Perú.
- Montejo Sánchez, Luis Alberto (2000), *La construcción social de los saberes sexuales. Fuentes de información sobre sexualidad en adolescentes de Tabasco: una exploración cuantitativa y cualitativa*, Villahermosa, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, tesis de licenciatura.

- Morgan, David H. J. and Sue Scott (1993), "Bodies in a Social Landscape", en Sue Scott and David Morgan (eds.) *Body/Matters: Essays on the Sociology of the Body*, Bristol, The Falmer Press, pp. 1-21.
- Norbert, Elías (1989), *El proceso de civilización. Investigaciones en sociogenética y psicogenéticas*, México, FCE.
- ONUSIDA (Programa Conjunto de las Naciones Unidas sobre el VIH/SIDA) (2002), *Informe sobre la epidemia mundial de VIH/SIDA 2002*, Ginebra, ONUSIDA.
- Peixoto, Labre Magdala (2002), "Adolescent Boys and the Muscular Male Body Ideal", *Journal of Adolescent Health*, núm. 3, pp. 233-242.
- Population Council (2001) *El poder en las relaciones sexuales. Inicio de un diálogo entre profesionistas en salud reproductiva*. Population Council. EUA.
- Population Referente Bureau (1992), *La actividad sexual y la maternidad entre los adolescentes en América Latina y el Caribe: riesgos y consecuencias*, Washington, D. C., Population Referente Bureau.
- Rábago, Aurora, Mendoza, Doroteo e Hinojosa, Anabel (1993), "Salud reproductiva en adolescentes", en Francisco Calderón, (comp.), *Prioridades en salud reproductiva. Conferencia Interamericana de Seguridad Social*, México, Conferencia Interamericana de Seguridad Social, pp. 62-97.
- Redman, Peter (2001), "The Discipline of Love. Negotiation and Regulation in Boys' Performance of a Romance-Based Heterosexual Masculinity", *Men and Masculinities*, vol. IV, núm. 2, pp. 186-200.
- Roberts, Celia, Susan K., Mary Spongberg y June Crawford (1996), "Going Down: Oral Sex, Imaginary Bodies and HIV", *Body and Society*, vol. 2, núm. 3, pp. 107-124.
- Rich, Adrienne (1978), *The Dream of a Common Language*, New Cork, W. W. Norton.
- Rodríguez, Gabriela (2000), "Sexualidad juvenil", en José Antonio Pérez Isla (coord.), *Jóvenes: una evaluación del conocimiento: la investigación sobre juventud en México 1986-1999*, México, Instituto Mexicano de la Juventud, pp. 207-279.
- Rodríguez y Benno de Keijzer (1998), "'La noche se hizo para los hombres'. Las regulaciones sexuales del cortejo en una comunidad cañera", *Debate Feminista*, vol. XVIII, pp. 237-266.
- Rodríguez y Benno de Keijzer (2000), "Sexualidad juvenil: su construcción en una comunidad cañera" en Gabriela Medina Carrasco (comp.), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*, México, El Colegio de México, pp. 143-178.
- Rojas, Olga y Susana Lerner (2001), "Inventario de encuestas nacional sobre salud reproductiva: 1990-2000, en *Sexualidad, salud y reproducción*, México, El Colegio de México.
- Rozat, Guy (1999), "Cuerpos y sexualidad en Francia en tiempos del SIDA", *Debate Feminista*, vol. 20, año 10 octubre, pp. 281-313.
- Ruiz Olabuénaga, José Ignacio (1999), *Metodología de la investigación cualitativa*, Bilbao, Universidad de Deusto.
- Sabo, Donald, Kathleen Miller, Merril Melnick, Michael Farrel y Grace Barnes (2002), "Athletic Participation and the Health Risks of Adolescent Males: A National Survey", *International Journal of Men's Health*, vol. II, núm. 2, pp. 173-194.

- Sabo, Donald (2000), *Comprender la salud de los hombres: un enfoque relacional*. Publicación ocasional, núm. 4. EUA, Organización Panamericana de la Salud/Harvard Center for Population and Development Studies.
- (1998), “Masculinities and Men’s health: Moving toward Post-Superman Era Prevention”, en Michael Kimmel y Michael A. Messner (eds.), *Men’s Lives*, Massachusetts, Allyn and Bacon, pp. 347-361.
- Sabo, Donald & David F. Gordon (1995), “Rethinking Men’s Health and Illness”, en Donald Sabo & David Frederick Gordon, (eds.), *Men’s Health and Illness. Gender, Power and the Body*, Thousand Oaks, Sage Publications, pp. 1-21.
- Seidler, Victor J. (2003), “Cuerpos, deseos, placer y amor”, en José Olavarría (edit.), *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, pp. 127-139.
- (2000), *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*, México, UNAM/Paidós.
- Sharp, Lesley A. (2000), “The Commodification of the Body and Its Parts”, *Annual Reviews Anthropological*, vol. 29, pp. 287-328.
- Sheldon, Sally (2002), “The Masculine Body”, en Mary Evans and Ellie Lee (eds.), *Real Bodies. A Sociological Introduction*, New York, Palgrave, pp. 14-28.
- Shildrick, Margrit and Janet Price (1999), “Openings on the Body: A Critical Introduction”, en Margrit Shildrick and Janet Price (eds.), *Feminist Theory and the Body*, New York, Routledge, pp. 1-14.
- Shilling and Philip A. Mellor (1996), “Embodiment, Structuration Theory and Modernity: Mind/Body Dualism and the Repression of Sensuality”, *Body and Society*, vol. II, núm. 4, pp. 1-15.
- Shilling, Chris (1993), *The Body and Social Theory*, Guildford, Sage Publications
- Smolak, Linda (2004), “Body Image in Children and Adolescents: Where do We go from Here?”, *Body Image: An International Journal of Research*, vol. 1, núm.1, pp. 15-28.
- Welti, Carlos (2000), “Análisis demográfico de la fecundidad adolescente en México”, *Papeles de población*, núm. 26, pp. 43-87.
- (1995), “La fecundidad adolescente. Implicaciones e inicio temprano de la maternidad”, *Demos, carta demográfica sobre México*, núm. 8, pp. 9-10.
- Stibbe, Arran (2004), “Health and the Social Construction of Masculinity in *Men’s Health Magazine*”, *Men and Masculinities*, vol. VII, núm. 1, pp. 31-51.
- Storvoll, Elisabet E., Ase Strandbu y Lars Wichstrøm (2005), “A Cross-sectional Study of Changes in Norwegian Adolescents’ Body Image from 1992 to 2002”, *Body Image: An International Journal of Research*, vol. II, núm. 1, pp. 5-18.
- Swain, Jon (2003), “How Young Schoolboys Become Somebody: The Role of the Body in the Construction of Masculinity”, *British Journal of Education*, vol. XXIV, núm. 3, pp. 299-314.
- Synnott, Anthony (1995), “The Body and Social Theory”, *Contemporary Sociology*, vol. XXIV, núm. 3, pp. 368-369.
- (1992), “Tomb, Temple, Machine and Self: the Social Construction of the Body”, *The British Journal of Sociology*, vol. XLIII, núm. 1, pp. 79-110.

- Szasz, Ivonne (2000), "Primeros acercamientos al estudio de las dimensiones sociales y culturales de la sexualidad en México", en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comp.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, México, El Colegio de México, pp. 11-31.
- (1999), "Género y salud. Propuestas para el análisis de una relación compleja", en Mario N. Bronfman y Roberto Castro (coord.), *Salud, cambio social y política. Perspectivas desde América Latina*, México, EDAMEX/ INSP, pp. 109-121.
- (1998a), "Los hombres y la sexualidad: aportes de la perspectiva feminista y primeros acercamientos a su estudio en México", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México, pp. 137-162.
- (1998b), "Sexualidad y género: algunas experiencias de investigación en México", *Debate Feminista*, año 9, vol. 18, pp. 77-104.
- Taylor, S. J. y R. Bogdan (1994), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Barcelona, Paidós.
- Thomas, Calvin (1999), "Last Laughs. Batman, Masculinity, and the Technology of Abjection", *Men and Masculinities*, vol. II, núm. 1, pp. 26-46.
- Toro-Alfonso, José (2002), "Vulnerabilidad de hombres gays y hombres que tienen sexo con hombres (HSH) frente a la epidemia de VIH/SIDA en América Latina: la otra historia de la masculinidad", en Carlos F. Cáceres, Mario Pecheny y Veriano Terto Júnior (eds.), *SIDA y sexo entre hombres en América Latina. Vulnerabilidades, fortalezas, y propuestas para la acción. Perspectivas y reflexiones desde la salud pública, las ciencias sociales y el activismo*, Lima, Universidad Peruana Cayetano Heredia/Red de Investigación en Sexualidades y VIH/SIDA en América Latina/ONUSIDA, pp. 81-102.
- Tuñón Pablos, Esperanza, Ramfis Ayús Reyes y Luis A. Montejó Sánchez (2004), "La sexualidad, un campo de significados. Fuentes de información y educación sexual entre jóvenes de Tabasco", en Rossana Reguillo, Carles Feixa, Mónica Valdés, Carme Gómez-Granell y José Antonio Pérez Islas (coords.), *Tiempo de híbridos. Entre siglos jóvenes México-Cataluña*, México, SEP/IMJ/SGJ/CIIMU, pp. 55-69.
- Tuñón Pablos, Esperanza y Ramfis Ayús Reyes (2003), "Género, sexualidad y fecundidad de las y los jóvenes del sureste mexicano", en Mario N. Bronfman Pertzovsky y Catalina Denman (eds.), *Salud reproductiva. Temas y debates*, México, INSP/Fundación Ford, pp. 83-101.
- Tuñón Pablos, Esperanza y Ramfis Ayús Reyes (2002), "¿Es fácil ser joven?", en Enrique Dulanto G. (coord.), *La familia, un espacio de encuentro y crecimiento para todos*, Organización Mundial de la Salud-Mc Graw Hills, (en prensa).
- Turner, Bryan S. (2003), "Social Fluids: Metaphors and Meanings of Society", *Body and Society*, vol. 9, núm. 1, pp. 1-10.
- (1994a), "Preface", en Pasi Falk (autor), *The Consuming Body*, Bedfordshire, Sage Publications, pp. viii-xvii.
- (1994b), "Los avances recientes en la teoría del cuerpo", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 68, pp. 11-39.
- (1991), "Recent Development in the Theory of the Body", en Mike Featherstone, Mike Herworth and Bryan S. Turner (eds.), *The Body Social Process and Cultural Theory*, Bedfordshire, Sage Publications, pp. 1-35.

- (1989), *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*, México, FCE.
- Turner, Terence (1995), “Social Body and Embodied Subject: Bodiliness, Subjectivity, and Sociality among the Kayapo”, *Cultural Anthropology*, vol. 10, núm. 2, pp. 143-170.
- Valdespino Gómez, José Luis; María de Lourdes García García; Aurora del Río Zolezzi; Elia Loo Méndez; Carlos Magis Rodríguez y Rey Arturo Salcedo Álvarez (1995), “Epidemiología del SIDA/VIH en México: de 1983 a marzo de 1995”, *Salud Pública de México*, vol. XXXVII, núm. 6, México, INSP, pp. 556-571.
- Vance, Carole S. (1997), “La antropología redescubre la sexualidad: un comentario teórico”, *Estudios demográficos y urbanos*, vol. XII, núm. 1, México, El Colegio de México, pp. 101-128.
- (1989), “El placer y el peligro: hacia una política de la sexualidad”, en Carol Vance (ed.), *Placer y peligro: explorando la sexualidad femenina*, Madrid, Revolución, pp. 9-49.
- Viveros Vigoya, Mara (2003), “Orientaciones íntimas en las primeras experiencias sexuales y amorosas de los jóvenes. Reflexiones a partir de algunos estudios de casos colombianos”, en José Olavarría, (ed.), *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile/FNUAP/Red Masculinidad/es, pp. 115-126. Santiago de Chile.
- (2001), “Contemporary Latin American Perspectives on Masculinity”, *Men and Masculinities*, vol. 3, núm. 3, pp. 237-260.
- Weeks, Jeffrey (2000a), “La construcción cultural de las sexualidades ¿Qué queremos decir cuando hablamos de cuerpo y sexualidad?”, en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, México, El Colegio de México, pp. 175-197.
- (2000b), *Sexualidad*. México, Paidós/UNAM.
- (1993), *El malestar de la sexualidad*. Madrid, Talasa.
- Welti, Carlos (2000), “Análisis demográfico de la fecundidad adolescente en México”, *Papeles de población*, núm. 26, pp. 43-87.
- (1995), “La fecundidad adolescente. Implicaciones e inicio temprano de la maternidad”, *Demos, carta demográfica sobre México*, núm. 8; pp. 9-10.
- Whitehead, Stephen M. (2002), *Men and Masculinities. Key Themes and New Directions*. Cambridge, Polity Press.
- Worth, Dooley (1999), “¿Qué tiene que ver el amor en esto? La influencia del amor romántico en la conducta sexual de riesgo”, en Sondra Zeidenstein y Kirsten Moore (ed.), *Aprendiendo sobre sexualidad. Una manera práctica de comenzar*, Santiago, Chile, Population Council/ Internacional Women’s Health Coalition, pp. 135-151.
- Young, Iris Marion (1995), *On Female Body Experience: Throwing Like a Girl*, New York, Oxford University Press.
- Zamberlin, Nina (2003), “Percepciones sobre la doble protección en varones adolescentes de sectores populares”, en Susana Checa, (comp.), *Género, sexualidad y derechos reproductivos en la adolescencia*, Buenos Aires, Paidós, pp. 211-231.